Robert Ambelain



Los secretos del Gólgota

La historia no manipulada de Jesús y el Cristianismo

Por el autor de «Jesús o el secreto mortal de los Templarios»



«Orfeo crucificado», gema gnóstica del siglo II.

Segunda parte

Los secretos del Gólgota

¡Tranquilizaos, oh Mistos!
Vuestro dios ha resucitado
Sus penas y sus sufrimientos
Asegurarán vuestra salvación ...

JULIUS FORMICUS MATERNUS
De Errore: XVIII, ritual del dios Mitra[1]

[1] Se observará que el culto a Mitra es catorce siglos anterior al cristianismo, y que no desapareció hasta el siglo V de nuestra era.

22

Jesús-bar-Juda

> En todas partes se ha visto a pueblos arrastrados por un solo milagro falso; ¿y Jesucristo no pudo hacer nada del pueblo judío, con una infinidad de milagros verdaderos? ... ¡Ese milagro, el de la incredulidad de los judíos, es el que conviene explicar ...!
>
> DIDEROT,
>
> *Pensées philosophiques, addition*

Jesús-bar-Juda, alias Jesús de Galilea, más tarde Jesús de Nazaret, es un nombre que vemos aparecer en el canon neotestamentario. En el Antiguo Testamento lo volvemos a encontrar, evidentemente, numerosas veces, pero bajo la forma de Josué, ya que Jesús es Josué, lo mismo que Josué es también Jesús. En hebreo ese nombre se pronuncia *Ieoshuah,* y se escribe exactamente así: *iod-he-waw-shin-ain,* y no *iod-he-shin-waw-he*, como algunos místicos cristianos del siglo XVII querrían hacernos creer, seguidos más adelante por los martinistas contemporáneos y los seguidores del “maestro” Philippe de Lyon. *Jamás,* e insistimos en este término, *jamás* un rabino, cabalista o no, se permitiría semejante sacrilegio: *romper el NOMBRE SAGRADO introduciendo en él una quinta letra!* Y lo que es más, modificar así su valor numeral, es decir, 26, haciéndolo pasar a 326.[2] De hecho, fue por ignorancia en el campo teúrgico por lo que nuestros modificadores del Tetragrama divino introdujeron el sin en su centro. En cábala *práctica*, la letra *shin* significaba en el *esquema operativo*, y en el centro del tetragrama *circular*, algo muy diferente, pero eso el mundo no lo sabe.

En una obra precedente consagramos un capítulo a esos famosos “Años oscuros de Jesús”.[3]

Hemos aportado la prueba de que, a principios de nuestra era, cuando no contaba todavía más que veintitrés años aproximadamente, hubo una insurrección dirigida por él que implicó la toma de Jericó, y, al abandonar esa ciudad, ejecuciones de prisioneros o de rehenes.

Por otra parte, el procedimiento llamado del *carbono 14* no nos ha proporcionado sino una fecha media sobre el momento del ocultamiento bajo tierra de los manuscritos de Qumran, el año 34 de nuestra era, pero el período

---

[2] Según Paul Vulliaud, en su *Kabale juive*, esa introducción del *shin* en el tetragrama divino lo sataniza, pues dicha letra es la inicial de Samael, el ángel malo, y según el *Zohar* Yavé la rechazó y no quiso utilizarla para la creación del mundo, ya que es la inicial de la palabra *scheqer*, en hebreo *mentira*.

[3] Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios,* pp. 115 y ss.

se extiende antes y después, en una "franja" de unos cincuenta años. Y esto confirma lo que recordábamos antes.

Por otra parte, cuando Jesús llama a Simón-Pedro *barjonna* (en acadio: anarquista, fuera de la ley),[4] este pequeño detalle subraya que el citado Simón-Pedro está involucrado desde hace tiempo (como precisan sus otros sobrenombres: canaíta, zelote) en una lucha a mano armada contra los ocupantes romanos y contra los saduceos, sus "colaboradores".

Este período de los "años oscuros de Jesús" debió de ser el más violento. Primero porque él era joven, lo mismo que sus hermanos y lugartenientes, luego porque su padre Judas de Gamala y su tío Zacarías ya no estaban allí para moderar a toda esa juventud ardiente.

Diversas pruebas de ello subsisten *a contrario.* Ni Suetonio en su *Vida de los Doce Césares,* ni Tácito en sus *Historias* o en sus *Annales* nos cuentan nada referente a Judea en ese período. Los relatos se interrumpen bruscamente, o aparecen anormalmente acortados en comparación con los capítulos precedentes o siguientes. A ojos vista los celosos monjes copistas pasaron por allí.

Pero a pesar de todo, subsiste una prueba de su intervención, una última prueba; se encuentra en las *Antigüedades judaicas* de Flavio Josefo:

"Hacia el mismo tiempo, sobrevino *en Judea una gran conmoción,* y un gran escándalo en Roma". (Cf. Flavio Josefo, *Antigüedades judaicas*, XVIII, IV, manuscrito griego).

Sería inútil buscar otros detalles en lo que nos queda de capítulo; la censura de los monjes copistas se ejerció de forma total. Pero la apretada comparación con los textos correspondientes de Tácito en sus *Annales* (libro I, cap. LXXXV) demuestra que se trata del período cubierto por dicho libro II, es decir, al año 16 de nuestra era (769 de Roma) al año 19 de la misma (772 de Roma). Y más concretamente esa gran conmoción que sobrevino a Judea tuvo lugar en el año 19 de nuestra era, siendo cónsules en Roma Julio Silano y Norbano Flacco, y procurador en Judea Valerio Grato. Jesús estaba en su mejor edad, y en aquel lugar. Pero no sabremos jamás lo que sucedió allí. Hubiera sido demasiado grave decírnoslo, ya que habría permitido que la verdad subsistiera. En todo caso, fue lo bastante violento como para justificar el decreto de Tiberio César expulsando aquel año a todos los judío de Italia ...

Y si tuviéramos alguna duda, nos bastaría con releer el propio texto de los evangelios canónicos y compararlos desde esta perspectiva que se dibuja ahora poco a poco.

Tomemos, pues, a Juan. Tras el célebre prólogo en el que el texto que falsamente le es atribuido identifica a Jesús y el Verbo divino, tomando esas afirmaciones *de textos paganos más antiguos*[5], vemos aparecer a Jesús, *en la*

---

[4] Id., pp. 72.

[5] "Él es quien lo ha hecho todo, y jamás nada fue hecho sin Él ..." (*Inscripción en el frontispicio del templo de Philae).* "En la Vida y en la Luz consiste el Padre de todas las cosas" (Louis Ménard, *Hermès Trismégiste).* Compárese con Juan, 1, 2 y 1, 3-4.

historia del cristianismo, en el instante mismo de su bautismo por Juan Bautista, cuando hacía ya largo tiempo que había llegado a la edad adulta. De su nacimiento milagroso, de su juventud, *Juan no sabe nada o no nos cuenta nada (op. cit.,* I, 29).

Tomemos ahora a Lucas. Éste hace nacer a Jesús en el *año 6 de nuestra era,* cuando tuvo lugar el censo de Quirino, es decir, doce años después de la muerte de Herodes el Grande. No hay nada de los reyes magos, de la matanza de los inocentes, etc. En cuanto a la huída a Egipto, no nos dice ni una palabra de ello. Simplemente que *"el niño* (Jesús) *crecía y se robustecía en el espíritu y vivía en los desiertos hasta el día de su manifestación a Israel" (op. cit.,* 1, 80). Luego volvemos inmediatamente al episodio del censo, lo que es del todo incoherente, asistimos a su examen catequístico por los doctores de la Ley,[6] se pasa rápidamente sobre su infancia y nos encontramos, también aquí, frente al bautizo de Jesús, *sin que se nos haya contado nada de su adolescencia o de su juventud.*

Pasemos a Marcos. Aquí, lo mismo que en Juan, nos encontramos bruscamente en presencia de un Jesús que va de Galilea a Judea para hacerse bautizar por Juan el Bautista. Como se trata de un "bautismo de penitencia en remisión de los pecados" (Lucas, 3,3), hay que suponer que Jesús no tenía la conciencia tranquila y que tenía pecados que hacerse perdonar. Pero de nacimiento milagroso, de los reyes magos, de la matanza de los inocentes, de la huida a Egipto, Marcos no sabe nada, *o al menos no nos informa nada.*

Nos queda Mateo. Él es quien nos cuenta todo lo concerniente a la maravillosa fecundación de María, la milagrosa natividad, el episodio de los reyes magos, la matanza de los inocentes, la huída a Egipto, etc. Pero, no obstante, hace nacer a Jesús en el año 6 *antes* de nuestra era, en vida todavía de Herodes ¡El Jesús de Mateo cuenta, pues, doce años cuando el de Lucas nace! Esto no tiene importancia, el problema no es de una sola incoherencia. Pero después de la huída a Egipto, también Mateo nos pone en presencia de un *Jesús adulto, que acude a Juan para que le bautice.*

Así pues, ningún evangelista canónico nos dice lo que hizo Jesús desde su primera infancia hasta su madurez (treinta años, según unos, y cincuenta según san Ireneo). Ignoramos la suerte de la santa familia durante los pesados y peligrosos años en los que sucedieron las indomables revoluciones judías y las implacables represiones romanas.

Ahora sabemos el porqué de ese silencio, teniendo en cuenta lo que Flavio Josefo nos da a entender, comparado cuidadosamente con Tácito. De la juventud guerrera de Jesús vale más no decir palabra.

---

[6] Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios,* cap. 12, pp. 123-125.

23

Jesús-Barrabás

La verdad es siempre extraña, más extraña que la ficción ...

LORD BYRON,
Don Juan, XIV

Los evangelios canónicos nos cuentan el episodio de la sustitución de Jesús por un amotinador que había sido encarcelado por un asesinato que había cometido en el curso de una sedición, y que por dicho motivo también él había sido condenado a la crucifixión.

"Era costumbre que el procurador, con ocasión de la fiesta, diese a la muchedumbre la libertad de un preso, el que pidieran. Había entonces un *prisionero famoso* llamado Barrabás. Estando, pues, reunidos, les dijo Pilato: '¿A quién queréis que os suelte? ¿A Barrabás o a Jesús, el llamado Mesías?. Pues sabía que por envidia se lo habían entregado. (...) Ellos respondieron: 'A Barrabás!'..." (Mateo, 27, 15-18, 21).

Algunos detalles complementarios, incluso con algunas diferencias muy ligeras, podemos encontrarlos en Marcos (15, 6 a 15), en Lucas (23, 17-19), y en Juan (18, 39-40). Pero ningún versículo aporta contradicción alguna a la breve narración hecha por Mateo.

Los manuscritos iniciales que poseemos (y que, recordémoslo, se remontan todos al siglo IV, como mínimo)[7] transcriben ese nombre de cuatro maneras diferentes: *Varaba, Barabas, Barrabas y Bar-Rabban.*

De donde estas diversas significaciones:

1 – *Bar-rabba* .... Hijo del doctor
2 – *Bar-rabban* .... Hijo de nuestro doctor
3 – *Bar-Abba* .... Hijo del Padre
4 – *Bar-Abban* .... Hijo de nuestro Padre
5 – *Bar-Abba ....* Hijo de Abba

Observaremos, antes que nada, que no se sabe ninguna otra cosa de este nombre, salvo que, según Mateo, era un prisionero famoso, según Marcos un sedicioso que había cometido un asesinato durante un motín, Lucas precisa que ese asesinato había sido cometido "en la ciudad", es decir, en Jesús, y Juan se limita a calificarlo de bandido, término que, con el de "galileo", designaba entonces a los insurrectos zelotes en general.

El nombre propio de Jesús, que Orígenes afirma que era el de Barrabás, viene atestiguado por algunos de los manuscritos más antiguos, como:

---

[7] Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios,* cap. 2.

a) el *Codex Korideth* (siglos VII-IX);
b) el *Groupe de Minuscules*, publicado por K. Lake en 1902;
c) el *palimpsesto* del monasterio de Santa Catalina en el Monte Sinaí, encontrado por Lewis y Gibson, y que se remontaría al siglo IV.

Como observa muy acertadamente el R.P. Lucien Deiss en su obra *Synopse des Evangiles*, es imposible imaginar que nadie se hubiera atrevido a inventar, ulteriormente,k semejante identidad de nombres propios. Tanto más cuanto que el gran Orígenes, que murió en el año 254, aseguró, como ya hemos dicho antes, que dicho nombre figuraba en ciertos manuscritos que obraban en su poder, con lo que de este modo nos aporta la prueba de que, ya en el siglo III, existían documentos más antiguos que los tres que aquí hemos citado, y que aplicaban el nombre de Jesús a ese misterioso Barrabás.

Daniel-Rops, examinando esa posibilidad de proceder a la sustitución legal de un condenado por otro con ocasión de la Pascua judía, nos dice lo siguiente en *Jésus et son temps:*

> "Se ha discutido mucho sobre ese derecho de gracia que el pueblo podía reclamar, y que el procurador, según el evangelio, parece haber poseído. La gracia era, en Israel, muy rara; los reyes no disponían de ella, y en cambio tenían el poder de aumentar una pena que ellos juzgaran insuficiente. Y, en efecto, la remisión de las penas no es conciliable con el principio mismo de la ley mosaica, que ve en la falta una ofensa a Dios. En Roma sólo podía apelarse a los Comicios en caso de sentencia capital, pero no se ve que el pueblo hubiera tomado la iniciativa de pedir la gracia sin petición previa del condenado. Ahora bien, un papiro que data del año 86 u 88 de nuestra era confirmó el episodio evangélico al mostrar a un prefecto de Egipto perdonando a un culpable "a causa de la multitud". El fundamento jurídico del acto de gracia importa poco, tanto si se trata de una forma de la *abolitio,* amnistía que los emperadores promulgaban con ocasión de sus victorias o de ciertas fiestas, como de una *indulgentia,* derecho de gracia que estaba en la mano de la persona del emperador, y que éste hubiera hecho extensivo a su representante. En este caso parece que se trató de una medida excepcional, resultante de unos hábitos locales de los que nosotros no estamos informados ..." (Cf. Daniel-Rops, *Jésus et son temps*, X, "Le procès de Jésus").

Toda esta larga exposición, verbosa y vaga, en realidad está destinada exclusivamente a hacernos admitir una inverosimilitud histórica, y vamos a demostrarlo. Porque, en sus obras, Flavio Josefo no hace alusión ni una sola vez a semejante costumbre, él que era tan prolijo en lo que concernía a las tradiciones judías.

Y, en primer lugar ¿por qué Daniel-Rops no nos da las referencias exactas de ese papiro? Pues simplemente porque no se le podría alegar como argumento en apoyo de la sustitución de Jesús por Barrabás, y nuestro autor no quiere que el lector pueda contradecirle su falaz argumento.

Es que dicho documento no es otro que *el papiro de Florencia nº 50,* que data del año 85 de nuestra era, y que nos proporciona un ejemplo de gracia concedida a un acusado por un magistrado romano a petición de la multitud.

Contiene, en efecto, el proceso verbal de un juicio dictado por G. Septimius Vegetus, gobernador de Egipto, en favor de un tal Fibion, quien, por su propia autoridad, y estimándose por encima de la ley, había encarcelado a un hombre honorable y a su esposa, que eran sus deudores. Y el gobernador declaró entonces: "¡Merecerías ser flagelado! Pero te entregaré al pueblo" (Cf. A. Deissmann; *Licht vom Osten, das Neue Testament und die neu entdeckten Texte der hellenistisch-römischen Welt,* Tubinga, 1908, pp. 193-194).

Es obvio que el citado Fibion merecía la flagelación legal por dicho crimen de secuestro arbitrario, pero si era *civis romanus* eso era imposible, ya que la *lex Valeria* del año 509 antes de nuestra era prohibía golpear a un ciudadano romano sin una decisión popular previa y decisiva, y la *lex Porcia,* del año 248, también de antes de nuestra era, prohibía hacer uso en ningún caso de los azotes lictoriales.

La sentencia del gobernador Septimius Vegetus, que declaraba tener en cuenta la decisión popular, aplicaba aquí, por lo tanto, la *lex Valeria* del año 509 a.C., y eso demuestra irrefutablemente que el tal Fibion era un *civis romanus,* cosa que la audacia de su acto ya hacía presumir.
En este caso el episodio en cuestión no puede, pues, tomarse en cuenta para justificar la llamada de Pilato solicitando la opinión del pueblo judío, *pues es evidente que Jesús no es ciudadano romano,* y mucho más tarde, el emperador Juliano, en su carta a Cirilo, obispo de Alejandría y antiguo condiscípulo suyo en las escuelas de Atenas, declararía que: "El hombre que fue crucificado por Poncio Pilato era *siervo de César,* y vamos a demostrarlo ..." (Cf. Cirilo de Alejandría, *Contra Julianum).*

De hecho, el término exacto era *esclavo de César (servur caesaris)*, alusión al probable nacimiento de Jesús en Séforis y a la deportación de la población de dicha ciudad por Varus. Pero volvamos al problema de la autenticidad de dicha sustitución.

El *Dictionnaire de la Bible,* de F. Vigouroux, sacerdote de Saint-Sulpice (tomo I, 2ª. Parte, 1926, Letouzey & Ané, *Imprimatur* inicial del 26 de octubre de 1891), nos dice lo siguiente:

"Esa costumbre de dar la libertad a un prisionero con ocasión de las fiestas de la Pascua no aparece mencionada en ninguna otra parte, ni en las *Sagradas Escrituras* ni en el *Talmud* (...) Costumbres similares existían entre los romanos durante los días de las *Lectisternes*, y entre los griegos durante las solemnidades de Bacchus Eleuthereus".

Entre los griegos, Baco era el mismo dios que Dionisos, quien llevaba el sobrenombre de *liberador (liber)*, dado que la embriaguez posee, en efecto, el don de liberar de las preocupaciones y de exagerar las pasiones habitualmente refrenadas.

En cuanto a las *Lectisternes,*[8] se trataba de una ceremonia propiciatoria decidida en un período de grandes calamidades públicas, y celebrada en Roma y en las grandes ciudades del Imperio para obtener el cese de tales pruebas.

[8] Existían las mismas ceremonias dedicadas a las diosas, y recibían el nombre de *Sellisternes* (cf. Tácito, *Anales*, IV, XLIV).

Aquel día se ofrecía un banquete ritual a los principales dioses de Roma, sus efigies aparecían reclinadas sobre *lechos para comer* en la misma sala en la que se desarrollaba esa auténtica *"cena de los Invisibles".* De ahí el furor de Saulo-Pablo ante la participación de sus discípulos en esos ágapes típicamente paganos: "Porque si alguno te viere a tí, que tienes ciencia, sentado a la mesa en un santuario de ídolos, en la flaqueza de su conciencia, ¿no se creerá inducido a comer las carnes sacrificadas a los ídolos? ...". (Cf. I Epístola a los Corintios, 8, 10).

Teniendo en cuenta lo que precede, queda excluida la posibilidad de que semejante fiesta pudiera jamás haberse celebrado en la ciudad santa de Jerusalén, y menos aún en el Templo en donde residía la *Shekinah,* "la Presencia divina". Eso hubiera suscitado tales sublevaciones por parte de los judíos, que a ningún procurador romano se le hubiera pasado ni siquiera por la cabeza tal idea. Recuérdese que Pilato, tras haber hecho penetrar *de noche* en la ciudadela *Antonia,* en Jerusalén, las *enseñas de las legiones* (que no hay que confundir con sus *águilas)* que iban a acantonarse allí, tuvo que hacerlas salir del lugar ante la inminente rebelión, ya que los sucesivos emperadores habían dado orden de respetar en Judea los principios religiosos de la población.

Pues bien, las *enseñas* legionarias ostentaban, o bien el busto de los emperadores, o bien símbolos animales: golondrina, jabalí, águila, etc. además, en los campamentos se les rendía un culto público. Cosas, todas ellas, que la ley de Moisés reprobaba.

Por otra parte, si en Roma podía ejercerse el derecho de la gracia, esto tenía que suceder *antes* de ser pronunciada la sentencia. Después, no era costumbre desmentirla, pues ello hubiera implicado la falibilidad de la Justicia. No le quedaba, pues, al condenado más que la suerte de encontrarse por el camino hacia su ejecución a una *vestal* (éstas poseían el privilegio de conceder la gracia *ipso facto* a todo condenado con el que se cruzaran por el camino), o recurrir a la *indulgentia* imperial. Por eso Suetonio nos cuenta que Nerón, a quien horrorizaba el derramamiento de sangre,[9] un día, al principio de su reinado, en el momento de refrendar la condena a muerte de un criminal notorio, dejó el "estilo" con el que se disponía a firmar y murmuró abatido: "¡Ay! ¿Por qué me enseñarían a escribir? ..." (Cf. Suetonio, *Vida de los Doce Césares, Nerón,* 10). Y Tácito observaría, además, que: "Cuando no puede evitar una condena, la aplaza tanto, que el acusado tiene tiempo de morir de viejo ..." (Cf. Tácito, *Annales,* XVIII, 33).

Todo eso demuestra claramente que, una vez pronunciada la sentencia, no se acostumbraba a modificarla.

Queda el concepto de gracia judicial en el Israel antiguo. Éste no existía allí en absoluto, y únicamente unas revelaciones nuevas podían justificar la suspensión provisional de una sentencia capital, y eventualmente una revisión. Ese carácter definitivo de la condena había sido precisado por el profeta Isaías:

> *Si se hace gracia al impío, él no aprende la justicia;*
> *en la tierra corrompe la rectitud,*
> *no repara en la majestad de Yavé ...*

[9] Cf. *El hombre que creó a Jesucristo,* cap. 21.

(Isaías, 26, 10)

De donde la hostilidad general de los maestros de la *Torah* ante la pena de muerte, porque es un castigo irreversible. Solía afirmarse que un Sanedrín que pronunciara once condenas de muerte en siete años era una *asamblea de asesinos.* Y Rabbi Eleazar-ben-Azaria llegaba aún más lejos: para su escuela, once condenas a la pena capital en setenta años justificaban ya ese apelativo de "tribunal asesino". Otros, como Rabbi Tarphon y Rabbi Akiba eran contrarios totalmente a la pena de muerte (cf. *Talmud, IV, Nezikim, 5 Makkoth).*

Es decir, que toda esa historia de una sustitución legal de un culpable por otro, de un condenado a muerte por asesinato en el curso de una revuelta, perdonado contrariamente a todas las costumbres, tanto judías como romanas, por un procurador tan rudo y despiadado como parece que solía serlo Poncio Pilato, toda esa historia no constituye sino una mentira más de los escribas anónimos de los siglos IV y V, antisemitas patentes y aduladores interesados de los nuevos emperadores cristianos. No obstante, aún nos queda por ver otra misteriosa sustitución, problema que pronto vamos a abordar.

Porque, ¿qué *prisionero famoso* podía haber sido encarcelado por aquellos días, aparte de Jesús? Nadie conoce a Barrabás, fuera de los textos evangélicos del siglo IV. Flavio Josefo, el *Talmud* de Babilonia, el *Talmud* de Jerusalén, todos ignoran dicho personaje. Eusebio de Cesarea (fallecido en el año 340), al redactar su *Historia eclesiástica*, una obra enorme, no conoce a Barrabás. Sí que cita a un tal Agapios, quien figuraba entre los mártires de Palestina en el curso de la persecución de los años 306-307, y a quien la gracia imperial prefirió frente a un esclavo oscuro que había asesinado a su amo. Y el texto nos dice que fue "juzgado digno de piedad y benevolencia, casi de la misma manera que el famoso Barrabás en tiempos del Salvador ..." (Cf. *op. cit., De martyribus Palestinae,* VI, 5). Pero existen dos recensiones diferentes de ese texto, una corta y una larga, la primera en griego, la segunda en siríaco. "Las relaciones entre las dos recensiones son difíciles de determinar ...", nos dice el P. Mondésert, S.J., y es evidente. No estamos absolutamente convencidos de que todo el conjunto proceda de Eusebio de Cesarea. Porque sólo en ese texto indeciso aparece una alusión a Barrabás, y eso es algo muy sorprendente, teniendo en cuenta la importancia del resto de su obra, donde no faltaron las ocasiones para poderlo citar.

Para nosotros, Jesús y Jesús-Barrabás no son sino la misma persona, y esa sustitución no se imaginó hasta mucho más tarde, para hacer desaparecer el papel de otro misterioso comparsa. Nosotros hemos citado a *Simón de Cirene,* quien sustituyó en realidad a Jesús y fue crucificado en su lugar, seis semanas antes de Pascua, y la muerte, esta vez bien real, de este último.

Cuando el lector haya llegado al próximo capítulo, titulado *El crimen del Templo,* podrá constatar que el *"bandolero famoso, autor de un asesinato en el curso de una sedición en la ciudad"* no pudo ser otro que Jesús, pues no había ninguno más.

24

El crimen del Templo

> Hay hombres en los que la vergüenza se ceba más allá de la tumba ... Ese es el autor primero de la superstición judaica ...
>
> FABIUS QUINTILIANUS,
> *De institutione oratoria*

En los textos evangélicos aparece citado un documento que plantea todo el problema referente a la autenticidad del relato tradicional sobre la crucifixión de Jesús. Se trata del texto de la sentencia abreviada que figuraba sobre la cruz, y que se atribuye al propio Pilato. Cosa en sí ya bastante dudosa, pues difícilmente nos imaginamos al procurador de Roma en Judea haciendo el trabajo de los *auxiliarii* y aplicándose, incluso de ser necesario con la lengua fuera, en trazar sobre una planchita de madera el motivo de la condena de un rebelde judío, en el que concurría además el agravante de ser también un bandolero. Para este fin tenía a sus escribas, y sería uno de ellos el que se ocuparía del *titulus* legal.

La inautenticidad de dicho texto viene subrayada por el hecho de que los evangelios sinópticos y el de Juan no están totalmente de acuerdo sobre él. Veamos las variantes:

- Mateo: "He aquí al rey de los judíos" (27, 37),
- Marcos: "El rey de los judíos" (15, 27),
- Lucas: "Este es el rey de los judíos" (23, 38,
- Juan: "Jesús de Nazaret, rey de los judíos" (19, 19).

Los evangelios iniciales que han llegado hasta nosotros están redactados en griego. No es preciso ser un gran letrado para comprender que, traducidas al latín, es imposible que esas cuatro inscripciones diferentes den invariablemente "I.N.R.I.".

Pero ¿fué ése el texto que figuró en cabeza de la cruz de Jesús? Eso es algo perfectamente dudoso, porque:

- no es posible que Pilato dijera que Jesús era originario de Nazaret, ya que dicha localidad no existía en aquella época, pues la crearon (cambiando de nombre a un lugar dado, para satisfacer a los peregrinos iluminados) *hacia el siglo VIII.* El texto latino de la Vulgata de san Jerónimo, texto oficial de la iglesia católica, tampoco lo dice. Califica a Jesús de *nazareus,* es decir, de *nazareno,* o, lo que es lo mismo, "consagrado al Señor", en hebreo *nazir.* Las leyes del *nazareato* están precisadas en el Libro de los Números (6, 2);

- por otra parte, Pilato no pudo darle este calificativo a Jesús, ya que:

a) evidentemente, éste no era un motivo de condena a los ojos de la ley romana, era algo que no se le podía reprochar a Jesús;
b) Jesús jamás fue nazareno, o no lo era desde hacía ya bastante tiempo, porque tal consagración le prohibía beber vino, comer carne, acercarse a las gentes ritualmente impuras a los ojos de la ley judía, y, sobre todo, acercarse a un cadáver o tocarlo. Cosas todas ellas de las que él nunca se privó. Por los citados motivos, y con perdón de los místicos más heterodoxos, *Jesús no fue jamás nazareno* en el curso de su vida pública.

Por consiguiente, si no podía haber sido originario de Nazaret, si no era nazareno, el texto de la condena atribuido a Pilato es, pues, un texto mendaz. Los escribas anónimos de los siglos IV y V, al redactar, *por orden,* unos evangelios oportunistas, colocaron este texto en sustitución de un *titulus* real, pero infamante, que justificaba el que Jesús hubiera sido crucificado *cabeza arriba,* como los malhechores y los esclavos, y no *cabeza abajo,* como sucedía con los rebeldes, lo que hubiera sido su caso si sólo se le hubiera acusado de calificarse de "rey de los judíos".[10]

También es probable que la pancarta que acompañaba a toda ejecución en la cruz hubiera ido primero colgada del cuello del condenado, quien la llevaría así desde el lugar de su detención al de su ejecución. Sus brazos estarían entonces extendidos lateralmente y atados al madero transversal, que reposaba sobre su nuca a la manera de un *yugo.* Eso era todo lo que llevaba el condenado, ya que el poste vertical de dicha cruz permanecía hincado en el suelo, en el emplazamiento habitual de las crucifixiones.

Esta formalidad legal justificaba el que se dijera que el desgraciado "llevó su cruz", como precisan los autores antiguos (Séneca, Cicerón, Plutarco, etc.), pero es que se tenía en cuenta que era imposible que el condenado cargara con la totalidad, que representaba un peso de unos setenta kilos, a veces después incluso de una terrible flagelación que minaba sus últimas fuerzas (la mayoría de las veces, y con el fin de evitar dicho riesgo, esta flagelación se le infligía en el lugar mismo de la crucifixión).

Ese travesaño al que estaban atados los brazos del futuro crucificado impedía, además, cualquier intento de evasión, ya que no permitía una fuga rápida por las estrechas callejas transversales, aunque se le facilitara dicha fuga, y le dificultaba asimismo el buscar refugio en alguna vivienda amiga, dado que la obertura de la puerta no permitía una penetración fácil. Además, exponía al condenado a las injurias, bofetadas, escupitajos, pedradas y proyección de inmundicias por parte de sus adversarios de la víspera; y el mundo antiguo no sabía lo que era la piedad.

Volviendo a los verdaderos motivos de la condena de Jesús, es evidente que éstos fueron muy numerosos. Está, sin duda, el hecho de que se dijera "rey de los judíos",[11] cosa que se añade a las actividades zelotes y a sus habituales actos de violencia,[12] a los cobros de un diezmo muy parecido a nuestro moderno *racket,* e incluso al bandidaje puro y simple. No condenemos a los zelotes sin comprenderlos. Un guerrillero come también al menos una vez al día, y el dinero ha sido siempre el nervio de la guerra. Y aquí vamos por fin a

---

[10] Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios,* pp. 223-226.
[11] Id., p. 208.
[12] Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios,* pp. 162-183.

abordar el estudio de ese famoso *crimen, cometido en el curso de una sedición* por el misterioso *Jesús-Barrabás, "bandolero famoso", encarcelado con otros sediciosos* (cf. Marcos, 15, 7).

Ahora sabemos (véase el capítulo anterior) que Jesús y Barrabás son un mismo personaje. No perdamos, pues, nuestro tiempo epilogando de nuevo este problema.

Cuando nuestro jefe zelote hace su entrada triunfal en Jerusalén, el famoso día llamado "de Ramos", montado sobre un asno que caminaba al lado de su madre asna, el hecho nos parece ya sospechoso. En efecto, a fin de no mancillar la ciudad santa, caballos, asnos, perros, corderos, cabras, etc., no podían circular por dentro de ella. No olvidemos que el verdadero nombre de la ciudad se mantenía en secreto, y no se podía pronunciar: *Kedesha,* "la Santa". Se decía simplemente *Ierushalaim* (Jerusalén), del mismo modo que se decía *Adonai* (Señor), en lugar del *nombre impronunciable de Iaweh,* que era el tetragrama divino.

Por lo tanto, los animales destinados al sacrificio penetraban en la ciudad por la puerta del Norte, pasaban por delante de la ciudadela Antonia y llegaban así rápidamente al recinto de espera del interior del Templo. Pero pasemos por alto esos errores de nuestros copistas, y veamos cómo los jóvenes judíos aclamaban a Jesús como el esperado libertador:

> "¡Hosanna al hijo de David! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas! ..." (Cf. Mateo, 21, 9). El escriba se confunde con *aleluya ...*

Porque *hosanna* no significa, ni mucho menos, "alabado seas", sino "libéranos", lo que implica que nuestros jóvenes pertenecían, al menos ideológicamente, a la corriente de los zelotes. Y eso demuestra que el citado episodio fue manipulado.

Entonces dispusieron delante de Jesús, por el camino, y a medida que él avanzaba, innumerables vestimentas, y las multitudes cortaban ramas de palmas y de árboles diversos y las disponían a su paso. No es difícil imaginar que todo ese grupo que acompañaba a Jesús y que, desde Jericó, recibía la parte de aclamaciones entusiastas que le correspondía,[13] estaba compuesto por partidarios de la resistencia judía contra Roma. *Eran militantes zelotes ...*

Transcurrieron algunos días. Jesús había sido detenido, y otra multitud (pero, ¿qué no era la *misma* ...) reclamó apasionadamente al procurador romano que le dieran muerte, *por blasfemo y sacrílego.*

¿Qué era, entonces, lo que había sucedido? ¿A qué vino semejante cambio de actitud?

Daniel-Rops, en *Jésus en son temps,* lo achaca a la versatilidad popular. Esto podría ser cierto en el caso de una multitud corriente, pero no en el de una

---

[13] Véase, en *Jesús o el secreto mortal de los templarios,* pp. 173 a 177, que aclararán este capítulo.

masa de seguidores con los ojos fijos -¡y con qué violencia!- en una ideología muy precisa, elaborada doctrinalmente. Volvamos, pues, a los evangelistas ...

"(Jesús) Estando sentado enfrente del gazolifacio, observaba cómo la multitud iba echando monedas en el tesoro, *y muchos ricos echaban muchas ...* (Cf. Marcos, 12, 41).

Y no ignora la existencia del famoso "tesoro del Templo", el *Korban,* alimentado tanto por las *donaciones* como por los *depósitos provisionales,* ya que numerosos judíos ricos preferían confiar su fortuna a esa ciudadela religiosa, antes que perderla en su vivienda en manos de malhechores.

Además, el Templo abrigaba el arsenal de los levitas encargados de su defensa y de la policía de sus recintos: arcos, flechas, lanzas, escudos, espadas, hondas, etc., todo estaba allí. Y hay que reconocer que el *dinero* y las *armas* constituyen la riqueza esencial de todo movimiento revolucionario.

Indudablemente, se nos ha dicho con frecuencia que de lo que se trataba era de expulsar el mercantilismo de los "mercaderes del Templo". Pero ¿por qué atacó Jesús igualmente a los infortunados peregrinos que, al llegar a Jerusalén y verse objeto de tal violencia, no debieron entender absolutamente nada? Porque eso es lo que sucedió, si damos crédito a los evangelios:

> "Entró Jesús en el Templo y arrojó de allí a cuantos vendían y *compraban en él,* y derribó las mesas de los cambistas y los asientos de los vendedores de palomas ..." (Mateo, 21, 12; Marcos, 11, 15; Lucas, 19, 45; Juan, 2, 13-17).

De hecho, todo estaba ya preparado, minuciosamente, con anterioridad. Jesús no tiró él solo todos los tenderetes de los cambistas y derribó a todos los mercaderes que esperaban, *en la antesala,* la venta de sus animales.
Porque no era dentro del Templo donde estaban expuestos los animales, pues semejante cosa era impensable. Además, no podían prescindir de esos abastecedores, porque sin ellos, sin sus ventas, se hacían imposibles las ofrendas de sacrificios. Y si no se trataba más que de reprimir esos sacrificios, no era necesario agredir a esos desgraciados peregrinos que no debieron de comprender nada de tal escándalo. Hacía siglos y siglos que la Ley judía era así, y si había que modificarla, lo cierto es que no había de serlo entregándose a semejantes actos de violencia.

Así pues, esta camorra había sido organizada de antemano. Y se desencadenó tras unas palabras de Jesús. Uno puede preguntarse, teniendo en cuenta todo lo que antecede, si todo el dinero así dispersado por el suelo, esas piezas de oro y plata rodando a centenares de aquí para allá, fueron recuperadas a continuación por sus propietarios legítimos. Porque sabemos que el "tesorero" era un tal Judas Iscariote (Juan, 13, 29), que robaba en la bolsa cuanto se metía en ella (Juan, 12, 6), porque "era ladrón" (*id.*), y más teniendo en cuenta que su nombre significa "hombre criminal". Y a pesar de todos esos inconvenientes, Jesús lo conserva como tesorero. ¡Asombroso! En ese ataque al Templo, en ese escándalo, el lector reconocerá fácilmente la técnica habitual de los truhanes modernos, extorsionando a los propietarios de los salones nocturnos, o saqueando sus establecimientos si se muestran recalcitrantes. No hay nada nuevo bajo el sol.

Sin embargo, es probable que el *estratega* del Templo que estaba al mando de la milicia levítica, avisado de esa revuelta a mano armada, enviara de inmediato un destacamento armado para restablecer el orden. Y que, paralelamente, desde la cercana ciudadela Antonia, que dominaba el Templo, la centuria legionaria "de día", alertada por sus vigías, acudiera a cortarle la retirada a Jesús y a sus hombres. Y debió de ser así como nuestro Barrabás y algunos de sus cómplices caerían en manos de los romanos, y se verían encarcelados por homicidio cometido en el curso de una revuelta, en la ciudad (cf. Marcos, 15, 7).

Así pues, hemos llegado ya al meollo del problema que evoca el título de este capítulo.

El grupo de exaltados y de hombres dispuestos a todo que invadió el Templo siguiendo a Jesús iba armado con *cachiporras,* las armas elementales y clásicas de todo el mundo árabe desde siempre. El propio término viene de esa lengua: *matrak,* con el mismo significado.

Con toda probabilidad iban armados asimismo con la *sicca,* ese puñal grande y curvo que les dio nombre *(sicarii).*

Veamos los textos de los evangelios:

Mateo: "... otros, cortando *ramas de árboles,* las extendían en la calzada ..." (op. cit., 21, 8).
Marcos: "... otros cortaban *follaje* de los campos ..." (op. cit., 11, 8).
Lucas: este autor no habla de ramas, sino sólo de las vestiduras extendidas sobre el camino.
Juan: éste nos presenta otra versión, indudablemente mucho más verídica: "Al día siguiente, la numerosa muchedumbre que había venido a la fiesta, habiendo oído que Jesús llegaba a Jerusalén, tomaron *ramos de palmera* y salieron a su encuentro gritando: ¡Hosanna!" (Op. cit., 12, 12-13).

No era cuestión de cubrir el camino de Jericó a Jerusalén, ya de por sí bastante rudimentario, con ramas de árboles, que no habrían hecho sino entorpecer la marcha del joven asno sobre el que avanzaba Jesús. Pero *en la mano* de sus seguidores constituían perfectamente unas armas improvisadas, porque desde el sur de Marruecos, en país bereber, hasta el sur de Tunicia, y en todo el Oriente Medio, el arma más extendida es una *rama de palmera,* despojada de sus hojas, y que se presenta bajo el aspecto de una cachiporra cuyo extremo grueso puede medir de cinco a seis dedos de anchura, y la extremidad menor, la que se conserva en la mano, unos dos dedos. La flexibilidad de semejante garrote, que recuerda un poco la forma del *pen-baz* bretón, o incluso del *makila* vasco, hace de él una temible arma contundente.

Ahora bien, el texto inicial de Juan (2, 15) emplea el término *skoinion,* que significa sogas, para designar el manojo de cuerdas con que Jesús habría golpeado a aquellos "que compraban y que vendían".

Si observamos que en griego se utiliza *skoidion* para traducir una *rama de árbol,* es evidente que uno puede preguntarse si bajo el raspador experto y

prudente de los astutos escribas anónimos del siglo IV, la *delta* de *skoidion* no se convertiría en la inocente *ny* de *skoinion.* Porque basta con hacer la parte superior de la *delta* para obtener una *ny* muy presentable.[14]

En una palabra, Jesús habría ido armado también él, al igual que sus seguidores, no de un simple manojo de cuerdas recogido sobre el terreno, sino de una rama de árbol, de una *cachiporra,* cortada y preparada con vistas a esta algarada en el seno del Templo. Recordemos algunas de sus palabras:

> "¡Y en cuanto a aquellos enemigos míos que no quisieron que yo reinase sobre ellos, traédmelos acá y degolladlos en mi presencia! Y dicho esto, siguió adelante, subiendo hacia Jerusalén ..." (Lucas, 19, 27-28).
>
> "Yo he venido a echar fuego en la tierra, ¿y qué he de querer sino que se encienda? ..." (Lucas, 12, 49).
>
> "Porque he venido a separa al hombre contra su padre, y a la hija contra su madre, y a la nuera contra su suegra, y los enemigos del hombre serán los de su casa ..." (Mateo, 10, 35-36).
>
> "No penséis que he venido a poner paz sobre la tierra; no vine a poner paz, sino espada ..." (Mateo, 10, 34).
>
> "Y quien no tenga espada, venda su manto y cómprese una ..." (Lucas, 22, 36).

Y esto es algo que desagradará a ciertos admiradores del famoso *Sermón de la montaña* que se limitan prudentemente a los versículos 20 a 23 del capítulo 6 de Lucas, omitiendo, por prudencia y astucia, *las maldiciones que componen, inmediatamente después, los versículos 24 a 26.* Porque hay que hacer desaparecer todo rastro del Jesús zelote, que maldecía violentamente a sus enemigos.

Volvamos ahora al episodio del Templo. Jesús propinó golpes de cachiporra a enemigos y a mercaderes con los que se aprovisionaban. Hubo muertos y heridos, en proporción al número de agresores y de víctimas. Y ese sería el "crimen" que le haría perder a Jesús gran número de partidarios, que incluso a veces llegaron a sumarse al número de sus adversarios.

Porque, volvámoslo a decir, el grito de *hosanna* que claman los jóvenes judíos a su llegada a la Puerta Dorada, procedente de Jericó, significa "libéranos ..." en hebreo. Lo que todos esperan, por consiguiente, es que Jesús los lleve al asalto de la ciudadela *Antonia,* donde se halla atrincherada la guarnición romana de Jerusalén, y que, mediante los prodigios anunciados, expulse a los odiados ocupantes fuera de la Ciudad santa. ¡En lugar de eso lo que hace es llevarlos a atacar a sus propios correligionarios, tanto a los comerciantes habituales como a los piadosos peregrinos! ¡Y en el propio recinto del Templo, el lugar más sagrado de todos, lo que constituye un sacrilegio más!

---

[14] En el terreno de las letras mayúsculas también resulta muy fácil efectuar esa prudente "corrección".

Por poco que nuestros zelotes robaran a los cambistas, o incluso fracturaran aquellos cepillos que tanto interesaban a Jesús, esa juventud apasionada pero idealista descubrió que, en lugar de hallarse frente a un liberador, lo que tenían era a un simple guerrillero que actuaba además como bandolero.[15]

Porque ese asesinato atribuido al hipotético Barrabás, pero que sin lugar a dudas fue obra de Jesús, se encuentra en la filigrana de nuestros manuscritos griegos. Y aquí tenemos la demostración.

En Marcos (15, 7) se nos dice que Barrabás está encarcelado por *asesinato,* y en el manuscrito griego inicial ese término viene dado por el nombre de *phonon,* con el mismo significado (*crimen, asesinato*).

Tres versículos más lejos nos enteramos de que los jefes de los sacerdotes habían entregado Jesús a Pilato por *envidia,* es decir, por *phtonon* en el griego del manuscrito inicial.

Entre *phonon,* que significa *asesinato*, y *phtonon,* que significa *envidia,* hay en el griego cursivo una similitud bastante incómoda. Basta con insertar, después de la *phi* de *phonon*, una simple *theta*, y entonces se obtiene *phtonon*, que significa *envidia.* Y así quedará borrada toda huella del crimen sacrílego cometido por Jesús.

Empezamos a comprender por qué nuestros documentos más antiguos del cristianismo nos han llegado siempre, no en arameo, sino en griego. *Porque es una lengua cuya grafía se presta a muchos arreglos, como puede constatarse por lo que sigue:*

Cuadro comparativo de los términos:

skoinion	ξχοινιων	*cuerdas*
skoidion	ξχοιδιον	*rama de árbol*
phonon	Φὸνον	*asesinato, crimen*
phtonon	Φθὸνον	*envidia, celos*

Es evidente que esta comparación es particularmente demostrativa, ya que el escándalo causado por esos pillajes y esos asesinatos fue tal, como verdadero sacrilegio que violaba la Casa del Eterno, *que Jesús tuvo que huir y ocultarse en la ciudad durante cerca de seis meses.* Aquí tenemos la prueba.

En el tomo II de su *Synopse des quatre Evangiles,* el R.P. Boismard, recogiendo una tesis sostenida tiempo atrás por el cardenal Jean Daniélou, estima que nosotros situamos la fiesta de Ramos en una fecha muy diferente de la realidad histórica, al colocarla ocho días antes de Pascua. De hecho, la entrada de Jesús bajo las aclamaciones de la juventud judía se habría desarrollado *seis meses antes,* durante la fiesta de los Tabernáculos, es decir, en el otoño precedente. Veamos qué hay de todo eso.

---

[15] El Templo de Jerusalén, único lugar donde se suponía que residía Yavé, era considerado como la residencia de la *shekinah,* la "Presencia divina", es decir, algo así como la manifestación material de Dios. Imagínese el escándalo causado ...

Inicialmente, dos grandes fiestas marcaban el año judío: la de la Primavera y la del Otoño, que se convirtieron la una en la Pascua judía (aniversario de la salida de Egipto), y la otra en la fiesta de las Cabañas, o fiesta de las Vendimias, convertida en fiesta de los Tabernáculos. La primera se desarrollaba invariablemente durante la luna llena del mes de *Nisan,* la segunda durante los primeros días del mes de *Tischri.*

La Socoth, alias fiesta de los Tabernáculos, que se observaba desde tiempos muy remotos como una fiesta de la Naturaleza, implicaba que los israelitas vivieron durante siete días en tiendas o en cabañas, llamadas más tarde tabernáculos.
Pasaremos por alto el ritual de las ceremonias propias de la Socoth, para subrayar su significación mesiánica. Y aquí citaremos al cardenal Jean Daniélou en su libro *Les symboles chrétiens primitifs:*

"La fiesta parece tener, efectivamente, una relación muy especial con las esperanzas mesiánicas. Los orígenes de esa relación son oscuros. Pero parece que la fiesta de los Tabernáculos estaría ligada, o bien con *la fiesta anual de la instauración real,* o bien, como piensa Kraus, con la renovación de la alianza *con el rey davídico.* Los restos desintegrados de esta fiesta serían los que subsistirían en las tres grandes fiestas judías de Tischri: *Rosh-ha-Shana, Kippur,* y *Sukkoth.* Esta fiesta habría adquirido en el judaísmo un carácter mesiánico, es decir, que se habría relacionado con la *espera del venidero rey.* Aquí no se trata de los orígenes primeros de la fiesta, que parecen ser unos ritos estacionales, sino de una transformación que habría sufrido en la época real y que habría introducido en ella elementos nuevos" (*Op. cit.,* p. 11).

> "Así, para los judíos, la festividad de los Tabernáculos, donde cada uno comía y bebía con su familia en su choza adornada con ramas variadas, aparecían como una prefiguración de los gozos materiales en el reino mesiánico. Las esperanzas mesiánicas alimentadas por la fiesta pueden explicarnos *que ésta diera ocasión a una cierta agitación política,* y que los Padres de la Iglesia pongan a los cristianos especialmente en guardia contra ella" (*Op. cit.,* p. 13).

Hemos subrayado algunas frases que en el libro de Juan Daniélou no aparecen subrayadas, al menos voluntariamente. Nosotros ya habíamos demostrado que Jesús había reconocido ante Pilato que había reivindicado la realeza de Israel, sin discusión posible,[16] y que había sido necesaria su captura para que él considerara entonces que se había equivocado y se viera en la obligación de situar esa dignidad real en el otro mundo. Ahora hemos probado que había participado en una agitación política conmemorativa de la instauración de la realeza en Israel, y que en esa circunstancia se había dejado aclamar como rey liberador y como soberano, ya que aparece subrayada su calidad de "hijo de David". Pues bien, él no desautorizó esas manifestaciones de entusiasmo, esas aclamaciones tan precisas, esa calidad de "liberador", antes al contrario, se prestó a ellas complaciente, al subir de Jericó a Jerusalén *en cabeza de sus partidarios,* después de haber mencionado que habría que degollar a todos aquellos que no lo quisieran reconocer como rey. (Cf. Lucas, 19, 11 a 27).

---

[16] Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios,* pp. 153-161.

Y entonces, ¿cómo admitir ni por un momento que el procurador representante de roma en Judea no se sintiera en la obligación de castigar severamente, fuera cual fuese la simpatía que él pudiera sentir hacia Jesús? Esto, evidentemente, no tardó en llegar, ya que el abad Laurentin, resumiendo el texto del P. Boismard, nos dice en el periódico *Le Figaro* de 25 de mayo de 1972:

> "En cuanto a su entrada en Jerusalén (los Ramos) parece que tuvo lugar mucho antes de lo que dicen los evangelistas, durante la fiesta de los Tabernáculos (par. 273., p. 333), de modo que Jesús habría pasado sus últimos días en Jerusalén, no como un hombre que enseña todavía con éxito, sino como un proscrito que se oculta y que finalmente será traicionado y entregado por uno de los suyos".

Aquí debemos puntualizar. La fiesta de los Tabernáculos se desarrolla en septiembre, y Jesús murió en Pascua, es decir, en abril. Por lo tanto se encontró proscrito durante *seis meses,* y se vio obligado a ocultarse en Jerusalén, literalmente cogido en la trampa, sin poder salir de ella *durante todo este período.* Si uno recuerda que Jesús se había visto ya en la obligación de huir cuando estaba en Fenicia, y que luego, reconocido por la mujer cananea (Mateo, 15, 21-24), y no pudiendo *"seguir oculto allí"* (sic) (Marcos, 7, 24-25), tuvo que huir de nuevo, e intentar despistar a la policía romana lanzada en pos de él,[17] se convendrá que esta actitud resulta más bien sorprendente en un "Hijo de Dios" venido a ofrecerse en sacrificio para aplacar la cólera de su Padre.
El lector más indulgente considerará entonces que el "Hijo de Dios" no tenía mucha prisa por asegurar la salvación de la humanidad, ya que, durante todo ese tiempo perdido, y según la dogmática cristiana, ésta continuaba condenándose, dado que: "Los niños que nacen y que mueren sin recibir el sacramento del bautismo no pueden salvarse, ya que para ellos, y según el orden establecido por Dios en la sociedad de los hombres, no existe otro medio que éste para ser incorporado a Jesucristo y recibir su gracia, sin la cual no existe salvación entre los hijos de Adán". (Cf. Tomás de Aquino, *Suma teológica,* LXVIII, 3).

Ese carácter temeroso del pseudo-sacrificio voluntario también está reconocido en Daniel-Rops, ya que nos dice en *Jésus en son temps:*

> "Ella explica también el desplazamiento repentino de Jesús, *deseoso* de pasar a la soberanía más benevolente del tetrarca Filipo, pasando al otro lado del río (el Jordán) para no permanecer más tiempo en poder de Antipas, el asesino de san Juan Bautista" (*Op. cit.,* p. 257, *La mort du Précurseur).* ¡Vaya si lo comprendemos! Y también cómo todo resulta más claro al volverse más humano ...

En cuanto al lugar donde se oculta Jesús en Jerusalén durante seis largos meses después del ataque al Templo (según opinión de Daniel-Rops y de numerosos exégetas, hubo dos ataques de este género), lo ignoramos. Es poco probable que se refugiara en una vivienda amiga, porque había siempre la posibilidad de una denuncia por parte de un vecino hostil, o a quien le atrajera la recompensa ofrecida. Y una huida así implicaba un recorrido bastante largo por la ciudad inflamada de rumores. Es más probable que Jesús huyera hacia la

[17] Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios,* pp. 184-190.

puerta Norte (véase el capítulo 27), y saliera de la ciudad en dirección a lo que Flavio Josefo llama las “cavernas reales”. A pocos pasos de la actual puerta de Damasco, bajo la escarpada roca coronada por la muralla de la ciudad, se observa una pequeña puerta cerrada; allí se habrían antaño las canteras de Bezatha, de donde se extrajeron en diversas épocas los hermosos bloques de piedra empleados en las construcciones del Templo o de los palacios asmoneos y herodianos. Esas canteras fueron inauguradas por el rey Salomón. El arqueólogo Clément Ganneau descubrió, asimismo, un graffiti fenicio en aquel lugar. En el exterior, el orificio de entrada desemboca en el foso antiguo de la ciudad.

Fue indudablemente en estos amplios subterráneos donde tuvieron lugar aquellas asambleas secretas a las que hacen alusión los *Salmos de Salomón,* en el curso de las cuales tenían lugar orgías sexuales de formas rituales que implicaban una supervivencia de los cultos a Astarté y a Baal, tomados probablemente de las lejanas tradicionales del tantrismo indio. Remitimos al lector al capítulo 20.

Es poco probable que los zelotes no conocieran la existencia de dichas canteras, tanto más si se tiene en cuenta que la tía de Jesús, María II (alias Mariamna II, alias Cleopatra de Jerusalén), no ignoraba, como ya hemos visto, esas mismas tradiciones orgiásticas, puesto que las había practicado en el palacio de Herodes el Grande.

Y, cuando llegó el momento, fue desde allí desde donde Jesús acudió a los dominios de Ierahmeel, en los Olivos, retiro que su sobrino Judas Iscariote reveló al tribuno de los cohortes, gobernador de la *Antonio* y jefe de armas de Jerusalén (cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios,* página 274 y siguientes). Porque la leyenda de la cena pascual en Jerusalén y luego, inmediatamente después, la salida con dirección a los Olivos, es inverosímil. Las puertas de la ciudad estaban cerradas y vigiladas, patrullas romanas recorrían las calles, porque la Pascua era un período de agitación mesiánica; y, por último, el Éxodo (12, 22) lo especifica de forma tajante: después de la comida pascual estaba prohibido salir de la vivienda hasta el alba siguiente. Todo judío encontrado *de noche* por la ciudad, habría resultado sospechoso y habría sido detenido por las patrullas.

25

La verdad sobre la Pasión

> Que el juez no preste oídos a los vanos clamores de la multitud. Con demasiada frecuencia desea perdonar al culpable y condenar al inocente ...
>
> DIOCLECIANO, Axiomas jurídicos

Cuando se lee en los evangelios sinópticos el relato de la Pasión de Jesús, en especial todo lo que tiene relación con el montaje de escarnio que sucedió a la flagelación legal, cuando se ve a los legionarios romanos revistiendo a Jesús con una clámide escarlata, probablemente tomada de entre las ropas viejas de su cuartel, luego poniéndole en la mano una caña, a modo de cetro irrisorio, y por último coronándolo con una corona de espinas, a uno le sorprende constatar que, en el evangelio de Lucas, esta frase, que sin embargo es impresionante, es totalmente ignorada por su redactor. Pero Lucas, de quien la Iglesia afirma que fue el autor de dicho relato, debió atenerse al de su maestro, que fue el apóstol Pablo. Si éste se hallaba en Jerusalén en el año 36 de nuestra era, cuando tuvo lugar la lapidación de Esteban,[18] estudiando la *Thora* a los pies de su maestro el *rabban* Gamaliel, debía encontrarse también en esta ciudad el año precedente, el 35, cuando se produjo la muerte de Jesús. Y, sin embargo, no sabe nada de esa exhibición de escarnio. Qué raro.

Para la mayoría de los historiadores conformistas, la historicidad de este episodio no ofrece ninguna duda. Y Daniel-Rops, en *Jésus en son temps,* nos dice lo siguiente:

> “Ese otro suplicio, *Pilato no lo había ordenado.*[19]. Pero la multitud humana es feroz con los vencidos, ¿y qué puede esperarse de una soldadesca desenfrenada? Esos soldados eran sirios, beduinos, mandados quizá por algunos oficiales romanos. Se les entregaba un judío que no debía valer demasiado, ya que el gobernador lo había mandado flagelar.
>
> “Aquí es donde *puede defenderse la hipótesis* de una imitación de costumbres más o menos carnavalescas. Alguno de los soldados aquellos había podido hallarse en alguna guarnición de Alejandría o de Mesopotamia, y ser allí testigo de una fiesta de origen escita que se conocía con el nombre de *Sacaea*: se elegía un rey de pantomina que, durante dos o tres días podía permitírselo todo, incluido el utilizar a las concubinas reales, pero, al final de la fiesta, era despojado de sus vestiduras reales, azotado y ahorcado.

---

[18] Cf. Hechos de los Apóstoles, 7, 58 y 8-1.

[19] ¡Y más cuando los evangelios canónicos nos precisan que él *quería liberar a Jesús!* (Juan, 19, 12). Por lo tanto, ¿cómo iba Pilato a tolerar semejante acumulación de suplicios en el hombre al que deseaba salvar?

“En algunas legiones romanas, durante la fiesta de las *Saturnales,* se elegía a suertes a un soldado como “rey Saturno”, y, después de innumerables episodios de desenfrenadas bacanales, se le daba muerte”. (Cf. Daniel-Rops, *Jésus en son temps,* X).

Observemos que para el propio Daniel-Rops los elementos de este relato parecen inciertos, emplea el término de *hipótesis*, que puede *defenderse, aunque Pilato no hubiera ordenado ese inesperado suplemento de la flagelación legal.*

En opinión del abad Loisy, que fue profesor de hebreo en el Institut Catholique de París, profesor de Sagradas Escrituras, y luego profesor de historia de las religiones en el Collège de France (1857-1940), todo esto no se tiene en pie:

“¡No hay ni necesidad de señalar que semejante procedimiento se ajustaba muy poco a los hábitos de la justicia romana, al carácter de Pilato y a la verosimilitud del caso! Para el evangelista eso no era sino un medio de alargar el drama y de acentuar el crimen de los judíos”. (Cf. A. Loisy, *Le quatrième évangile, Jean,* XIX, 2-5, comentario).

Y es exacto a más no poder. El *derecho romano,* que subsiste todavía en buen número de nuestros textos legislativos europeos, era absoluto. No había fantasía alguna en la aplicación de las penas, todo estaba previsto, catalogado, considerado. Únicamente, cosa que Daniel-Rops ignora o finge ignorar, es que la costumbre pedía que todo acusado, fuera cual fuese su rango social, en el momento de comparecer ante sus jueces, se despojara de sus vestiduras habituales y se revistiera de otras ignominiosas, proporcionadas por la prisión. Esto se hacía con el fin de incitar a los jueces a la piedad, así como para refrenar la altivez de ciertos detenidos cuyo origen o riqueza podían volver insolentes. Ese fue el caso de Jesús,[20] y se le hizo desvestir, como a todo el mundo.

Porque, al regreso de casa de Herodes Antipas, le visten con las ropas “deslumbrantes” que éste le hizo ponerse, en lugar de sus vestiduras hechas de jirones en el curso del combate de los Olivos.[21] Pues bien, estos ropajes, según los exégetas, consistían en una túnica blanca, idéntica a la que revestían los tribunos de las cohortes antes del combate, o los candidatos que aspiraban en Roma a un elevado cargo público. En función de dicho uso legal, se había despojado a Jesús de sus halagadoras ropas y hacerle vestir ropas infamantes. Cosa que se hizo, *pero mucho antes de la comparecencia ante el procurador, y mucho antes de la flagelación que le siguió.* Y esos ropajes a continuación le fueron restituidos *legalmente,* ya que son estos mismos, tejidos sin costura (Juan, 19, 23), y por lo tanto de máximo lujo, los que los soldados romanos que actuaron de verdugos echaron a suertes cuando tuvo lugar la crucifixión. (*op. cit.*)

Todo esto desmiente el episodio de la exhibición de burla. *No era en absoluto legal,* ya que el derecho romano no dejaba nada a la fantasía de los verdugos.

---

[20] En Roma era habitual que los acusados fueran revestidos de harapos para demostrar así que esperaban obtener la piedad de sus jueces. Esta costumbre fue suprimida por Vitelio, alias Germánico, un mes antes de su acceso al trono imperial, o sea en el año 69 de nuestra era. (Cf. Suetonio, *Vida de los Doce Césares, Vitelio,* VIII).

[21] Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios,* pp. 239-240.

El juez era el único que decidía sobre tal o cual pena, el instante de su aplicación, y el de su suspensión.

Quedas esas aparentes referencias históricas a las que se remite Daniel-Rops para justificar la identificación de Jesús con un "rey de Carnaval".

Es real el hecho de que, entre los escitas, hubiera habido soberanos efímeros sacrificados tal como se ha dicho. Pero Roma no dominaba aquellas regiones, ya que rápidamente hubiera hecho desaparecer semejantes sacrificios humanos, ella que los había extirpado sin piedad en las Galias druídicas, y en todos los lugares donde plantaba las insignias de sus legiones. Recordemos que al padre de Tertuliano, que era centurión legionario, un día se le encargó como *exactor mortis* que hiciera crucificar a todos los sacerdotes de Cartago culpables de haber proseguido clandestinamente con los sacrificios humanos habituales dedicados al dios Moloch.

El hecho de que las legiones romanas designaras, durante la fiesta de las *Saturnales,* un dios efímero para el tiempo que durara la fiesta, no implicaba que sus camaradas tuvieran el derecho de sacrificarlo a continuación. Es preciso no conocer absolutamente nada de la *implacable disciplina* existente en aquellas regiones, para admitir aunque sólo sea un instante la hipótesis de tal crimen ritual, así tolerado por los tribunos de las cohortes y sus centuriones. Durante las *Saturnales,* en Roma (primero durante un día, luego durante tres, más tarde cuatro, luego cinco y por último siete días), quedaba perturbado el ritmo habitual de la sociedad, los esclavos recibían el mismo trato que los amos, y algunos incluso llegaban a abusar de ello, *sin que a continuación se les pudiera castigar.* Por consiguiente, ¿cómo imaginar semejantes asesinatos en el seno de las legiones romanas? Es indudable que en Roma había también un *Saturnalicius princeps,* análogo al "*rey Saturno"* de los soldados, que encabezaba todas esas licenciosidades un poco a la manera del *rey Carnaval* de la ciudad de Niza. Pero ni allí ni en Roma se daba muerte a ser humano alguno. Y es preciso remontarse a las épocas más lejanas para encontrar en los viejos cultos mediterráneos el sacrificio de ese efímero soberano, supuesta encarnación del dios, cuya sangre derramada aseguraría la fertilidad de la Tierra.

Por cierto que Tácito nos cuenta que Nerón, cuando era todavía un adolescente, fue designado por la suerte como *"rey Saturno*" en el curso de esas mismas fiestas *Saturnales*, y es evidente que a nadie se le ocurrió la idea de sacrificarlo. (cf. Tácito, *Annales,* XIII, XV).

Nada de eso existía, pues, en la época de Jesús, y no tenemos ninguna referencia sobre esas misteriosas legiones romanas en las que un soldado se enfrentara con el hecho de tener que ser ejecutado con ocasión de la celebración de las *Saturnales*. Y poseemos la lista completa de dichas unidades, así como sus localizaciones históricas en tal o cual época. ¿Cómo imaginar, entonces, que algunas de ellas hubieran poseído el privilegio de llevar a cabo *asesinatos rituales*, si todos éstos estaban prohibidos en todo el Imperio, bajo pena de muerte? Por último, las *Saturnales* tenían lugar a partir del 17 de diciembre; en la época de Jesús duraban tres días, por lo que habían finalizado en el 19 por la noche. Simbolizaban el retorno al *caos primitivo*, ya que a partir del 20 o del 21 de diciembre, fecha media del solsticio de invierno,

el sol al remontarse sobre la eclíptica anunciaba una nueva era anual. Pero Jesús fue crucificado en el *mes de Nisán*, que cubre la lunación de la Pascua judía, y se sitúa entre el 21 de marzo y el 21 de abril. *Estamos, pues, muy lejos de las Saturnales*. De modo que la hipótesis de Daniel-Rops de que Jesús fue asimilado a un "rey de Carnaval" y sufriera, a dicho título, las vejaciones de los legionarios, carece de fundamento.

Entonces, ¿en qué época se imaginó todo ese sádico montaje teatral? Indudablemente en época bastante tardía, ya que los *Acta Pilati*, célebre apócrifo copto, no lo conocen, pero el *Evangelio de Pedro*, en cambio, nos lo presenta bajo otra forma, fuera del pretorio y fuera de la *Antonia*, y esta vez es la multitud la que somete a Jesús a malos tratos y le impone la corona de espinas. Como se ve, todos esos relatos están lejos de concordar y abundan las contradicciones. Veamos este pasaje:

> "Y él (Pilato) lo entregó al pueblo la víspera de los Asimos, su fiesta. Y éstos, después de haber tomado al Señor, *lo empujaban corriendo,* y decían: 'Arrastramos al hijo de Dios, ya que está en nuestro poder'..." (Cf. *Evangelio de Pedro,* 7*).*

En realidad, probablemente el hecho de haber impuesto a Jesús las *vestiduras infamantes* de comparación ante los jueces, costumbre habitual y legal, y que, por pura casualidad, resultó ser una vieja clámide militar usada, sería lo que desencadenó el proceso de elaboración de la leyenda, y cada cual aportó algo a ella. Por otra parte, en su libro *Théologie du judéo-christianisme,* el cardenal Jean Daniélou nos dice lo siguiente:

> "La *Epístola a Bernabé*[22] contiene una serie de citas que parecen venir de un *midrash* cristiano sobre el *Levítico* y los *Números*. Los ritos judíos están descritos en ellos de forma que pongan en relieve los puntos de contacto con el cristianismo ..." (Cf. Jean Daniélou, *Epístola a Bernabé*, III, *midrash chrétiens,* p. 112).

Los *midrashim (*plural de *midrash)* son paráfrasis de textos del Antiguo Testamento, ligeramente diferentes a estos últimos y redactados por los doctores de la Ley de forma más clara que los textos iniciales, de modo que se pudieran suprimir los inevitables comentarios.

---

[22] Bernabé es uno de los cuatro "Padres apostólicos".

Incluyen buen número de enseñanzas preciosas sobre las tradiciones rituales judaicas, tradiciones que sin ellos nosotros ignoraríamos.

Y el examen de esos *midrashim*, en lo que concierne a todo el ritual de la víctima propiciatoria descrito en el *Levítico* (capítulos 4, 9, 10 y 16), nos demuestra que el episodio de la vieja túnica *escarlata* impuesta a Jesús cuando tuvo que comparecer, y en función del uso legal romano, fue lo que desencadenó el proceso de creación de la leyenda de la pasión. Júzguese:

> "¿Qué dice el Señor en casa del Profeta? Que coman del macho cabrío ofrecido el Día del Ayuno por todos los pecados. Y tened esto en cuenta: que todos los sacerdotes, y sólo ellos, coman las vísceras no lavadas *con vinagre". (Epístola de Bernabé,* VII, 4).

He ahí el origen de la esponja y del vinagre ...

De ahí procede asimismo el tema (ignorado por Jesús) de la ingestión de su propia carne bajo las formas eucarísticas, al ser él la víctima propiciatoria por excelencia, sacrificada por todos los pecados del mundo. Continuemos:

> "Prestad atención a lo que está prescrito: Tomad los machos cabríos, hermosos y semejantes, y ofrecedlos. Que el sacerdote tome uno para el holocausto por los pecados. En cuanto al otro, ¿qué harán de él? El otro, según está escrito, está maldito. Escupid todos sobre él, punzadlo, coronad su cabeza con lana escarlata, y que sea así expulsado al desierto". *(Epístola de Bernabé,* VII, 6-8).

> "Cuando todo eso se haya ejecutado, que quien se lleve al macho cabrío lo conduzca hacia el desierto, le quite la lana, que pondrá sobre una zarza". *(Epístola de Bernabé,* VII, 8).

Es evidente que todo eso sugirió a los escribas cristianos un buen número de *imágenes análogas*. Como Jesús ya estaba prefigurado por el carnero por el que Abraham sustituye a su hijo Isaac cuando el sacrificio de éste, y este carnero tenía los cuernos enganchados en unas zarzas, podía continuarse la composición de esa escena imaginaria que es la Pasión. La clámide escarlata (el *escarlata*, en el simbolismo judaico, era la imagen del pecado) permitió identificar a Jesús con la víctima propiciatoria, a la que se coronaba con una lana escarlata que representaba los pecados del pueblo de Israel. La mata de zarzas sobre la que el encargado enganchaba la citada lana escarlata sugirió la idea de una corona de espinas, a lo que siguió la esponja embebida de vinagre.

Mucho más tarde, Melitón, obispo de Sardes, en Lidia (muerto hacia el año 195), redactaría una *Homilía sobre la Pasión,* en la que declaró audazmente:

"Tú (Dios) has puesto el escarlata sobre su cuerpo, y la espina sobre su cabeza ..." (Cf. Melitón de Sardes, *Homilía sobre la Pasión*, XIII, 3-4).

Tanto más cuanto que en Roma, además de los harapos legales, los detenidos comparecían con la cabeza rodeada por dos cintas, una blanca y la otra escarlata, la primera *(velamenta)* como presunción de inocencia, la segunda *(infulae)* de culpabilidad (cf. Tácito, *Historias,* III, XXXI). Es muy posible que

esta costumbre legal fuera observada durante el proceso de Jesús ante un procurador romano. Y esto no lo ignoraban los escribas anónimos de los siglos IV y V. Y sacaron buen partido de ello.

El psicoanálisis moderno permitirá captar fácilmente el proceso por el que se fue creando la leyenda de la Pasión de Jesús a partir de un hecho trivial, y el humilde legionario que le hizo revestir una vieja túnica reglamentaria en desuso no podía imaginar que iba a asegurar, durante siglos, un inmenso y fructífero comercio, el de las efigies, cuadros, grabados, etc., representando una serie de hechos *totalmente imaginarios.*
Sin duda se nos presentará como objeción las “visiones” de la hermana Anne-Catherine Emmerich. Pero aparte de que viera a Pilato a caballo, en cortejo (¡debió de confundirlo con el *centurión de la semana!)* y que ignora a Simón de Cirene, pues Jesús llevaba él mismo la cruz, también estuvo en la Luna. Mucho antes que los cosmonautas, evidentemente. Y allí encontró a los habitantes de ésta, que son temerosos, tímidos, viven en cavernas y no rinden ningún culto a Dios, lo que a sus ojos no está bien, claro. (cf. *Vie de Catherine Emmerich,* III, 15 a 18). ¡No nos riamos, lector! Cuando los primeros cohetes soviéticos llegaron a nuestro satélite, un docto canónigo, director del *Osservatore Romano* dominical, declaró gravemente en el curso de una conferencia de prensa y a un grupo de periodistas italianos asombrados, que cuando llegáramos a la Luna se plantearía el problema de saber si sus habitantes “habrían conservado la gracia cuando Adán la perdió, o si, por el contrario, la perderían a la vez que él” *(sic).* Semejante candor no precisa de comentarios, evidentemente.

Como es natural, poseemos todas las reliquias de la Pasión, fragmentos de la túnica escarlata, caña, corona de espinas, no faltan más que los escupitajos de la soldadesca. Añadámosle la *Santa Faz,* los clavos, la cruz, la pancarta, la lanza, la esponja, los lienzos, *e* incluso *la escalera del pretorio,* que ahora se halla en San Juan de Letrán. El lector que se interese por el estudio de la ingenuidad humana encontrará todo eso en *Des reliques et cde leur bon usage,* de Patrice Boussel, conservador en la Bibliothèque historique de la Ville de Paris (París, 1971, Balland éd.).[23]

Veamos ahora la verdad, lector, y no se parece en nada a la leyenda.

Y, en primer lugar, ¿qué es esa corona de espinas que le habrían puesto a Jesús los legionarios romanos, añadiéndole así sufrimientos, y en señal de burla frente a sus pretensiones reales?

Al principio hubo a su respecto un silencio de cuatro siglos, nadie hablaba de ella, y los historiadores no encontraron su huella hasta las afirmaciones de san Paulino, obispo de Nole, en Campania, en documentos del siglo V. cien años más tarde, Gregorio de Tours nos afirma que las espinas tienen fama de permanecer siempre verdes, y san Germán, al regreso de una peregrinación a Jerusalén, se dice que recibió del emperador Justiniano una de esas espinas, que él depositó piadosamente en las arcas de la iglesia Saint-Vincent-et-Sainte-Croix, que luego se convertiría en Saint-Germanin-des-Prés.

---

[23] En el año 70 Tito hizo demoler y nivelar Jerusalén por los prisioneros judíos. Flavio Josefo y Plinio aseguran que era imposible imaginar que se hubiera elevado una ciudad en aquel lugar. ¡Y esta escalera fue encontrada y transportada a Roma varios siglos más tarde!

Si se da crédito a la tradición, Carlomagno habría sido recompensado con un cierto número de ellas por la emperatriz Irene, o por el entonces patriarca de Jerusalén. No se han puesto de acuerdo. Donde el problema se convierte en misterio es en 1239, cuando llega la corona a París, casi totalmente intacta. El misterio se acrecentará cuando constatemos que, *en la misma época,* Ruhault de Fleury nos afirma que los habitantes de la ciudad de Pisa, en Italia, hicieron construir la iglesia de Santa-Maria-della-Spina para abrigar en ella dos partes de esa corona.

Porque 1239 es precisamente el año en que Luis IX, alias san Luis, mandará construir la Sainte-Chapelle, para albergar dicho objeto, que unos astutos venecianos le vendieron a buen precio. Ese rey era un ingenuo y un fanático. Fue él quien decidió que a partir de entonces se atravesara la lengua de los blasfemos con un hierro al rojo vivo (incluyendo entre ellos a los herejes y a los judíos, claro está), y que se quemara vivo, con la *Thora* enrollada alrededor del pecho desnudo, a los rabinos que se negaran a admitir la divinidad de Jesús. Luis IX, hijo de una madre particularmente fanática, doña Blanca de Castilla, llevaba en sus venas sangre española, lo que explica muchas cosas.
Es obvio que jamás se han analizado dichas espinas, no se sabe siquiera si estuvieron alguna vez ensangrentadas; jamás se ha buscado con el carbono 14 la época de su aparición en el mundo vegetal. Ese tipo de experimentos casi nunca los autorizan.

Hoy que las espinas están dispuestas prudentemente por toda la Europa cristiana, la reliquia ya no se presenta más que bajo el aspecto de su soporte de círculos de junco, el *Juncus balticus* de los botánicos, trenzados y atados unos a otros por una quincena de ligamentos. Ese soporte habría permitido a los legionarios romanos enrollar en él las ramas espinosas propiamente dichas, hechas con el *Rhamus spina christi* de los arqueólogos cristianos. Esa planta es muy común en Judea.

Daniel-Rops se pregunta si Jesús la llevaba aún en la cruz. Antes de resolver esta cuestión, plantearemos otras, más molestas.

Basta con releer lo que todos los autores antiguos han subrayado en lo referente a la disciplina en el seno de las legiones, la perfecta armonía y la total limpieza de los campamentos, aunque estuvieran montados rápidamente por la noche, después de una etapa fatigosa, para imaginar lo que debía de ser la ciudadela *Antonia*, donde residían seis centurias de veteranos, un tribuno de las cohortes con rango de cónsul y que ejercía las funciones de jefe de armas de Jerusalén, para negarse a admitir que se hubiera tolerado ni por un solo instante la presencia de matorrales espinosos y matas de juncos en el patio de dicha ciudadela. Entonces, ¿dónde se habrían procurado los legionarios dichos juncos y espinos? Los fosos, por prudencia, estaban cuidadosamente desprovistos de toda vegetación que pudiera enmascarar al enemigo, y Herodes el Grande había mandado revestir las murallas exteriores con placas de mármol blanco, con el fin de impedir cualquier escalada, según nos dice Flavio Josefo.

Por otra parte, esos pinchos vegetales tienen unos ocho centímetros de longitud; enrollarlos alrededor de la corona de junco hubiera representado

inevitablemente que el encargado sufriera heridas en las manos, ya que los legionarios romanos no disponían en absoluto de guantes de hierro que les protegieran.

Y, una vez más, ¿por qué prodigio todos esos accesorios de una "pasión" absolutamente ilegal pudieron ser recogidos por los discípulos, todos ellos zelotes, buscados por Roma? Y más cuanto que unas leyes muy severas castigaban, incluso con la pena de muerte, a quienquiera que se procurara elementos materiales que hubieran formado parte de una ejecución capital o una inhumación: sangre del ajusticiado, restos corporales, huesos, clavos de cruz, etc., en vista a posteriores operaciones mágicas.

Pues bien, una vez más, nosotros poseemos milagrosamente todos esos objetos..

En el mundo antiguo era costumbre crucificar o empalar al condenado con la prueba material del delito que se le reprochaba, cuando ello era posible, o con las insignias de su función o de su rango social. Así por ejemplo, cuando Nabucodonosor, rey de Babilonia, saca los ojos a Sedecías, rey de Judea (quien ya tiene la mandíbula perforada con un anillo soldado a una cadena que sostiene Nabucodonosor), con un hierro de venablo al rojo vivo, Sedecías lleva aún la tiara real.

Esta costumbre la conocían los romanos. En el año 69 de nuestra era, la ciudad de Terracina, en Italia, que se había rebelado contra Vitelio César, le fue entregada por un esclavo que pertenecía a un tal Vergilio Capito. Como recompensa, Vitelio le concedió al esclavo el anillo de oro que hacía de él un caballero romano. Cuando este emperador fue derrocado, y luego asesinado por los partidarios de Romaciano, el esclavo que había traicionado a su amo y que había entregado la ciudad de Terracina, fue crucificado, pero llevando en el dedo el anillo de oro de la *orden ecuestre* con el que Vitelio lo había honrado tan escandalosamente (cf. Tácito, *Historias,* III, LXXII y IV, III).

Esta forma legal no tenía por objeto honrar al condenado, sino subrayar la fuerza del poder que le podía dar la muerte, y la importancia de la ceremonia capital.

Ese fue, sin lugar a dudas, el caso de Jesús. Estaba condenado a muerte por Roma por haberse proclamado rey de Israel y haberlo reconocido ante Pilato.[24]

No hay nada de sorprendente, por lo tanto, en el hecho de que Jesús llevara la corona real durante todo el ceremonial de su ejecución.

Pero, se preguntarán, ¿de dónde salía esa corona desconocida? Observaremos que ese símbolo de la realeza antigua no se presentaba bajo el aspecto de las pesadas coronas europeas que conocemos desde la Edad Media. En todo el Oriente Medio se trata, simplemente, de la corona llamada "radiada", compuesta por una estrecha banda que rodeaba la cabeza y de donde brotaban, como rayos (de donde su nombre), unas puntas que se abrían hacia afuera. Se la encuentra en las monedas de Antíoco Epífano, rey de Siria, y

[24] Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios,* pp. 153-161. Sus respuestas son inequívocas.

todavía era utilizada en los primeros siglos de nuestra era por los reyezuelos de esas regiones. Esa fue, como es natural, la corona de los reyes de Judá y de Israel.

El oro de la corona principal, la de las consagraciones y las ceremonias grandiosas, hacía de ella, teniendo en cuenta su densidad, un ornamento muy pesado. Se aligeraba, por lo tanto, la banda de soporte y el número de puntas. Y para las ceremonias cotidianas se utilizaba una corona de cobre, que era una réplica exacta de la corona de oro oficial. Una corona de cobre, de forma un poco diferente, ha sido descubierta en el desierto de Judá, procedente sin duda del tesoro de Engaddi. Ese tipo de corona tenía la ventaja de que era mucho más ligera, ya que como la densidad del cobre es de 8,92, y la del oro de 19, 3, el peso era de menos de la mitad. Además, como ese metal era muy común, apenas se corría el riesgo de tentar a los ladrones, y su color, una vez aleado con el estaño, le daba una apariencia muy cercana al oro, y lo aligeraba un poco más.

¿Poseyó Jesús una corona de ese tipo y de esa naturaleza? Probablemente. Hace alusión a ella en su *Apocalipsis,* que redactó en vida como ya hemos demostrado.[25] Así leemos esto:

"Ví, *en medio del trono* y de los otros seres vivientes, y en medio de los ancianos,[26] un cordero que estaba allí como inmolado. *Tenía siete cuernos y siete ojos ...* (Cf. Apocalipsis, 5, 6).

La versión de Lemaistre de Sacy precisa que el cordero estaba *de pie* y como *degollado*. Y esto es una prueba más de que el Apocalipsis fue redactado en vida de Jesús. Ese texto no incluye ninguna alusión a la crucifixión, la mayor parte de los manuscritos hablan de una degollación, y el cordero está de pie. Ahora bien, Jesús sabía perfectamente que perecería en mano de los romanos. Pero no supuso ni por un instante que sería en la cruz de la infamia, reservada a los criminales comunes y a los esclavos rebeldes. Creía que figuraría en el desfile triunfal de su vencedor en Roma, donde él aparecería coronado, para luego, según la costumbre, ser degollado como sucedió con sus trágicos predecesores. La alusión a los siete cuernos (el cuerno era símbolo de poder) y a los siete ojos era simplemente una alusión a las siete puntas de la corona "radiada" y a las perlas o a las gemas que la terminaban.

El que Jesús poseyera una corona de cobre entre sus efectos personales no es, en sí, nada extraño.
Su abuela Ana, madre de su madre María, poseía su propia diadema real, si damos crédito al *Protoevangelio de Santiago:*

"Ana se lamentaba doblemente, diciendo: 'Lloraré mi viudez y mi esterilidad'. Pero he aquí lo que sucedió el día del Señor; Judith, su sirvienta, le dijo: ¿Hasta cuándo afligirás tu alma? Ha llegado el día del Señor (el *sabbat*), y no te está permitido lamentarte. Vamos, toma esa *diadema* que me ha dado (para tí) el ama de servicio y que no me está permitido a mí ceñir, porque yo soy una

[25] Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios,* pp. 30-36. La prosecución de nuestros estudios en este terreno no nos ha permitido modificar esta conclusión, antes al contrario.
[26] Esos 24 ancianos representan las 24 clases de *cohanim* (sacerdotes) de Israel.

sirvienta, y es una *banda real"* (Abad. E. Amann, *Protoevangelio de Santiago,* II, 2).

Ese traductor observa con toda justicia que el término griego utilizado en el manuscrito es *kephalodesmion,* que designa muy exactamente a la diadema en el sentido etimológico de la palabra, es decir, "la banda más o menos adornada que sirve para sujetar los cabellos y que, fijada en la parte baja de la tiara persa, se convierte en un ornamento real. No sin intención, el autor hace que se proponga este adorno a la mujer de Joaquín. Quiere hacer pensar muy discretamente en la dignidad de Ana; sólo ella puede llevar dicha cinta, pues sólo la hija de los reyes es digna de ella". (*Op. cit., Comentario* del abad E. Amann, traductor del *Protoevangelio*).

Y la corona de cobre de los reyes de Judá podía muy bien encontrarse ya en la *Antonia,* con las vestiduras sagradas, la tiara y la ropa del pontífice de Israel, como nos cuenta Flavio Josefo: *(Antigüedades judaicas,* XX, I, 1 a 6).

Además, los hijos de David reivindicaban también el poder pontificio. En Eusebio de Cesarea leemos lo siguiente:

"También Juan, aquel que reposó sobre el pecho del Señor y que fue sacerdote (en hebreo *cohen)*, y que llevó el *petalon,* que fue didáscalo y mártir ..." (cf. Eusebio de Cesarea, *Historia eclesiástica,* VII, XIX).

El *petalon* era una insignia pontificia, propia del sumo sacerdote de Israel. Está descrito en el Éxodo (28, 36-38) como una lámina de oro que llevaba la inscripción *"Consagrado a Yavé"* y que estaba fijado sobre la tiara del pontífice.

Por otra parte, y siempre en Eusebio, descubrimos un detalle bastante importante:

"También el trono de Santiago, de aquel que fue el primero en recibir del Salvador y de los apóstoles, el episcopado de la Iglesia de Jerusalén, y al que las divinas Escrituras designan por lo general como el hermano de Cristo, se ha conservado hasta la actualidad". (Cf. Eusebio de Cesarea, *Historia eclesiástica,* VII, XIX).

Ahora bien, los tronos episcopales no aparecerán, bajo el aspecto de cátedras de piedra o de mármol, hasta que los cristianos posean basílicas, es decir, en el siglo IV. Ese *trono,* que en opinión de los exégetas y de los arqueólogos debía ser de madera, y casi con toda seguridad de cedro, era un signo de autoridad de Santiago, hermano de Jesús, y esa autoridad era *temporal,* ya que Juan poseía la autoridad *espiritual (*el *petalon)*. Era, por lo tanto, un trono *real*, y no una cátedra episcopal, desconocida en aquella época. Y entonces, ¿por qué los hijos de David no iban a poseer una *corona,* si existía entre ellos un *trono,* y su abuela Ana llevaba a veces, en los días de gran solemnidad, una *diadema real*?

Así pues, es más que probable que Jesús fuera crucificado tocado con esa corona de cobre. La corona de oro hay que excluirla, ya que habría sido confiscada, teniendo en cuenta su valor, y luego enviada a Tiberio, y su peso habría disuadido a los zelotes de conservarla permanentemente en el curso de sus movidas campañas.

Jesús debía de llevarla habitualmente, y este ornamento era el que hacía que las gentes le reconocieran como el “Hijo de David”.

Fue para ocultar este detalle por lo que se imaginó, mucho más tarde, la corona de espinas, cuya morfología se adaptaba perfectamente a la de corona “radiada” y a los siete cuernos del cordero vencedor descrito en el Apocalipsis.

Es conveniente observar, por cierto, que únicamente Mateo (27, 29), Marcos (15, 17), y Juan (19, 2 y 5) conocen el episodio de la corona de espinas, en cambio Lucas lo ignora por completo. Según los tres primeros, se la impusieron a Jesús en el pretorio, en el seno de la ciudadela *Antonia,* mientras que según el *Evangelio de Pedro* (6 y 7), fue la multitud hostil la que le coronó con ella, en el camino hacia el *Gólgota,* fuera de la fortaleza. Por el contrario, en los *Acta Pilati* fue en el instante de la crucifixión cuando Jesús recibió esa dolorosa diadema:

“Tras estas cosas, Jesús salió del pretorio con los dos ladrones. Cuando llegó al lugar designado, se le despojó de sus vestiduras, se le ciñó un *linteum,* y se colocó sobre su cabeza una corona de espinas. De manera similar fueron crucificados los dos ladrones, Dimas a su derecha y Cestas a su izquierda”. (*Op. cit.,* X).

Este viejo apócrifo copto es el que más se aproxima a la verdad histórica; cuando se acababa de clavar el *titulus* que indicaba que se trataba de *“Jesús rey de los judíos”* (cf. Mateo, 27, 37), se le puso al condenado la corona de cobre, de la que probablemente se habían apoderado durante el sitio de los dominios de Ierahmeel, tras el combate de los Olivos.[27]

Dicha costumbre se perpetuó durante mucho tiempo todavía, ya que más de trece siglos más tarde, el 10 de junio de 1358, cuando se hubo vencido la Jacquerie, Carlos el Malo hizo coronar a su jefe, Guillermo Calot, con un trébede de hierro, previamente enrojecido al rojo vivo, antes de hacerlo decapitar. Y es que Guillermo Calot había sido proclamado “rey de los Jacques” al principio de la insurrección.

Esta corona de siete puntas adornadas con gemas es, por otra parte, un símbolo clásico del reino de Dios sobre el universo creado, como subrayan las oraciones judías cotidianas con su permanente alusión a dicha realeza: “Seas alabado, Yavé nuestro Dios, *rey del Universo,* Tú que ... etcétera”. Aparece con frecuencia representada en la ornamentación litúrgica del judaísmo tradicional. Poseemos un pequeño relicario de hierro forjado descubierto por uno de nuestros amigos en Valencia (España), y en él domina la abertura de dos puertecillas que descubren un pergamino en donde está transcrito *ritualmente* el nombre divino *Shadai,* es decir, “Todopoderoso”.

De hecho, las siete puntas o cuerno de la *corona radiada* se refieren esotéricamente a los siete *Sephiroth* inferiores: *Geburah* (el Rigor), *Hoesed* (la Misericordia), *Tipheret* (la Belleza), *Netzah* (la Gloria), *Hod* (la Victoria), *Iesod* (el Fundamento), *Malkuth* (el Reino). Constituyen el Microprosopio o “Pequeño Rostro”, la “Pareja Inferior” de la Cábala judía tradicional.[28]

---

[27] Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios,* pp. 239-240.
[28] Cf. R. AMBELAIN, *La Kabale pratique,* París, 1951, Niclaus édit.

Ese nombre de “corona” es asimismo el de la *Sephirah* suprema, llamada en hebreo *Kether,* o “Umbral de la Eternidad”. Las siete gemas o perlas que coronan las puntas figuran los siete Espíritus ante el Trono (cf. Apocalipsis, 4, 5), y los siete arcángeles clásicos: Miguel (el Sol), Gabriel (la Luna), Anael (Venus), Rafael (Mercurio), Zaquiel (Júpiter), Orifiel (Saturno), Samael (Marte). En el ritmo cuaternario, relativo a los arcángeles de los otros Elementos, están Miguel, Gabriel, Rafael, Uriel.

Al reivindicar esta corona, Jesús pretendía sustituir a Metatron-saar-ha-Panim (el “Príncipe de los Rostros” de Dios), alias Saar-ha-Olam (el “Príncipe del Mundo”), o Saar-ha-Gadol (el “Gran Príncipe”), a quien también se le da el nombre de Miguel (“Semejante a Dios”), citado en la profecía de Daniel:

“En aquellos tiempos se levantará *Miguel*, el *Gran Príncipe,* protector de los hijos de nuestro pueblo ...”. (Cf. Daniel, 12, 1).
En este caso, ¿cómo podía permitirse Jesús, *sin caer en una herejía blasfematoria indiscutible,* rechazar a ese *Gran Príncipe,* protector de Israel según la voluntad divina, y reducirlo al rango de poder demoníaco, en el evangelio de Juan?:

“Ahora el Príncipe de este Mundo será arrojado fuera ...” (Cf. Juan, 12, 31).
“Porque viene el Príncipe del Mundo, que en mí no tiene nada ...” (Cf. Juan, 14, 30).
“El Príncipe de este Mundo ya está juzgado ...” (Cf. Juan, 16, 11).

Después de esto, a la Iglesia todavía se le ocurrirá constituir una *Archicofradía de San Miguel,* cuya sede se halla pecisamente en el famoso monte de dicho nombre (Mont Sant-Michel), la “maravillosa de Occidente”, y difundir un exorcismo especial colocado bajo el patrocinio del arcángel.

NOTAS COMPLEMENTARIAS

Se observará que los términos más frecuentes utilizados en los Evangelios canónicos para designar las espinas de la corona son (en los originales griegos) *akanthon* (Mateo, 27, 29, y Juan, 19, 2) y *akanthinon* (Marcos, 15, 17). Lucas ignora la existencia de la citada corona.

Pues bien, ese término está muy próximo al también griego de *akanthos*, que designa el *acanto ornamental,* y no al temible y doloroso *rhamus spina christi,* de espinas de ocho centímetros de longitud. Porque el acanto posee una especie espinosa y otra no espinosa.

Por otra parte, el griego *akane y akanès* designa una *canasta,* términos ambos que se aproximan a *akanea:* espino (arbolillo). ¿La corona de espinas de la supuesta Pasión sería una trivial e insignificante canasta boca abajo, a la que habrían arrancado el fondo? En este caso, en el lugar de la crucifixión sería donde habría tenido lugar este ilegal ultraje, *más tarde* y por parte de los adversarios judíos de Jesús. Porque una vez el crucificado quedaba abandonado a las rapaces y carroñeros de todas las especies, la ley romana ya no protegía el cadáver ...

El famoso *sudario de Turín* (existen treinta y nueve ejemplares ...) no prueba nada, ya que desde su aparición, en la Edad Media, la Iglesia prohibe que se haga ostentación

de él, y el obispo de Troyes declaró que había recogido la confesión del falsificador que lo realizó.

26

El secreto de Simón de Cirene

> ¡Y luego Dios, a veces, hace un milagro! ¡Pionius adormeció la mano de sus verdugos ... La sangre de Policarpio apagaba las llamas de su hoguera! ...
>
> GUSTAVE FLAUBERT,
> La tentation de Saint Antoine, IV

Cualquiera que haya leído el relato de la Pasión de Jesús sabe que, debilitado por la flagelación previa, no pudo llevar su cruz hasta el lugar de su ejecución,[29] y que los legionarios romanos requirieron para eso los servicios de un tal Simón, originario de la Cirenaica. Tomemos el texto mismo de los evangelios y anotemos cuidadosamente sus más mínimos detalles.

"Después de haberse divertido con él, le quitaron la clámide, le pusieron sus vestidos y le llevaron a crucificar. *Al salir* encontraron a un hombre de Cirene, de nombre Simón, al cual requirieron para que llevase la cruz". (Mateo, 27, 31-32).

"Después de haberse burlado de él, le quitaron *la púrpura* y le vistieron sus propios vestidos. Le sacaron para crucificarle y requirieron a un transeúnte, un cierto Simón de Cirene, *que venía del campo,* el padre de Alejandro y de Rufo,[30] para que tomara la cruz" (Marcos 15, 20-21).

"Cuando le llevaban, echaron mano de un cierto Simón de Cirene, que venía del campo, y le cargaron con la cruz para que la llevase *en pos de Jesús".* (Lucas, 23, 26-27).

Juan, en su evangelio, ignora totalmente la existencia de ese Simón de Cirene, y lo que es más aún, *vio a Jesús llevar él mismo su cruz:*

"Tomaron, pues, a Jesús, *que, llevando su cruz,* salió al sitio llamado Calvario, que en hebreo se dice *gólgota".* (Juan, 19, 16-17).

Así pues, el "apóstol bienamado", el más posible testigo ocular de los hechos, no vio sino a un solo portador de la cruz patibular, y era el propio Jesús. Lo mismo sucede en los Hechos de los Apóstoles y en las Epístolas, tanto en las de Pablo, Simón-Pedro, o Juan como en las de Santiago, todos los cuales ignoran a ese Simón de Cirene. Y mucho más tarde, en el siglo IV, Eusebio de Cesarea, en su *Historia eclesiástica,* no lo menciona tampoco.

---

[29] Sobre la incertitud de ese lugar de ejecución, cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios,* pp. 228-234.

[30] Futuros discípulos de Saulo-Pablo (Romanos, 16, 13; Hechos de los Apóstoles, 19, 33; I Timoteo, 1, 20; II Timoteo, 4, 14).

Lo que explica que el *Grand Dictionnaire de théologie catholique* de Vacant no contenga ninguna rúbrica con dicho nombre, y que el *Dictionnaire de la Bible* de Vigouroux se limite a resumir en unas pocas líneas muy breves lo que dicen Mateo, Marcos y Lucas.

De ese silencio un poco inquietante, y que permitirá soñar al exégeta liberal, habituado a las argucias de los antiguos escribanos, Daniel-Rops se consuela rápidamente declarando: *"Puede admitirse* que el hombre que llevó personalmente la cruz recibió de ella la gracia de su conversión". (Cf. Daniel-Rops, *Jésus en son temps,* XI). Pero si sus hijos Alejandro y Rufo fueron, como se ha visto, ulteriores discípulos de Saulo-Pablo, qe luego se retiraron de entre sus fieles (I Timeteo, 1, 20; II Timoteo, 4, 14), eso significa que el cristianismo de Pablo no correspondía a lo que ellos esperaban de él, lo que nos induce a sacar la conclusión de que *Simón, su padre, era un zelote,* de donde su formación inicial, que los llevó a abandonar la nueva religión conservadora, prorromana, y contraria a la ley de Moisés, del tal Saulo-Pablo.[31]

Y aquí se plantea ya una primera pregunta. Las enseñanzas y los ritos de la Iglesia católica nos hablan de un "Via Crucis" a lo largo del cual Jesús, abrumado por el peso de la cruz, cayó al suelo en el transcurso de las catorce "estaciones" del citado "Camino". Y se recomienda encarecidamente que se haga partícipe de sus beneficios a los niños a muy temprana edad: "Así, también *un bebé de tres o cuatro años de edad puede efectuar, con inteligencia y emoción,* un rápido via crucis" (Cf. *Liturgie,* París, 1947, Bloud & Gay, p. 989). ¡Evidentemente, algo de lo más apropiado para su edad!

En el curso de esta reconstitución de una *vía dolorosa* puramente imaginaria, durante la cual Jesús cayó supuestamente un cierto número de veces, hay incluso una mujer que, al secar el rostro del maestro, se encontró con que éste se había quedado milagrosamente dibujado sobre el lienzo que ella había utilizado. A esa santa mujer se le da el nombre de Verónica, ya que en latín *verax* significa verdadero, y en griego *ikon* quiere decir imagen. Por otra parte, sería a causa de esas repetidas caídas por lo que el centurión *exactor mortis*, a quien correspondía ordenar todo el aparato judicial para la ejecución, pediría a Simón el Cireneo que aliviara de su carga a Jesús, para permitirle así alcanzar aún con vida el lugar de la crucifixión.

En la lectura de los evangelios canónicos y de los versículos que citaremos a continuación, se constatará *que no hay nada de todo eso, y que ningún texto apostólico nos aporta tales detalles.* Los interesados fabricantes de la leyenda cristiana fueron quienes, a lo largo de los siglos, imaginaron semejantes cosas. Y como no dejaron de adjudicar suculentas *indulgencias,* el "Via Crucis" se convirtió en una ceremonia bastante lucrativa, sin omitir el aspecto comercial de sus accesorios materiales.

Porque también los evangelios apócrifos más antiguos ignoran, al igual que sus hermanos los canónicos, esos detalles destinados a sensibilizar a las multitudes creyentes, así como la propia existencia de Simón el Cireneo.

E, inevitablemente, eso incitará al historiador curioso a profundizar en ese extraño enigma.

---

[31] Cf. *El hombre que creó a Jesucristo,* pp. 157-172.

Es evidente que si los legionarios romanos requirieron la ayuda de Simón *a la salida del pretorio* (Mateo, 27, 31), toda la leyenda de la *via dolorosa* se viene abajo, ya que nada en los evangelios evoca la menor caída, ni tan sólo la más mínima dificultad de marcha por parte de Jesús. Y, por lo tanto, todo el ritual del "Via Crucis", su solemne fiesta del primer viernes de marzo, sus reconstituciones en Jerusalén durante la Semana Santa, y en tantas ciudades del mundo, sólo reposan sobre una tradición mendaz y un simple interés comercial y turístico.

Y nuestra primera pregunta será la siguiente: ¿por qué se inventó ese suplemento de sadismo y se añadió a un conjunto ya de por sí bastante cruel?

Todo lo que ahora va a seguir, permitirá darle una respuesta.

Cuando uno relee atentamente, pesando bien todos los términos, ciertos textos cristianos de los primeros siglos, queda sorprendido por una serie de afirmaciones tendentes a consolidar la tradición común, es decir, *que fue Jesús, y en modo alguno ningún otro personaje, quien fue crucificado.*

Cosa que hubiera sido bastante superflua si la tradición clásica no hubiera sido discutida antaño. Pues bien, veamos algunos de esos textos:

"¡Oh insensatos gálatas! ¿Quién os fascinó a vosotros, *ante cuyos ojos fue presentado Jesús como muerto en la cruz? ..."* (Cf. Pablo, Epístola a los Gálatas, 3, 1).

"Fue *realmente* atravesado por clavos, *en su propia carne,* bajo Poncio Pilato y Herodes el Tetrarca ..." (Cf. Ignacio de Antioquía, Epístola a los esmirnos, 1).

"Sabemos que *fue él quien fue crucificado,* en los días de Poncio Pilato y del príncipe Arquelao,[32] y que fue crucificado entre dos ladrones, y que *junto con ellos* fue descendido del árbol de la cruz y fue sepultado en el lugar llamado Qaranjo[33] ..." (Cf. *Le Testament en Galilée,* III, 20; apócrifo etíope, *Imprimatur* en París, 1912).[34]

Es evidente que si la crucifixión *real* de Jesús no hubiera sido puesta jamás en duda, esas perentorias afirmaciones resultarían de lo más superfluas. Por otra parte, la negación del hecho debió de surgir muy pronto, ya que Ignacio de Antioquía, uno de los cuatro "Padres apostólicos",[35] era discípulo directo de Simón-Pedro, y según la tradición eclesiástica debió de vivir de los años 35 a 107 de nuestra era. También aquí nos seguimos encontrando en las fuentes mismas del movimiento.

---

32 *Lapsus calami.* Herodes Arquelao reinó del año –6 al 6 de nuestra era, y Poncio Pilato no fue procurador de Judea hasta el año 25 de ésta.

33 En griego *kranios:* cráneo.

34 Traducción de un texto copto más antiguo, sobre un original griego desaparecido muy tempranamente. Como se ve, este relato se remonta a las fuentes mismas del cristianismo.

35 Padres "apostólicos": que conocieron a uno de los apóstoles. Son cuatro: Ignacio de Antioquía, Policarpo de Esmirna, Hermas de Cubes y Bernabé de Chipre.

Y otro apócrifo célebre abre una primera grieta en la trama de la leyenda clásica. Júzguese, en la lectura de los *Hechos de Juan:*

"*Esa cruz,* pues, reúne en ella todas las cosas con una palabra, ella las separa de las cosas inferiores, y, al ser única, conduce todas las cosas a la Unidad. *¡Pero no es la cruz de madera que verás al irte de aquí! Y quien está sobre la cruz tampoco soy yo,* a quien ahora no ves, y de quien sólo oyes la voz. *Se me ha tenido por quien no soy,* al no ser lo que parecía ser a muchos otros, *ya que me tenían por otra cosa, vil e indigna de mí ..."* (Cf. *Hechos de Juan,* XCIX).

Por consiguiente, en ese extraño texto Jesús revelaría a su bienamado Juan que no fue él quien vio crucificado en la cruz *de madera,* la cruz material, sino otro personaje, vil e indigno de ser siquiera nombrado. Y si el lector duda todavía de nuestra interpretación de este pasaje, veamos lo que sigue, que aporta aún más pruebas:

"Sin embargo, yo no he padecido ninguno de los sufrimientos que me veréis sufrir ... *En una palabra, lo que se dice de mí, no me ha sucedido, y lo que no se dice, en cambio, lo he sufrido ..."* (Cf. *Hechos de Juan,* CI).

Aquí vemos apuntar una interpretación oficial a la que se dejó un tiempo desarrollarse libremente, a fin de sofocar mejor la verdad histórica, muy embarazosa. Se trata de la tradición gnóstica llamada de los *Docetas,* según la cual el cuerpo de Cristo no fue sino una pura apariencia, que lo hizo así insensible al sufrimiento y a la impureza propios de la naturaleza humana. Permanece un eco de ello en el *Corán,* lo que atestigua que Mahoma también consultó abundantemente viejos documentos gnósticos en lo que concierne a su concepción del personaje de Jesús:

"No le dieron muerte, no le crucificaron! Un cuerpo fantástico engañó a su barbarie ... Los que discuten sobre este respecto no tienen más que incertidumbres, y la verdadera ciencia no les alumbra. Lo que ellos siguen es una opinión, *pero no hicieron morir a Jesús ..."* (Cf. *Corán*, IV, 156).

Esta tradición irracional, pero que enfebrecía el entusiasmo de los exaltados de la mística, fue profesada por muy grandes doctores cristianos, gnósticos u ortodoxos, hasta los siglos IV y V.

De un tratado perdido de Hipólito de Roma, reconstruido a partir de los textos del pseudo-Tertuliano (capítulo I), del de Philaster (*Diversarum haereseon liber,* XXXII), y de Epifanio (*Adversus Haereses,* XXIV, 1-4 y *passim),* Eugène de Faye extrae la siguiente conclusión en su libro *Gnostiques et Gnosticisme:*

"Según dice (Hipólito de Roma –*n. del a.-),* Basílides habría profesado un docetismo extremo en materia de cristología. Ese docetismo no tenía en sí nada que pudiera extrañar demasiado a Clemente de Alejandría. ¡No era mucho menos doceta que Basílides! *¿Quién no lo era más o menos en el siglo II)* Pero lo que no hubiera dejado de indignar y de excitar su espíritu crítico habría sido la fábula de la sustitución de Jesucristo por Simón el de Cirene. ¿No es más extraño que no lo mencionara en ninguna parte? Si verdaderamente su autor era el propio Basílides, ¿cómo habría perdido Clemente una ocasión tan buena

de confundirlo? ¿Cómo un Agrippa Castor no habría hecho, por lo que parece, mención alguna? Carguemos esta absurda invención en la cuenta de los adeptos posteriores de la secta, y estaremos probablemente más cerca de la verdad histórica ...” (Cf. Eugène de Faye, *Gnostiques et Gnosticisme*, p. 53).

En esta conclusión del pastor de Faye hay quizás una contradicción. Clemente de Alejandría probablemente habló de ella, lo mismo que Agrippa Castor, pero los monjes copistas los censurarían espontáneamente, mientras que los encargados de copiar a Epifano no lo creyeron útil. Por eso es por lo que podemos encontrar esta extraña tradición en la *Homilía XX* de Epifano y en Teodoredo (*Hoer. fab.,* I), quienes nos resumen la opinión de Basílides:

“Jesús en realidad no se había encarnado, simplemente había adoptado la apariencia de un hombre, y, durante la Pasión, se burlaba de los judíos *y del crucificado,* sin que ellos lo vieran. Luego ascendió de nuevo a los Cielos, sin haber sido conocido ni por los ángeles ni por los hombres ...” (Cf. Epifano, *Homilía,* XXIV).

Lo que demuestra, sin discusión posible, que esta afirmación se había transmitido ya a los medios gnósticos de su época, y que el célebre doctor la utilizaba. Ahora bien, Basílides enseñó en Alejandría hacia los años 120-140 de nuestra era. Así que, también aquí, nos encontramos en las fuentes mismas del cristianismo. Ahora sólo nos queda, pues, examinar de más cerca estas enseñanzas realmente curiosas.

Pero, ante todo, ¿qué hay que creer de todo esto?
Según Basílides, en el momento de la crucifixión en el Gólgota, Jesús “*se burlaba de los judíos y del crucificado, sin que ellos lo vieran”.*

Consultemos ahora a Pablo, en su Epístola a los Colosenses:
“... Canceló el acta escrita contra nosotros con sus prescripciones, que nos era contraria, y la quitó de en medio, *clavándola en la cruz;* y habiendo despojado a los principados y a las potestades, *los exhibió públicamente,* triunfando de ellos por la cruz ...” (Cf. Epístola a los Colosenses, 2, 13).

Como se ve, para Basílides, Jesús se burla del crucificado; y, para Pablo, Jesús hace burla de los *Arkontes,* clavados a la cruz. Hay ahí más que un paralelismo, si uno quiere tomarse la molestia de remitirse a lo que nos dicen los ya citados *Hechos de Juan,* y volverlos a leer atentamente: “/ quien está sobre la cruz tampoco soy yo ... Lo que se dice de mí, no me ha sucedido ... “. Y el que estaba en la cruz era un ser vil, indigno de él ...

Además, quedan todavía las extrañas afirmaciones contrarias (que no se impondrían sin una razón de peso) del *Testament en Galilée* y de la *Epístola a los esmirnos,* que nos aseguran que fue Jesús el crucificado, y que fue realmente su propia *carne* la que sufrió ese suplicio, y *no otra persona.*

Otra tradición, que procede directamente de la gnosis caínica, pretende que fue Judas Iscariote el crucificado en lugar de Jesús, ese Judas *en quien había entrado Satanás* cuando le fue ofrecido el pan mojado de vino.

Y, como nuevo eco de esa enigmática tradición, los maniqueos enseñaban que el *Príncipe de las Tinieblas* había sido crucificado en el lugar del Jesús ...

Citaremos a este respecto la *Epître du Fondement,* de Manès, que nos proporcionan Alejandro de Lycopolis y Evode d'Uzale. Pues bien, nosotros sabemos por fuentes fidedignas que el fundador del maniqueísmo había hecho reunir por sus primeros discípulos textos cristianos extremadamente antiguos, textos que desaparecieron con la destrucción de los suyos. Veamos este pasaje:

"El enemigo esperaba haber crucificado al Salvador, Padre de los Justos. Pero fue él quien se encontró crucificado. En esta circunstancia la realidad fue muy diferente a las apariencias. El Príncipe de las Tinieblas se vio, pues, sujeto a la cruz; llevó con sus compañeros la corona de espinas, y fue revestido con las vestiduras de púrpura. Bebió la hiel y el vinagre que, según algunos, se le dio a beber al Salvador. Todos los sufrimientos que éste pareció padecer, fueron reservados a los tenebrosos Arcontes. Ellos solos fueron atravesados por los clavos y la lanza ..." (Cf. Evode d'Uzale, *Des croyances manichéenes,* 38).

Es posible que los Templarios recogieran en Oriente ecos de esta extraña tradición, lo que habría justificado a sus ojos el escupir sobre el crucifijo. Pero lo que es seguro es que la *cruz ahorquillada,* llamada también "cruz de los locos" o "cruz cornuda", y que, por lo que parece, fue el talismán de Wallenstein, a donde había sido necesariamente llevada como paradigma iniciático por los cátaros, bogomilos y neomaniqueos.

Dicho esto, y teniendo en cuenta que los legionarios romanos con toda seguridad no crucificaron a Lucifer en lugar de a Jesús, y con razón, hay que admitir que fue Simón, llamado de Cirene, quien tomó su lugar en la cruz. ¡Y fue para hacer desaparecer esa realidad histórica, tan poco brillante, por lo que se dio nacimiento a la leyenda del diablo crucificado!

Tanto en un caso como en el otro era, pues, el "vehículo" carnal del demonio el que había sufrido el suplicio de la cruz.

Hay que reconocer que todo eso, una vez apartado el velo de las fantasmagorías, suena bastante raro.

Y a la mente acude una pregunta: ¿Qué hecho, que se nos oculta cuidadosamente, pudo justificar esa enigmática querella entre exégetas, querella de la que se quiere apartar a toda costa al simple creyente, de donde el voluntario aspecto nebuloso de sus afirmaciones recíprocas?

Y una vez más será Celso, en su terrible *Discurso verdadero,* quien nos pondrá sobre la pista. Como amigo de juventud del emperador Juliano,[36] sabía, igual que el emperador, a qué atenerse en lo que este último llamaba con desprecio los "galileos", y sobre los orígenes del cristianismo. Es evidente que, al estar los dos asociados a una reacción filosófico-pagana, los archivos de la cancillería imperial, que normalmente estaban cerrados a las gentes corrientes, a él le

[36] Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios,* pp. 254-255.

estaban totalmente abiertos.[37] Pues bien, ¿qué nos dice él? Esto, que está muy claro:

"Pero ¿cómo recibir como Dios a aquel que, entre otras cosas motivo de queja, no realizó nada de lo que había prometido? ¿A aquel que, convencido, juzgado, y condenado a suplicio, *se escapó vergonzosamente, y fue capturado de nuevo en las condiciones más humillantes, gracias a la traición de aquellos mismos a los que él llamaba sus discípulos? ...* (Cf. Celso, *Discurso verdadero,* II, 16, J.J. Pauvert, édit., París, 1965).

Como se observará, aquí no se trata ya de Judas Iscariote. Aquel no desempeñó ningún papel más, aparte del de la *primera detención de Jesús,*[38] porque en realidad hubo dos, con seis semanas de intervalo, como pronto veremos. En su segunda captura, fueron algunos de sus "discípulos" quienes lo entregaron a los romanos, y también a éstos intentaremos darles un nombre.

Hubo, por lo tanto, dos detenciones de Jesús, separadas por una evasión y una huida, lo que implica dos procesos. Y la brevedad del que narran los evangelios, que es el segundo, brevedad que siempre sorprendió a los historiadores y que hizo correr mucha tinta, se desprende del hecho de que no consistió sino en una simple y rápida identificación, cuyas formalidades legales eran muy sencillas. Pilato hizo presentar a Jesús ante Caifás y los principales sanedritas, que representaban el poder religioso, y saduceo, y luego ante Herodes Antipas, tetrarca *de Galilea,* de quién dependía Jesús por su nacimiento (Lucas, 23, 7), *lo que implica que no había nacido en Belén de Judea, sino en Belén de Galilea,* próxima a Séforis, patria de su madre María. A continuación, cuando todo estuvo en regla, Pilato lo mandó crucificar sin más preámbulos, y esta vez de manera definitiva.

Daniel Massé cuenta que, en ciertas versiones del *Talmud de Babilonia,* leyó que Jesús fue capturado *por primera vez* seis semanas antes de Pascua. Así se explicarían las contradicciones entre los evangelios sinópticos de Mateo, Marcos y Lucas, y el de Juan, ya que *se trataría del relato de dos fases diferentes del final de Jesús.* Eso justificaría el que Juan no hable de Simón de Cirene, lo mismo que los otros evangelios apócrifos, y el hecho de que el *Evangelio de Pedro* y otros apócrifos no citen jamás a Judas Iscariote.
La razón es que los unos y los otros no relatan la misma fracción de las últimas semanas de la vida de Jesús-bar-Juda.

Pero, ¿cuál fue, entonces, en realidad, el papel exacto de Simón el Cireneo?

Observaremos, en primer lugar, que la *idea de la sustitución* se halla ya en germen en nuestros evangelios y en la trama general de todos los relatos paraevangélicos, con esa sustitución de Jesús-bar-Juda y Jesús-Bar-abbas. Porque, ¿cómo admitir que este último, *"culpable de asesinato en el curso de una sedición"* (Marcos, 15, 6-15), en espera de ser ejecutado en la cruz, encarcelado con sus cómplices, pueda ser indultado por el procurador Poncio Pilato, verdadero "gobernador a la rusa", en el sentido que podía darse a ese

---

[37] El papa Gregorio I, llamado Magno (santo), que reinó del año 590 al 604, fue quien mandó quemar los archivos del antiguo imperio romano, sin duda por prudencia, ya que a través de ellos sabríamos mucho más sobre Jesús.
[38] Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios,* pp. 274-288.

término en la época del zarismo? Pilato era un procurador de mano dura, justo pero implacable, que no dependía sino del legado imperial de Siria, y por consiguiente era dueño absoluto de toda la Palestina, dado que, al ser superior jerárquico de los tetrarcas colaboradores de Roma, éstos estaban prácticamente a sus órdenes. ¿Por qué pretender que este hombre sintiera escrúpulos frente a un rebelde, que era además guerrillero con frecuentes tendencias al bandolerismo puro y simple, y que tocaba diferentes medios, entre ellos el de la prostitución?[39] ¿Y cómo podía distinguir y ofrecer, en el lugar de Jesús, a un criminal calificado como de famoso, y que era igual de inexcusable ante las leyes de Roma?

Que el lector se remita al capítulo 23, "Jesús-Barrabás", y que relea todo lo que aportamos sobre la tesis negativa de la existencia concreta de ese tal Barrabás. *Repetimos, Jesús-Barrabás no es otro que Jesús-bar-Juda.* De ahí el hecho de que sea ignorado en tantos textos ulteriores.[40]

Volvamos ahora a Simón el de Cirene, y para eso tomemos el texto griego y sus diversas variantes en los más antiguos manuscritos evangélicos conocidos:

1º. *Cireneo* aparece en ellos como *Kurenaion,* traducido por *Kureneo* en el texto griego de los Hechos de los Apóstoles (2, 10).

2º. Se dice en los evangelios sinópticos que Simón el Cireneo "volvía del campo", pero alguno de sus manuscritos griegos iniciales nos dicen que "*venía a su encuentro*", por ejemplo, el *Codez Bezae,* o *Codez Cantagrigiensis*, que es del siglo V.

Pues bien, en griego *kureo* significa *encontrar*, y ese prefijo figura en los verbos que significan *luchar*:

- *kurebasia*: combate, pendencia, enfrentamiento, duelo, violencias;
- *kurebazo:* pelearse, combatir, luchar, enfrentarse.

¡No busquemos más! Ese término de *kurenaion*, al que se quiere hacer significar *cireneo,* no resulta ser aquí sino una expresión impropia, que designa simplemente el hecho de que Simón no volvía en absoluto de los campos, sino que iba realmente *"al encuentro"* del manípulo legionario que conducía a Jesús al lugar de su ejecución. Y, además, con el sentido habitual de *oposición, combate, violencias,* etc., tal y como lo relata el *Codez Bezae.*

Y ahí fue donde Jesús consiguió huir, en el transcurso de esa nueva revuelta a mano armada, mientras que Simón, jefe del comando zelote liberador, fue capturado por los romanos, *quienes inmediatamente después le crucificaron en lugar de Jesús.*

Esos dos hechos, aparentemente distintos, pero perfectamente relacionado por la lógica más absoluta, están justificados históricamente por:

---

[39] Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios,* pp. 162-183.
[40] *Op. cit.,* al ser Judas de Gamala el padre *carnal* de Jesús, el nombre de circuncisión de este último era necesariamente Jesús-bar-Juda.

- *Celso,* quien en su *Discurso verdadero* nos dice que Jesús consiguió huir, y huir de manera vergonzante, ya que su liberador Simón de Cirene fue crucificado en su lugar, tal como cuentan:

- *Basílides de Alejandría,* en su *Evaggelion,* citado por Hipólito de Roma, san Epifano y Teodoredo, y que así, según el

- a *Flavio Josefo,* en sus *Antigüedades judaicas* y su *Guerra de los Judíos,* con el combate del monte Garitzim, en Samaria.

Pero observemos ya el hecho de que no deja de ser de lo más sorprendente que el "Hijo de Dios", *venido libremente* aquí abajo para *ofrecerse en sacrificio y aplacar la cólera de su Padre,* aprovechara la primera ocasión para huir, y permitir que crucificaran en su lugar a su humilde liberador.

Sobre el período de la vida de Jesús que se extiende desde esa evasión hasta su captura definitiva, obtenemos lo siguiente de Flavio Josefo; pero, en primer lugar, precisemos la fecha exacta.

En *Jesús o el secreto mortal de los templarios,* nosotros nos adherimos a la tesis del año 35 de nuestra era (789 de Roma, según Varron) para la muerte de Jesús. Veamos, pues, lo que dice Flavio Josefo:

"Los samaritanos no carecieron tampoco de disturbios, pues estaban incitados por un hombre que no consideraba grave el mentir, y que lo combinaba todo con tal de agradar al pueblo. Les ordenó que ascendieran con él al monte Garitzim,[41] al que tienen como la más santa de las montañas, asegurándoles con vehemencia que, una vez llegaran allí, les mostraría unos vasos sagrados enterrados por Moisés, quien los había colocado allí en depósito. Ellos, creyendo que sus palabras eran verídicas, *tomaron las armas, y, tras instalarse en un pueblo llamado Tirathana, adhirieron a cuantas gentes pudieron recoger,* de forma que iniciaron la ascensión de la montaña en masa. Pero Pilato se apresuró a ocupar con antelación el camino por el que debían efectuar la ascensión, y envió allí a caballeros y a soldados de a pie, y éstos, cargando contra las gentes que se habían reunido en el pueblo, mataron a unos en la refriega, pusieron a otros en fuga, y a muchos se los llevaron prisioneros, *los principales* de los cuales fueron ejecutados por orden de Pilato, *así como los más influyentes de entre los fugitivos".* (Cf. Flavio Josefo, *Antigüedades judaicas,* XVIII, IV, 1, manuscrito griego).

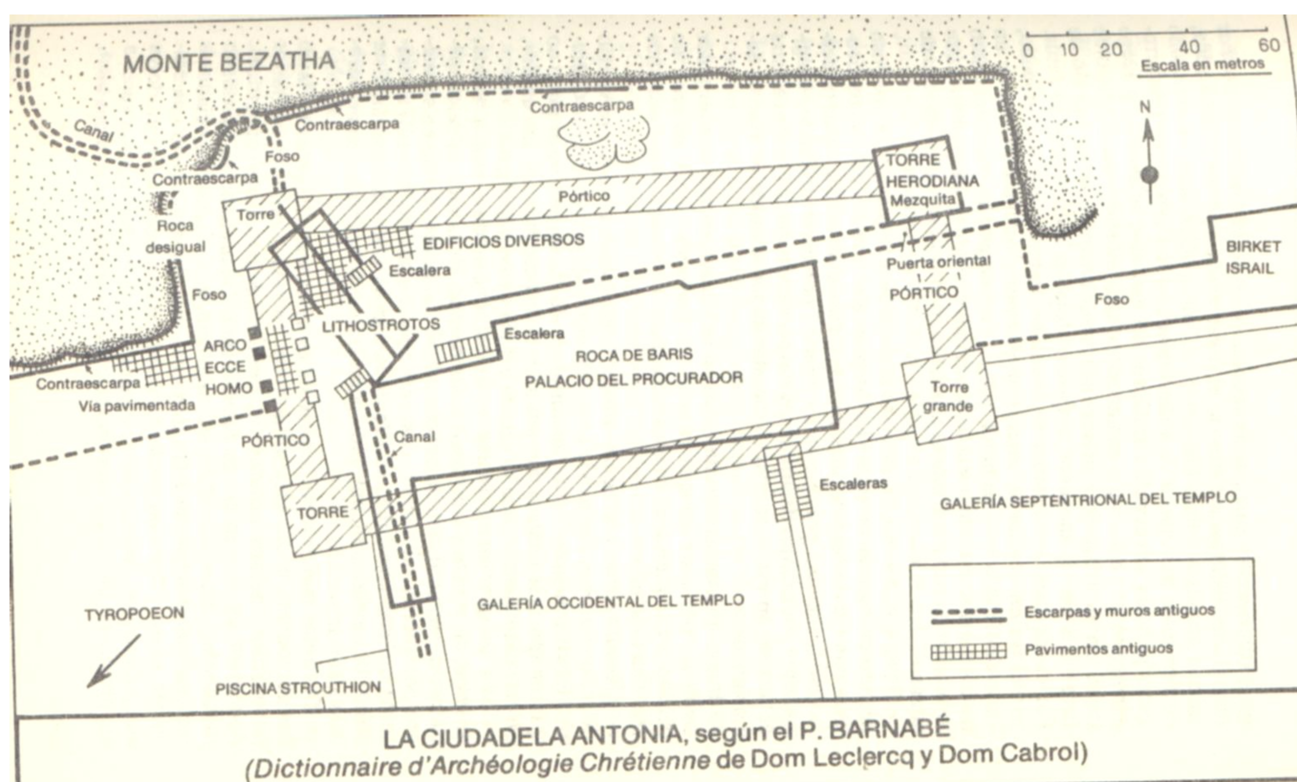
Sobre el lugar de la detención de Jesús después de esta aventura del monte Garitzim, sobre las propias condiciones en las que fue capturado, encontramos lo siguiente en el *Talmud* de Jerusalén:
"Para mejor espiar al seductor (de las multitudes), se ocultó a dos testigos en la cámara del fondo, y se colocó al acusado en la cámara exterior, dejando arder una luz a su lado, a fin de poder verlo mientras se escuchaba su voz ... ¡Así se hizo con Ben Sotada en Lydda! Se ocultó, para espiarlo, a dos sabios doctores, luego se le condujo (en seguida) ante el tribunal, y fue lapidado" (Cf. *Talmud de Jerusalén, Sanedrín,* 25, cf. *Yebamoth* 15 d.).

---

[41] Hoy llamado *Djebel-el-Tar,* y situado al sur de la antigua ciudad de Siquem.

Sabemos que el sobrenombre de Ben Sotada, en hebreo “hijo de la desviación”, es un epíteto injurioso que los talmudistas aplicaron a Jesús en adelante, durante sus polémicas con los cristianos que formaban los discípulos de Saulo-Pablo.

El motivo era que Jesús descendía, a través de Salomón, de David, y de Betsabé, es decir, de una pareja adúltera y asesina, el primero por haber mandado matar a Urías, esposo de la segunda, que consintió en ello. Por lo tanto, se trata efectivamente de nuestro personaje, y no de un homónimo. Por otra parte, este pasaje nos da el lugar de su captura final: Lydda, ciudad situada a treinta kilómetros del monte Garitzim, en el camino de Jerusalén a Joppe. Por último, primero fue capturado e interrogado por sus adversarios saduceos en esa misma ciudad, y luego entregado por ellos a los romanos. Lo que coincide con el relato de Celso en su *Discurso verdadero,* sólo que confunde la traición de Judas y la de los saduceos, a quienes toma por discípulos de Jesús. Por el contrario, el *Talmud de Jerusalén* pretende que fue lapidado, con el fin de ocultar la crucifixión por parte de los romanos de un “hijo de David” que les había sido entregado por los saduceos. Esto no les parecía muy honorable, y además era ilegal. Es probable que los saduceos cedieran ante el miedo a represalias romanas en caso de negarse.



LA CIUDADELA ANTONIA, según el P. BARNABÉ
(Dictionnaire d'Archéologie Chrétienne de Dom Leclercq y Dom Cabrol)

Pero, como se ve, las diversas migajas de información que nos han llegado de fuentes diversas: judías generales con el *Talmud,* particulares con Flavio Josefo, romanas con Celso, concuerdan todas perfectamente, incluida esa puesta en libertad por parte de Pilato, imaginada por los monjes bizantinos, y después continuada por los copistas de la versión eslavona, para disimular mejor la huida de Jesús a Samaria.

Luego Pilato cayó en desgracia ante Vitelio, cónsul y gobernador de Siria, por motivos que pronto analizaremos: *según parece,* fue debido a las quejas de esos samaritanos. Ya veremos qué debemos creer de todo ello.

¿Recurrió Pilato al *cesare apello,* la apelación al César, privilegio de todo ciudadano romano, y suyo en especial, por ser *amicus Caesaris?* Es muy posible. Pero, del mismo modo, también Vitelio pudo no querer aplicarle una sanción por sí mismo, y remitirse al emperador, en este caso Tiberio, que ya estaría debidamente informado.

Sea lo que fuere, Pilato se embarcó con dirección a Roma, adonde, sin embargo, no llegó hasta después de la muerte del emperador, quien no debemos olvidar que se había convertido en su suegro por alianza, al haberse casado (según ciertas tradiciones) en terceras nupcias con Julia, *abuela de su esposa Claudia Procula.* Este óbito fue, evidentemente, muy contrariante para Pilato, como veremos a continuación.

De todos modos, aquí abriremos un paréntesis. Aparte de Flavio Josefo, de Filón de Alejandría y de los textos neotestamentarios (evangelios, hechos apostólicos, tanto canónicos como apócrifos), Poncio Pilato, procurador de Judea, sólo aparece citado en Tácito, en sus *Anales*, libro XV, XLIV. Lo que induce a ciertos historiadores racionalistas a negar su existencia real. Es muy fácil darle una respuesta a esto: Tácito no nos da los nombres de todos los procuradores que gobernaron Judea, y ello no significa que Roma dejara a veces a esa provincia, tan difícil de gobernar, sin su representante. Pues bien, *nosotros conocemos los nombres de todos los procuradores,* pero sólo a través de Flavio Josefo, y Pilato figura efectivamente entre ellos, en varias fases de dichos relatos.

Además, se posee la placa dedicatoria de un edificio construido en Cesarea Marítima en honor del emperador Tiberio. En dicha inscripción permanecen aún legibles los nombres de Tiberio y de Poncio Pilato. Esa placa se conserva en la actualidad en el Museo de Israel, en Jerusalén, y contesta a las dudas sobre la existencia del procurador.

Pues bien, como hemos dicho antes, Tiberio falleció el 16 de marzo del año 37 de nuestra era, en Misena. Si los hechos de Samaria relatados antes por Flavio Josefo se desarrollaron en los primeros meses del año 35, puede admitirse que la queja de los samaritanos (*si fue ése el verdadero motivo* de la caída en desgracia de Pilato, lo que es muy dudoso, como pronto veremos) no fue llevada al gobernador de Siria ni admitida hasta varios meses después de dichos sucesos. Porque Vitelio jamás habría admitido que se exigiera de él una respuesta inmediata.

Entonces se ordenó una investigación sobre los hechos alegados. La prudencia romana no podía dejar descuidada a la Samaria, provincia por lo general pacífica. ¿Cuánto tiempo se tardó, después de la admisión de esa queja, en decidir dicha investigación? ¿Cuánto tiempo duró? ¿Cuánto tiempo transcurrió entre sus inicios y la decisión del gobernador Vitelio de enviar a Pilato ante Tiberio César?[42] ¿Cuántas semanas, o incluso meses, pasaron desde que se

[42] Pilato era el nieto por alianza de Tiberio, y Tácito nos describe a Vitelio como un cortesano de una total simpleza. Debió de reflexionar ...

decidió enviarlo a Roma, hasta que se embarcó? ¿Y cuántas semanas en el mar, desde su partida hasta la muerte de Tiberio?

Entre el final de Jesús, en abril del año 35, y el de Tiberio, en marzo del 37, transcurrieron dos años. Si recordamos que entre la apelación a César formulada por Saulo-Pablo en Cesarea Marítima y la sentencia final en Roma pasaron como mínimo treinta y dos meses, en opinión de los exégetas católicos más calificados, el lapso de tiempo implicado por los hechos antes citados no puede ser más plausible, e incluso resulta muy breve.

Y ahora volvemos al episodio narrado por Flavio Josefo. ¿Quién era ese *impostor* (término usado por Arnauld d'Andilly en su traducción del griego) que amotinó a los samaritanos? ¿Por qué, si de lo que se trataba era simplemente de encontrar unos vasos sagrados ocultados antaño por Moisés, les mandó *tomar las armas?* Y ese *impostor,* ¿de dónde venía? La respuesta es fácil. *Se llamaba Jesús ...* Y venía, naturalmente, de Judea, más exactamente de Jerusalén, de donde había huido después de su liberación por los zelotes, dejando que crucificaran en su lugar a su jefe, Simón, más tarde llamado "de Cirene".

La traducción de Arnauld d'Andilly nos dice que Pilato "capturó a algunos, y mandó *cortar la cabeza a los principales ...".*

Ese tipo de ejecución se reservaba generalmente a los prisioneros ejecutados en el propio campo de batalla, ya que sus cabezas se llevaban a la autoridad interesada, como prueba. No fue eso, evidentemente, lo que se aplicó a Jesús, ya que según se nos dice fue "entregado por los suyos" (Cf. Celso, *op. cit.).* A fin de mostrar al pueblo judío que Roma tenía siempre la última palabra, lo llevaron encadenado a Jerusalén, y después de haberlo presentado rápidamente a las tres autoridades legales para su identificación, lo crucificaron, esta vez definitivamente, tal como lo describimos ya en una de nuestras obras precedentes.[43] Y eso justifica, además, el que se citen *dos lugares* como emplazamiento de su crucifixión. En los evangelios canónicos se trata del *Gólgota*, al noroeste de la ciudad, inmediatamente después de la guerra de Efraím. En los *Acta Pilati* se trata del Monte de los Olivos, al este de Jerusalén, después de haber franqueado la Puerta Dorada. La evasión hubo de tener lugar, forzosamente, mientras conducían a Jesús hacia el *Gólgota,* y la verdadera crucifixión tuvo lugar, por lo tanto, en los Olivos. Ahora veremos por qué:

Daniel-Rops, en *Jésus en son temps,* capítulo X, nos describe el lugar donde se desarrolló el pseudo-episodio de la mofa, en el curso del cual los veteranos de la cohorte se burlaron de Jesús, "rey de los judíos". En ese lugar hay una especie de mosaico llamado *lithostrotos.* Pues bien, éste se encuentra situado "en un ángulo del patio de la *Antonia,* cerca de una escalera que conducía al cuerpo de guardia", según sigue precisándonos Daniel-Rops.

Así pues, para ir al *Gólgota,* Jesús pasó con su escolta legionaria por delante de la Puerta del Norte, *de donde salía precisamente el camino que conducía a Samaria.*[44]

---

[43] Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios,* pp. 222-240.
[44] Véase el plano de Jerusalén, en la **pág. ...** de la presente obra.

Y salió de la ciudadela *Antonia,* y no del palacio de Herodes, que se había convertido en la residencia del procurador. Por el contrario, en la segunda y definitiva salida hacia su destino, fue de este último emplazamiento de donde se encaminó hacia el monte de los Olivos, o, más probablemente aún, hacia el cementerio ritual de dicho nombre.[45]

De esas dos fases distintas de las últimas semanas de Jesús, de esos dos procesos, se intentó realzar un solo relato, con el fin de escamotear dicha evasión, bastante enojosa en un “hijo de Dios”. Y eso explica las incoherencias, las contradicciones y las divergencias existentes entre los textos neotestamentarios.

Además, en lo smedios gnósticos, que luego escaparían a la disciplina escrituraria de la gran Iglesia, nacería de esas mismas mezclas tan torpes una tradición bastarda que, al perpetuarse, contaría que Jesús no fue clavado en la cruz, sino un tal Simón, llamado “de Cirene”, quien también habría llevado “la cruz de Jesús”. La llevó, eso es cierto, pero no en el sentido que se daría a esta expresión en los futuros arreglos de los evangelios.

Porque cuando Basílides de Alejandría, que era discípulo de Glaucia, quien a su vez era discípulo de Simón-Pedro, nos afirma que “todo sucedió como dicen los evangelios”, si tenemos en cuenta que para él no fue Jesús el crucificado, sino Simón “de Cirene”, este hecho nos demuestra *ipso facto* que dichos evangelios no son los que han llegado hasta nosotros, y que estos últimos no son otra cosa que textos manipulados, elaborados en el siglo IV bajo la vigilancia de Eusebio de Cesarea. En su época, hacia los años 120-140 de nuestra era, había *otros evangelios,* que desaparecieron en el siglo IV, y es a ellos a los que hace alusión Basílides.

Ahora nos queda por estudiar las condiciones de aquella liberación momentánea de Jesús, liberación que es obvio que sólo pudo producirse con la ayuda de numerosas complicidades, y, *sobre todo, con el acuerdo tácito de autoridades romanas, acuerdo secreto sin el cual la evasión no podía salir bien.*

Y también aquí, como decía Byron, la verdad es siempre extraña, más extraña que la ficción ...

---

[45] Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios,* pp 229-234.

27

La evasión de Jesús

Con una mentira como cebo, se pesca una carpa de verdad ...

SHAKESPEARE, *Hamlet*

Si uno consulta numerosos *Indices* bíblicos, constatará que uno de los versículos más asombrosos del *Nuevo Testamento* no aparece mencionado en ellos. En efecto, si uno busca la palabra “liberar”, la palabra “Pilato”, o el término “librar”, se ve forzado a constatar que el versículo 12 del capítulo 19 del Evangelio de Juan no tienen ninguna referencia. Y eso conduce al historiador, curioso por naturaleza, y más aún si es imparcial, a buscar el porqué de esa extraña omisión. Veamos, pues, ese pasaje:

“Desde entonces, Pilato buscará librar a Jesús ...” (Cf. Juan, 19, 12).

Mateo (27, 11-31), y Marcos (15, 1-20) dan a entender la misma intención de parte del procurador. Pero en cambio Lucas es igual de categórico que Juan:

“De nuevo Pilato se dirigió a ellos, queriendo librar a Jesús ...” (Cf. Lucas, 23, 20).

Tomemos ahora el manuscrito eslavo de la *Guerra de los judíos* de Flavio Josefo, que en esta versión se titula *La toma de Jerusalén.* Se trata de una transcripción efectuada por los monjes ortodoxos en la Edad Media; los manuscritos datan de los siglos XV y XVI, sobre copias perdidas de los siglos XI-XII. La célebre interpolación relativa a Jesús, que figuraba habitualmente en las versiones griegas y árabes de las *Antigüedades judaicas,* fue transferida aquí por los escribas bizantinos en los siglos IV y V, lo que constituye con toda seguridad la mejor prueba de esa manipulación intencional. Pues bien, en el pasaje que trata de la insurrección samaritana del monte Garitzim, ya relatada, leemos lo que sigue, y son los monjes copistas ortodoxos los responsables:

“Éste (Pilato) envió hombres, mató a muchos entre el pueblo, y se apoderó de aquel hacedor de milagros. Investigó sobre él y supo que hacía el bien y no el mal, que no era ni *rebelde ni ávido del poder real,*[46] *y le soltó,* porque había curado a su mujer, que se moría. Y cuando hubo regresado al lugar acostumbrado, siguió haciendo allí las obras acostumbradas. Y de nuevo, como gran número de gentes se reunían en torno a él, fue renombrado por sus obras por encima de todos”. (Cf. Flavio Josefo, *Guerra de los judíos,* manuscrito eslavo, II, 4).

---

[46] Esos detalles confirman, de hecho, lo que ya precisamos en *Jesús o el secreto mortal de los templarios,* en el capítulo 15, es decir, que Jesús, durante una época, pretendió hacerse con la corona de Israel.

Este pasaje es una interpretación libre de Mateo, 27, 19.[47]

¿Teníamos o no teníamos razón, lector, al afirmar que el hombre que sublevó a los samaritanos les hizo tomar las armas bajo un falaz pretexto, se atrincheró en Tirathana y fue finalmente capturado, no era otro que Jesús? Y se nos dice que Pilato lo soltó.

Cometeríamos una gran equivocación si supusiéramos que lo que acabamos de revelar aquí al público en general lo ignoraban los exégetas católicos y protestantes. El hecho de no mencionar en los *Indices* bíblicos esa intención de Pilato de liberar a Jesús constituye la prueba de ello. Y más cuando Daniel-Rops, historiador oficial de la Iglesia católica, nos confiesa en *Jésus en son temps:* "Él (Pilato) no deseaba otra cosa que la liberación de Jesús ...", y "Más que nunca hubiera querido soltar a aquel profeta que invocaba el poder divino ..." *(op. cit., Le procès de Jésus X, Ecce Homo).* ¿Hubiera querido? ¡Pero si ya lo había hecho una vez!

Por otra parte, Epifano, en su *De Fide,* aludiendo al culto que se celebra (en su época) "en ciertos lugares" durante la semana de la Pasión, el jueves santo, a la hora nona, sabe de una tradición transmitida por algunos que afirman que "ese jueves, hacia la hora nona, los apóstoles pudieron reunirse con Jesús en secreto, y éste efectuó con ellos en su prisión la fracción del pan". (Cf. Epifano, *De Fide,* fragmentos publicados por Holl, p. 206, 17-20), y citados por Annie Jaubert, en *La Date de la Cène,* p. 88).

Este sorprendente episodio nos lo confirma Victoris, obispo de Poetovio, en Pannonia, fallecido en el año 304, en su tratado *De fabrica mundi.*

Es perfectamente evidente que para penetrar, y además varias personas, en el calabozo de un prisionero del Estado, hay que gozar de poderosas protecciones, o de complicidades tácitas. Pues bien, además de la benevolencia secreta del procurador, Jesús tenía poderosos protectores en el partido fariseo, valga con citar a Nicodemo, "uno de los principales entre los judíos" (cf. Juan, 3, 1), lo que da a entender que era miembro del Sanedrín, o a esos fariseos anónimos que acuden a advertir a Jesús de que Antipas tiene la intención de hacerlo asesinar (cf. Lucas, 13, 31). De hecho, no tenía otros adversarios que los saduceos, secta que agrupaba a la clase materialista, rica, colaboradora de Roma y enemiga de los zelotes.

Si a esos partidarios se les añade las influencias femeninas, nada despreciables, por citar sólo a Salomé II, princesa herodiana, viuda de Herodes Filipo, hijastra y a la vez sobrina de Herodes Antipas, y a Iochanah (Juana), mujer de Chuza, intendente del mismo tetrarca, y a Claudia Procula, esposa de Pilato, se constatará que no está abandonado en el mundo de las esferas oficiales influyentes (cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios,* págs. 289 a 303; *El hombre que creó a Jesucristo,* págs. 183 a 202). Es más, entre Salomé II y Jesús habían existido unas relaciones muy estrechas; están atestiguadas por un evangelio muy antiguo, que se creía que había desaparecido para siempre, y que providencialmente fue encontrado de nuevo en el Alto Egipto, en Nag-Hamadi, en el año 1947. El manuscrito es del siglo IV, está redactado

[47] De hecho, fue en la primera detención cuando Pilato toleró la evasión de Jesús. Después de lo de Garitzim lo mandó crucificar.

en copto, sobre un texto inicial de principios del siglo III. Y en él leemos este anonadante versículo:

“Jesús dijo: ‘Dos reposarán allá, sobre un lecho ... ¡El uno morirá, el otro vivirá!. Y Salomé dijo: ‘¿Y tú quién eres, hombre? ¿De quién has salido *para haberte metido en mi cama y haber comido en mi mesa? ...’.” (*Cf. *Evangelio de Tomás,* folio 43, versículo 65).

Esto nos parece muy claro. Porque la hipótesis de un *lecho para comer,* de los utilizados en los banquetes antiguos, no es rentable. Las mujeres estaban sentadas, los hombres acostados, ellas no tenían lecho propio, y si se recostaban después del festín, era por invitación del hombre (cf. Petronio, *El Satiricón,* 67).

Por otra parte, puede admitirse que en el *Talmud,* y para evitar ser condenados a la hoguera por crimen de lesa majestad divina, los talmudistas dispersaran todo cuanto concernía a Jesús y situaran todos los pasajes que se refieren a él en épocas diferentes. Así podían argüir que el Jesús que ellos vilipendiaban no era el mismo al que los cristianos habían deificado.

Una sencilla consigna oral, integrada en la tradición secreta rabínica, permitía entonces a los iniciados establecer la verdad histórica. Y ante los jueces reales o ante la Inquisición, siempre podían jugar con las palabras y salir bien librados del atolladero. En el *Talmud de Jerusalén,* por ejemplo, leemos lo siguiente:

"Rabbi Abun dijo: 'En presencia de un prosélito y de un renegado que desee volver a ser judío, este último tendrá la prioridad, a causa del hecho sobrevenido'."[48] (Cf. *Talmud de Jerusalén,* volumen 6, tratado *Horaioth,* III).

Es indudable que el Jesús evocado aquí es el mismo del Nuevo Testamento, aunque el hecho de asociarlo a Josué-ben-Parabia tienda a disociarlo de él. En efecto, Josué-ben-Parabia vivió en el año 60 antes de nuestra era. Pero, admitiendo que otro Jesús hubiera sido hereje en aquella época, no se ve bien cómo, en el siglo IV, el hecho de haber sido rechazado en su petición de reintegración al judaísmo pudo ser *"grave por sus consecuencias"* para los judíos de entonces. El único que corresponde a esa definición es el nuestro. Fue de su historia de donde salieron todas las persecuciones y las matanzas que Israel tuvo que sufrir durante siglos.

Además, todos los Jesús citados como herejes en el *Talmud* fueron *ejecutados una víspera de Pascua.* Y esa es la clave que permite a los rabinos talmudistas orientarse en ese esoterismo histórico. Basta con saberlo, porque sólo los romanos se permitían violar así la santidad de la semana pascual. Ahora bien, en el año 60 la Judea no era todavía provincia romana, y no lo sería hasta el año 69, con la entrada de Pompeyo en Jerusalén.

Volvamos a la liberación de Jesús, afirmada por los monjes copistas ortodoxos.

Imaginar que este hombre, cuya captura en los Olivos exigió la movilización de una cohorte de veteranos, es decir, de seiscientos soldados de élite, acompañados de un importante destacamento de milicianos del Templo, y dirigidos por un tribuno militar, magistrado con rango de cónsul,[49] repito, imaginar que este hombre pudo haber sido puesto en libertad por el procurador de Roma a la vista y en presencia de toda la ciudad de Jerusalén, guarnición incluida, es un perfecto disparate. Lo único que pudo hacer Pilato es facilitar una evasión, adoptando todas las medidas oportunas para que ésta fuera un éxito: endeblez numérica de la escolta de ejecución, elección de un lugar y un itinerario especialmente propicios para una huida, acuerdo secreto con los partidarios, y acuerdo también con el interesado en lo que respecta a su desaparición y a su neutralidad tras esa discreta "liberación". Y eso es lo que sucedió en parte.[50]

---

[48] "Según el comentario *Pne-Mosche,* éste es el hecho acaecido del que se trata aquí. Ante el Rabbi Josué-be-Parabia, Jesús se habría ofrecido a retractarse de sus doctrinas heréticas si este rabino no lo hubiera rechazado. Este rechazo, grave por sus consecuencias, luego fue lamentado" *(Op. cit.)*

[49] Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios,* pp. 239-240 y 274-278. Véase asimismo Juan (18, 3 y 13, y Evangelio de los Doce Apóstoles, 15º frag.

[50] Además de las importantes intervenciones ya evocadas en favor de Jesús, pudo haber también un considerable rescate pagado a Pilato, a quien Flavio Josefo nos describe como avaricioso, y que sería extraído de los tesoros zelotes entonces existentes, según nos revelan los rollos de cobre descubiertos cerca del Mar Muerto.

Los archivos del Imperio romano comprendían diversos tipos de documentos. Estaban las *Actas del Senado,* el *Diario de Roma*, y los *Archivos imperiales.* Estos últimos estaban compuestos por notas redactadas por el emperador o por sus secretarios, y los informes confidenciales enviados a Roma por los legados imperiales, gobernadores de provincias, etc. El propio Tácito, a pesar del favor de que gozaba por parte de los emperadores Nerva y luego Trajano, jamás pudo enterarse del contenido de dichos *Archivos imperiales (comentarios principales),* (cf. H. Goelzer, *Tacite, Annales, Introduction,* XII-XIII), y fue el papa Gregorio I quien los mandó destruir, como hemos dicho antes.
Ahora bien, hubo un hombre que, indudablemente, fue autorizado a informarse en esos documentos confidenciales, y fue *Celsus,* alias Celso, el "tercer Celso", generalmente ignorado por los historiadores oficiales, y con razón.[51]

Celso, amigo del emperador Juliano, su compañero de estudios en las escuelas de Atenas, alumno, amigo y compañero de Libanio, y a quien Julio César hizo gobernador de las provincias de Capadocia y Cilicia, pretor de Bitinia, colaboró con el emperador en la reacción pagana que se desarrolló del año 361 a 363. Aparece citado por Amiano Marcelino y por Libanio, contemporáneos suyos, así como por Paul Allard, historiador católico, en su libro *Julien.* Mientras el joven emperador (a quienes los cristianos denominarían *el Apóstata* después de hacerlo asesinar)[52] redactaba su libro *Contra los Galileos,* Celso componía su famoso discurso titulado *Aletès logos* o *Discurso verdadero,* luego más conocido con el nombre de *Contra los cristianos;*[53] y puede admitirse perfectamente que su poderoso amigo Juliano, para esta colaboración, le abriría los *Archivos imperiales* sin ninguna dificultad, al menos en lo que atañía al período sobre el que versaba el trabajo que preparaba Celso, es decir, los once años del procurado de Poncio Pilato.

Y en el *Discurso de verdad* o *Discurso verdadero* hemos descubierto este sorprendente pasaje ya citado:

"Pero ¿cómo recibir como Dios a aquel que, entre otras cosas motivo de queja, no realizó nada de lo que había prometido? A aquel que, convencido, juzgado y condenado al suplicio, *se escapó vergonzosamente,* y fue capturado de nuevo en las condiciones más humillantes, gracias a la traición de aquellos mismos a los que él llamaba sus discípulos ..." (Cf. Celso, *Discurso verdadero,* II, 16).

Que se tranquilice el lector, pronto conoceremos el nombre del segundo traidor que entregó a Jesús.

Esta evasión se consiguió gracias a la complicidad tácita de Poncio Pilato, y probablemente también de Herodes Antipas, tetrarca bonachón, indeciso y astuto, que quizá cedió a instancias de su sobrina e hijastra Salomé II, así como de Pilato y de Claudia Procula.

Sobre la complicidad de Pilato existe todavía un documento, un viejo apócrifo del siglo VI, basado en un texto inicial mucho más antiguo, y que recibe el

---

Nerón tampoco actuaría de otro modo con Eleazar-Andrés.

[51] Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios,* pp. 246-248, y 254-255.

[52] Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios,* pp. 246-247.

[53] Cf. CELSO, *Discours de vérité,* Pauvert édit.

nombre de *pseudo-Marcellus. Imprimatur* del 8-9-1921, París, Letouzey & Ané édit., París, 1922).

En los *Hechos de Pedro* se habla de una carta que Poncio Pilato habría dirigido al emperador Claudio, y que figura en el *pseudo-Marcellus.* "¿Fue sugerida por Tertuliano, o corría ya en ciertos círculos cristianos" ...", se pregunta el abad Vouaux. No puede decirse nada al respecto. Pero una alusión sorprendente ya a primera vista, y es el hecho de que Poncio Pilato dirigiera una carta al emperador Claudio. Porque Pilato murió en Vienne en el año 39, y Claudio no fue emperador hasta el año 41. Pensamos que se trata de un añadido de un copista demasiado celoso. No es imposible que Pilato redactara un *informe* (y no una carta) dirigido a la atención de Claudio, pero este último todavía no era emperador. No olvidemos que éste pasó por Vienne al ir a combatir a los bretones, cuando Pilato estaba todavía deportado en esta ciudad (o muy cerca de ella), en el año 39. Este informe, probablemente una queja o justificación, Pilato lo habría redactado con la esperanza de obtener su progreso, perdonado, cuando Claudio pasara por Vienne, siendo entonces legado imperial y cónsul.

En el texto del *pseodo-Marcellus* que ha llegado hasta nosotros (y que probablemente fue apañado y embellecido por los escribas anónimos en sus posteriores recensiones), Pilato recuerda los milagros de Jesús, el odio de los príncipes, de los sacerdotes, su crucifixión y su resurrección, que los judíos habrían intentado hacer pasar por una mentira de parte de los guarianes.

Dejemos esa verborrea y tengamos en cuenta que con toda probabilidad Pilato dirigió un informe justificativo a Claudio, entonces simple cónsul. La benevolencia del procurador para con Jesús habría estado justificada por el hecho de que Tiberio, en un momento de su reinado, tuvo la idea de dar la tetrarquía de Herodes Filipo, que acababa de ser destituido (en el año 34 de nuestra era), a Jesús, con el fin de aplacar la resistencia judía latente, al darles un "hijo de David" como soberano de Batanea, Traconítide, Gaulanítide y Auranítide. Dos evangelios nos cuentan este hecho, el de Juan (6, 15), y el conocido como *Evangelio de los Doce Apóstoles* fragmento II). Este último estaba considerado por el gran Orígenes como muy anterior al de Lucas.[54]

Por otra parte, lo que confirma esta decisión de Tiberio (que fracasó a consecuencia de intrigas locales en Palestina), es que una *Histoire de la ville de Vienne,* de Mermet, *sen.*, (París, 1828, Didot édit.), contiene una *Historia inédita de la ciudad de Vienne bajo los Doce Césares* de un tal Trebonius Rufinus, senador romano, dirigida a C. Plino Coecilio Secundo. Trebonius Rufinus dice ser antiguo administrador de la ciudad de Vienne. Este texto dataría del año 109 o 110 de nuestra era. En él puede leerse, en el capítulo VII del libro VI, que Tiberio había propuesto al Senado de Roma que admitieran a Jesús en el rango de los dioses del Imperio. Tras un examen atento de la información que poseían, el Senado rechazó esa propuesta, porque les parecía inconveniente deificar, lo mismo que a un César romano, a un individuo que había sido sometido al suplicio reservado a los rebeldes y a los esclavos, y además por sentencia de un procurador de roma. Vienen a continuación algunas líneas sobre las persecuciones que tuvieron lugar bajo Nerón.

---

[54] Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios,* pp. 153-161, y *El hombre que creó a Jesucristo,* pp. 190-202.

De todos modos, y para ser objetivos, conviene señalar que lo que pretendía Tiberio no era proclamar a Jesús como *dios* en el sentido que le dan al término los cristianos actuales. No se trataba sino de la *apoteosis*, es decir, de la apoteosis o glorificación póstuma que elevaba a un muerto a la categoría de los héroes divinizados; Zeus conservaba el primer lugar en la teogonía secular. Para Tiberio, este hecho carecía de importancia; Suetonio nos dice de él que había estudiado astrología en Rodas, con el astrólogo Trasilo como maestro, y que era "indiferente a los dioses y a la religión, ya que se entregaba a la astrología y creía firmemente que todo obedecía a la Fatalidad ...". (Cf. Suetonio, *Vida de los Doce Césares, Tiberio*, XIV y LXIX).

Es evidente que, si este hecho es verídico, los Padres conscriptos, responsables de la gloria del Imperio, no podían poner en el mismo pedestal a un rebelde judío y a Augusto, el más grande de sus emperadores. Esto debió de parecerles impensable, o incluso ofensivo.

Pero uno se preguntará ¿a través de quién había oído Tiberio hablar de Jesús? Pues simplemente a través de un informe de Pilato. Cuando tuvo lugar la destitución de Herodes Filipo, con ocasión de la denuncia de un pseudo-complot hecha por su primo hermano Herodes Antipas, el procurador tuvo que rendir cuentas de los acontecimientos que la motivaron. Probablemente fue consultado sobre la elección del posible sucesor. Impulsado por su esposa Claudia Procula, quizás amiga de Salomé II (los miembros de la alta sociedad, como es natural, se frecuentaban, fuera cual fuese su origen), pudo sugerir a Jesús. Eso explicaría que fuera primero enemigo de Herodes Antipas, quien esperaba ser el heredero de los bienes de su primo hermano. Porque esa hostilidad aparece atestiguada en los evangelios canónicos: "En aquel día se hicieron amigos uno del otro, Herodes y Pilato, pues antes eran enemigos". (Cf. Lucas, 23, 12).

Sin embargo, quizás hay algo más que esas relaciones entre Pilato y Tiberio, o su esposa Claudia Procula, o Salomé II. En efecto, consultemos de nuevo el *Evangelio de los Doce Apóstoles,* y volvamos a ese episodio de la investigación de Tiberio sobre Jesús, relatada en nuestra primera obra.[55] Carios, enviado del emperador, tenía como misión establecer esa relación, con el fin de nombrar a Jesús tetrarca, reemplazando a Herodes Filipo, destituido de esa dignidad. Y veamos lo que dice ya sobre ello ese misterioso evangelio:[56]

"En cuanto a Carios, envió junto al emperador al apóstol Juan, quien le relató muchas cosas respecto a Jesús. El emperador Tiberio concedió grandes honores a Juan y escribió, sobre Jesús, que lo tomaran para hacerlo rey, según lo que está escrito en los evangelios, a saber: 'Y Jesús, conociendo que iban a venir para arrebatarle y hacerle rey, se retiró otra vez al monte, él solo ...'." (Cf. Juan, 6, 15).

Tenemos, pues, que el *Evangelio de los Doce Apóstoles* confirma lo que ya nos decía otro apócrifo copto, los *Hechos de Pilato.* Y en un fragmento conservado

---

[55] Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios,* pp. 157-161.
[56] *Apócrifo,* en griego *apocryptos*, no significa falso o dudoso, sino *críptico, secreto, misterioso.* Por consiguiente, no son textos destinados a los fieles corrientes. De ahí la desconfianza de la Iglesia en lo que respecta a ellos ...

en la Biblioteca Nacional de París (manuscrito nro. 129/17, folio 10), el mismo *Evangelio de los Doce Apóstoles* aporta todavía otra precisión:

"Después de este tiempo, cuando Tiberio César pasó (por Palestina), Herodes el Tetrarca fue a encontrarse con él, siendo Pilato el prefecto de Judea ...".

Sin duda no se encuentra ninguna estancia concreta de Tiberio *en Judea.* Pero antes de ser emperador viajó mucho. Nació en Roma el 16 de noviembre del año 42 antes de nuestra era, se convirtió en emperador en el año 14 de nuestra era, murió en Misene el 16 de marzo del 37. fue cónsul en el –20, y aquel mismo año fue a Armenia para restaurar allí el reino de Tigrano. Luego fue gobernador de la Galia Transalpina, y en el año –15 fue a respaldar a Druso con las legiones del Rin y del Danubio. Del –15 al –9 obtuvo numerosas victorias sobre los ilirios y los panonios. En el –12 se casó con Julia I, hija de Augusto, fue adoptado por este emperador en el año 4 de nuestra era, y vivió entonces, desde el –16 hasta el 4 de nuestra era, en la isla de Rodas, pues se alejó rápidamente de su esposa, a causa de sus adulterios. Cuando regresó a Roma, en el año 4, partió a la conquista de la Germania septentrional y llegó hasta el curso inferior del Elba. En el año 6 de nuestra era efectuó campañas en los Balcanes y en Iliria. En el 14 fue emperador, y se retiró en el 27 a la isla de Capri.

Pues bien, Rodas está a poco más de 700 km. de Cesarea Marítima, y eso sólo representaba unos diez días de navegación, en aquella época. ¿Por qué Tiberio no habría de haber estado jamás en Palestina, si estuvo en Armenia, y luego en Rodas, más cerca? De este hombre no lo sabemos todo; los *Anales* de Tácito no empiezan, en su primer libro, hasta el año 14 de nuestra era, bajo los consulados de Sexto Pompeyo y Sexto Apuleyo. Y Suetonio, en su *Vida de los Doce Césares,* despacha en sólo cuatro líneas las actividades anteriores de Tiberio en el Oriente Medio:

"Tomó sus primeras armas en la expedición contra los cántabros en calidad de tribuno militar,[57] luego, tras conducir un ejército *a Oriente,* devolvió a Tigrano al trono de Armenia y lo coronó con la diadema delante de su tribunal. *Recuperó asimismo las enseñas que los partos habían arrebatado a M. Craso".* (Cf. Suetonio, *Vida de los Doce Césares*, *Tiberio*, IX).

Tengamos en cuenta que los partos ocupaban Persia y Babilonia hasta el Éufrates, y que allí *se está muy cerca de Antioquia de Siria. Por consiguiente, es seguro que Tiberio estuvo en esas regiones.* ¿En qué época? El *Evangelio de los Doce Apóstoles* os aporta una precisión a la que parece que los exegetas no han prestado atención: "siendo Pilato prefecto de Judea ...". ¿Prefecto *de* Judea o prefecto *en* Judea?
Prefecto *de* Judea haría de él un administrador civil, y Pilato era militar. Prefecto *en* Judea lo mostraría como simple prefecto legionario, es decir, algo así como general, ya que tenía bajo sus órdenes los *seis tribunos de las cohortes* habituales en una legión romana. Nos encontramos, pues, antes del año 26 de nuestra era, fecha en la cual, siendo Tiberio emperador, Pilato fue

[57] Los *cántabros* estaban constituidos por poblaciones ibéricas de la costa cantábrica, en la orilla atlántica septentrional de la península Ibérica.

nombrado procurador de Judea. Y en ese período Jesús contaba ya más de cuarenta años, puesto que había nacido en el 17 de nuestra era.[58]

Como se ve, no hay ninguna imposibilidad histórica en el hecho de que Tiberio, en el curso de una estancia más o menos larga en Siria o en Palestina, hubiera oído hablar de Jesús en los medios aristocráticos donde necesariamente fue recibido: dinastía herodiana (Herodes Antipas, tetrarca, Salomé II, Herodías, etc.), jerarquía religiosa judía (miembros del Sanedrín, pontífice, sumos sacerdotes diversos, etc.), jerarquía militar ocupante (cuadros de la administración romana, civil y militar).

Y no es imposible que la placa conmemorativa descubierta en Cesarea, que menciona a Tiberio y a Pilato, no sea el testimonio de una visita de Tiberio a Jerusalén, y además en la época en que Jesús era de la máxima actualidad, *tanto por el papel que desempeñaba, como por sus alianzas familiares ...*

En cuanto al hecho de que se enviara ante Tiberio al apóstol Juan, el hermano más joven de Jesús, por orden de Carios, es evidente que se trata de una pura invención de los piadosos copistas. Un simple informe de dicho Carios, enviado del emperador, le bastaba a este último para darse por enterado. Pero si Tiberio tuvo la idea de confiar un día una tetrarquía a Jesús, este proyecto pudo muy bien germinar en su mente en el curso de esa estancia en Siria o en Palestina, sin necesidad de interrogar al tal Juan. Poseía muchos otros medios de investigación, por ser ya cónsul, legado de César, etcétera.

Y ahora podemos hacer el balance de nuestros descubrimientos:

1. Hemos visto que Pilato deseaba liberar a Jesús, pero que no podía hacerlo oficialmente.
2. Hemos visto que en su mente había en germen una idea de sustitución, que los evangelios ocultaron, con el asunto de Jesús Barrabás.
3. Hemos visto que numerosos textos combaten, con palabras de doble sentido, una tesis que pretendía que Jesús no había sido crucificado.
4. Hemos visto que ciertas tradiciones afirmaban que Simón de Cirene había sido crucificado en lugar de Jesús.
5. Hemos visto que el texto de Celso afirmaba que Jesús se había evadido y había sido entregado por *sus* discípulos.
6. Sabemos que los evangelios sinópticos de Mateo, Marcos, Lucas, afirman que Simón de Cirene llevaba la cruz de Jesús, mientras que el de Juan afirma que Jesús había llegado al lugar de la ejecución llevando él mismo su cruz.
7. Sabemos que esos evangelios no están de acuerdo en lo que respecta *al día* de la semana y *la hora* de la crucifixión; ese es un problema que divide a los exégetas desde hace siglos.
8. Sabemos que una tradición afirmaba que Jesús había recibido en su prisión la visita de algunos de sus apóstoles.
9. Sabemos que los *Acta Pilati* afirman que Jesús fue crucificado en los Olivos, hecho confirmado por el relato de la peregrina Eteria, mientras que los evangelios canónicos (arreglados en el siglo IV) afirman que fue en el *Gólgota.*

[58] Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios,* pp. 45-53 y 30-36.

En su diario de viaje, titulado *Peregrinatio ad loca Sancta,* la peregrina Eteria nos muestra, en efecto, que hacia el año 400, es decir, todavía a principios del siglo V, en Jerusalén la oblación del jueves santo se realizaba por la noche, en el *Gólgota*, mientras que la conmemoración *de la agonía y de la muerte de Jesús* se realizaba *en Getsemaní y en el monte de los Olivos*. Eso prueba que, en aquella época, se sabía que la ejecución había tenido lugar en los Olivos, pero que, a pesar de todo, algo había sucedido en el Gólgota. ¿El qué? ¡Ya no poseían la clave!

1. El *Talmud de Babilonia* afirmaba que Jesús fue "detenido" 40 días antes de ser ejecutado. Tengamos simplemente en cuenta el hecho de que *la condena y la ejecución* estuvieron separadas por un período de aproximadamente seis semanas. Por cierto que Lucas distingue dos *comparecencias* de Jesús ante Pilato, en 23, 1 a 7, y en 23, 13 a 25.

2. Pronto constataremos que los motivos alegados en las diferentes versiones de las *Antigüedades judaicas* y de la *Guerra de los judíos* de Flavio Josefo son incoherentes y contradictorios en lo que se refiere a la caída en desgracia de Poncio Pilato y de Herodes Antipas.

3. Sabemos que Pilato tuvo que reprimir una revuelta armada de gran envergadura, dirigida por un cabecilla que se decía profeta y mago, que sublevó a buena parte de Samaria, tras la muerte "oficial" de Jesús según los evangelios canónicos, y que ese profeta mago fue conducido a Jerusalén y ejecutado.

En vista de todo esto, podemos concluir que:
Hubo, efectivamente, dos detenciones de Jesús.[59] La primera tuvo lugar unas seis semanas (40 días) antes de Pascua y de su verdadera crucifixión. Fue seguida de un proceso romano en regla, con todo el aparato y las minucias exigidas por ese derecho romano del que todavía están impregnadas todas nuestras legislaciones contemporáneas.

Fue condenado a muerte y conducido a un lugar de ejecución inusual, el *Gólgota,* con el fin de hacerlo pasar, al salir de la *Antonia,* y del pretorio, por delante de la Puerta del Norte, de donde partía, inmediatamente después, el camino que conducía a Samaria, territorio prohibido a los judíos legalistas, y donde Jesús tenía amigos.

Para permitir la evasión, el destacamento que lo conducía hacia el *Gólgota* era de número reducido. Además, no era Jesús quien llevaba el travesaño al que debería haber estado atado por los puños, sino un portador desconocido. La flagelación todavía no le había sido aplicada, ya que en los casos de condena a muerte a menudo tenía lugar en el mismo emplazamiento de la ejecución. Así pues, Jesús estaba en posesión de todas sus facultades.

Al pasar delante de la Puerta del Norte, un comando zelote suscitó un motín entre los partidarios de Jesús, que habían acudido en masa. El movimiento libertador tuvo lugar desde el interior de la ciudad hacia la Puerta del Norte, y

---

[59] La primera detención es la que tuvo lugar después de la batalla de los Olivos, en las propiedades de Ierahmeel, después de la traición de Judas Iscariote, hijo de Simón-Pedro y sobrino de Jesús. (cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios,* pp. 274-275).

no desde la puerta hacia la ciudad, a fin de facilitar la huida del condenado. En el curso de la escaramuza, el jefe del comando cainita, un tal Simón, que no era de Cirene, sino que acudía "al encuentro" de los legionarios, quedó en manos de estos últimos, y fue ejecutado en el lugar de Jesús, en el *Gólgota,* aquel mismo día.

Bien a caballo, bien en mula (la historia del pequeño asno quizá invirtió la verdad), Jesús y su gente consiguieron llegar a Samaria. En la prisión se le había puesto al corriente de los tratos que se habían realizado en su favor. Se comprometieron en su nombre a renunciar a toda actividad zelote, y a caer en el olvido. Pero él luego renunciaría a doblegarse ante esa cláusula y reemprendería las hostilidades en Samaria.

Pilato se vería entonces en la obligación de enviar a sus tropas a reducir esta nueva insurrección. Entre los prisioneros figuraba Jesús, entregado por algunos de sus lugartenientes, que identificaremos al final del presente volumen. El prisionero fue conducido a Jerusalén. Y efectivamente habían transcurrido unas seis semanas desde su huida o su primera condena.

Jesús entonces, y sólo a fin de que le identificaran, fue presentado a las tres autoridades oficiales: las religiosas, con Anás y Caifás y una delegación del Sanedrín; la administrativa, con Herodes Antipas, tetrarca de Galilea y Perea (pues Jesús era galileo); y las ocupantes, con Poncio Pilato. Eso explica la brevedad del plazo transcurrido entre la comparecencia y la ejecución, brevedad que siempre ha dejado estupefacto al historiador e hizo creer en la ilegalidad de esas formalidades. De hecho, el proceso había tenido ya lugar en su forma regular, y Jesús era simplemente un contumaz, condenado a muerte, y que había escapado a sus guardias haciendo uso de la fuerza. No había ninguna necesidad de empezar de nuevo con otro proceso.

Jesús fue conducido a continuación al lugar habitual de las ejecuciones, es decir, al cementerio de los Olivos, al pie del monte, y fue crucificado entre dos bandidos salteadores de caminos, según los evangelios canónicos, pero en realidad entre dos de sus guardaespaldas. Sus nombres tenderían a relacionarlos con dos antiguos gladiadores dados a la fuga.[60]

De las mezclas que se han realizado entre estos dos casos nacieron las contradicciones que se encuentran en los diferentes evangelios, y las incoherencias que en ellos se descubren es indudable que no se deben a otra cosa. Sin embargo, es posible que esas mezclas fueran premeditadas, puesto que había que hacer desaparecer a toda costa cualquier rastro de un Jesús prisionero y evadido.

---

[60] Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios,* p. 227. Uno de ellos, según la tradición eclesiástica, se llamaba *Dimas,* nombre que podía derivarse de *dimakairos,* que significa "que tiene dos espadas" en griego, y que designa a una categoría particular de gladiadores (cf. Roland Auguet, *Cruauté et Civilisation: les jeux romains,* París, 1970, Flammarion édit.). El segundo se llamaba *Cystas*, probablemente derivado de *kistos,* en griego la jara, o del latín *coestus,* guantelete reforzado con hierro o plomo, que utilizaba otro tipo de gladiadores. Lo que confirma que se trataba de sus guardias de corps, es el pasaje de los *Acta Pilati: "* ... que te crucifiquen en el lugar donde te capturaron, con Dimas y Cystas, los dos ladrones *capturados contigo ...*". (Cf. *Acta Pilati,* manuscrito copto del siglo IV, sobre un original citado por Justino en el siglo II, IX, fº 18). No olvidemos que desconfiaba de sus hermanos (Juan, 7, 6-10; Mateo, 12, 46-50; Marcos, 3, 21; Juan, 7, 2-4), lo que justifica la presencia de esos "protectores".

Desgraciadamente, había demasiadas grietas en la elaboración de la fábula, y la verdad acaba siempre saliendo a la luz.

En Marcos tenemos precisiones sobre su deseo de permanecer oculto:

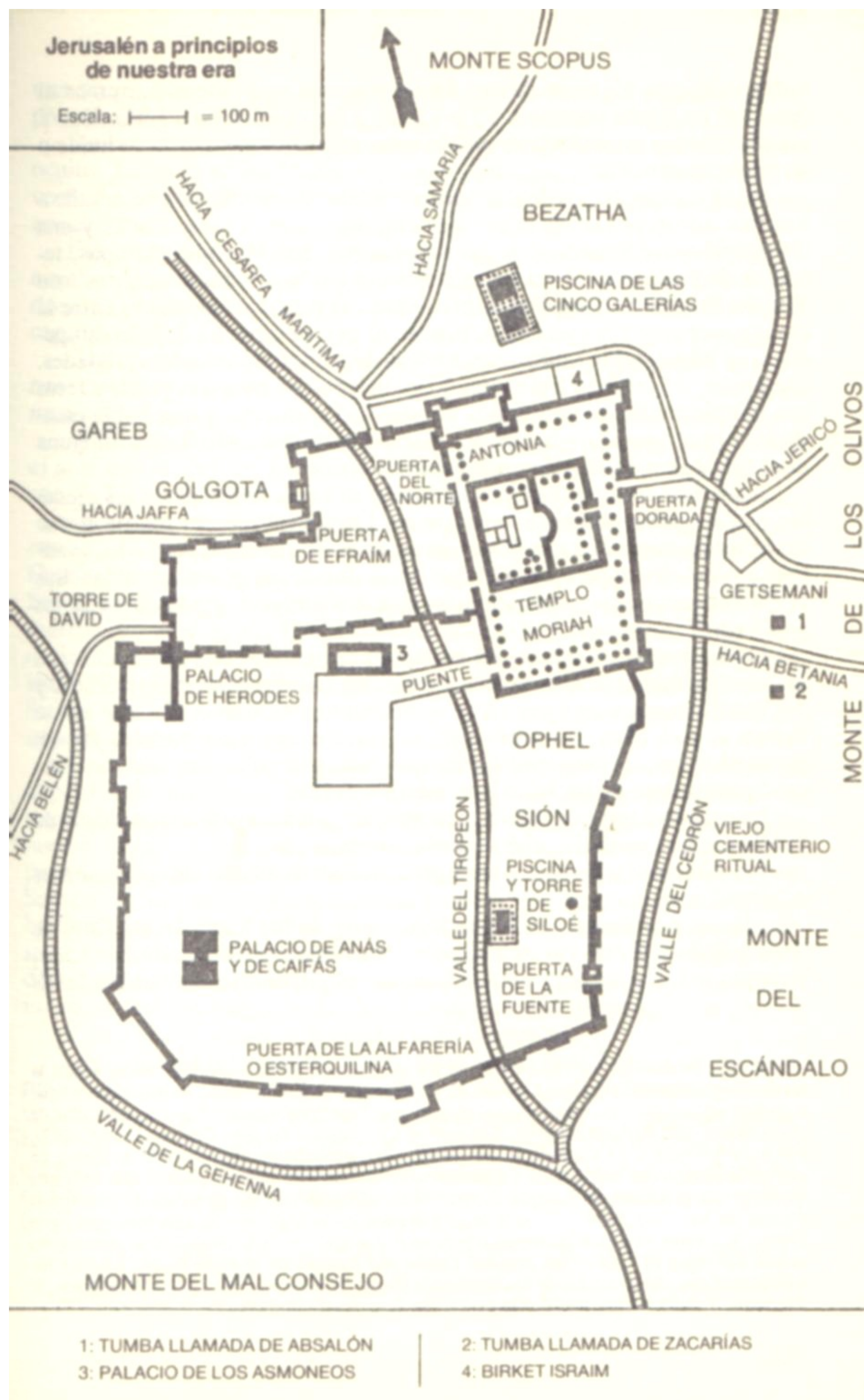
“Jesús, partiendo de allí (de Jerusalén), se fue hacia los confines de Tiro y Sidón. Entró en una casa, *no queriendo ser de nadie conocido,* pero no le fue posible *ocultarse,* porque luego, en oyendo hablar de Él, una mujer cuya hijita tenía un espíritu impuro entró y se postró a sus pies ...” (Marcos, 7, 24-25).

De modo que deseaba que nadie supiera quién era, y permanecer oculto. Extraña actitud para un dios encarnado, venido a proclamar la verdad a las multitudes, esa de huir y meterse *“en una casa”,* y querer *“ocultarse”* en ella.

Esa casa era, probablemente, la del misterioso hermano cuyo nombre ignoramos, y que vivía en Sidón, con el sobrenombre de *Sidonios*. ¿Sería éste el misterioso *hijo oculto* del que hablamos en el capítulo 10?

Conocemos la continuación del asunto; Jesús, al no poder permanecer más tiempo en Fenicia, dado que le han reconocido, *huye de nuevo:*

“Saliendo de nuevo de los confines de Tiro, se fue por Sidón hacia el mar de Galilea, atravesando los confines de la Decápolis ...” (Marcos, 7, 31).



Pues bien, si se examina el mapa de esas regiones (pág. 49), se constatará que Jesús intentó darles el cambiazo a las gentes de Tiro. Desde esa ciudad se remontó, en efecto, hacia el norte, a lo largo del litoral mediterráneo, hasta Sidón, ciudad situada a unos cincuenta kilómetros *por encima de Tiro.* Así los tirios pudieron suponer que se iba definitivamente de Palestina.

Y si proporcionaron alguna información sobre él a la gendarmería romana, esa información fue errónea. De Sidón volvió entonces, transversalmente hacia el este, *pero por la Decápolis, de nuevo a Galilea.*

Todo esto es perfectamente normal por parte de un hombre cuya cabeza está puesta a precio, y que tiene a las legiones romanas en perpetua operación policial contra sus propias tropas, pero es totalmente ilógico por parte de un “predestinado”, venido esencialmente para sacrificarse. En realidad, esos repliegues estratégicos en Fenicia y Samaria serán su segunda y tercera huida, ya que, cuando Jesús se había refugiado en Egipto, tras el fracaso de la revolución dirigida por su padre Judas de Gamala, en el año 6 antes de nuestra era, contaba ya doce años (pues había nacido hacia el –17), y poseía por lo tanto la mayoría civil y religiosa según los términos de la ley judía.[61]

Y tres fugas sucesivas es mucho para un mesías.
Los desplazamientos de Jesús durante los cuatro años de su vida pública no son, pues, debidos al azar. Están necesariamente ligados a una necesidad de seguridad. Al pretender restaurar un reinado de carácter religioso, heredar el trono de David, y estar rodeado de *zelotes*, algunos de los cuales tenían bastante mala reputación, si se tiene en cuenta sus apodos, no podía sino estar vigilado por la policía romana, a la que se añadía la de los tetrarcas idumeos.

Por eso, cuando vemos a los historiadores cristianos dando el nombre de “retiro” a su viaje a Fenicia, y en el sentido piadoso del término, no podemos dejar de asombrarnos, y entender esa palabra en su significado militar, es decir, “retirada”.

En efecto, cuando uno se encuentra en Jerusalén, la *Ciudad Santa,* donde, como buen judío de raza, se tiene derecho al acceso al penúltimo recinto, el de los hombres, cada día (y Jesús no se priva de ello), en ese templo que es el único lugar de culto regular, con exclusión de cualquier otro, ¿cómo justificar que se fuera a realizar un retiro a Fenicia, Estado cuya población era desde siempre hostil al pueblo hebreo, cuyos cultos eran esencialmente paganos, y donde, inevitablemente, la impureza ritual acechaba a cada instante? En el peor de los casos, podía irse a meditar “a la montaña”.

De hecho, se trataba de una “retirada militar”, es decir, de una fuga, y precisamente en una región en la que no se pensaría ni por un instante que Jesús hubiera podido refugiarse. Desde Jerusalén, donde se encontraba entonces, hasta Sidón, a través de Judea, la Samaria hostil y Galilea, hay en total unos ciento noventa kilómetros *a vuelo de pájaro,* aproximadamente.

Siempre ignoraremos el camino exacto que siguió Jesús, pero podemos suponer que, junto con los pocos discípulos que le acompañaron (sin duda los mismos de siempre, Simón, Santiago y Juan), se mezcló a una caravana de peregrinos que se dirigían a Fenicia para las ceremonias conmemorativas de la muerte y resurrección de Adonis.

Porque si damos crédito a los trabajos de los exégetas e historiadores católicos, fue precisamente en junio del año 29 cuando Jesús se refugió en Fenicia. Y llegó allí justo para las ceremonias anuales, las cuales se desarrollaron, como

[61] Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios,* pp. 45-53.

veremos, en el solsticio de verano, cuando florece la “rosa de Damasco”, esa anémona *consagrada a Adonis.*

Pero permanecería allí poco tiempo, diez días todo lo más, ya que fue reconocido:

“Saliendo de allí Jesús (de Jerusalén), se retiró a los términos de Tiro y de Sidón. Una mujer cananea de aquellos contornos comenzó a gritar, diciendo: ‘Ten piedad de mí, Señor, Hijo de David: mi hija es malamente atormentada por el demonio ...’ *Pero él no le contestaba palabra.* Los discípulos se le acercaron y le rogaron, diciendo: ‘Despídela, pues viene gritando detrás de nosotros ...’. “ (Mateo, 15, 21-24).

Y, en efecto, así corrían el riesgo de ser identificados, lo que, como es natural, no les convenía en absoluto. Nuestros personajes no tenían, pues, la conciencia tranquila desde el punto de vista político, dado que, en Tiro y Sidón, no corrían absolutamente ningún peligro por parte de las autoridades religiosas judías, así que, para amenazarlos, no quedaban sino *las autoridades romanas,* que no ejercían sobre la población del Oriente Medio ningún control religioso, exceptuando lo que concernía a los sacrificios humanos.

Queda ahora el problema del segundo denunciante que, probablemente con otros, más oscuros, decidió entregar a Jesús a los romanos, tras el fracaso de la insurrección del Garitzim. ¿Quiénes son entonces “aquellos a los que él llamaba sus discípulos”?, según la expresión de Celso en su *Discurso verdadero (op. cit.,* II, 16).

No busquemos. Se encuentran entre aquellos que Clemente de Alejandría dice que abandonaron “la misión que Jesús les había confiado”.

“Los elegidos, no todos confesaron al Señor por la palabra, y no todos murieron en su nombre. *Entre ellos se cuentan Mateo, Felipe, Tomás, y muchos otros ...”* (Cf. Clemente de Alejandría, *Stromates,* IV, 9).

Y para justificar esta traición está sólo el cansancio de siete años de fracasos sucesivos, de vida errante, de huidas consecutivas a los golpes de mano más o menos gratificantes, y estaba también el interés. ¿En qué consistía? Primero, indudablemente, en la certeza de que se beneficiarían de impunidad por la participación en aquella rebelión de Samaria, luego, probablemente, en una importante recompensa, ya que sin duda la cabeza de Jesús había sido puesta a precio.

Asimismo, era preciso que el traidor poseyera una cierta autoridad jerárquica y moral sobre la masa de los partidarios, para poder poner en marcha su proyecto.

No podía ser Tomás, el gemelo, alias Judas, ya que, como sabemos ahora, pronto desempeñaría el papel de Jesús resucitado. (Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios,* pp. 263 a 267).

No podía ser Felipe, ya que la “tradición”, a pesar de todo, lo hace morir más tarde por la causa, y existe una *Epístola de Pedro a Felipe, su hermano mayor y*

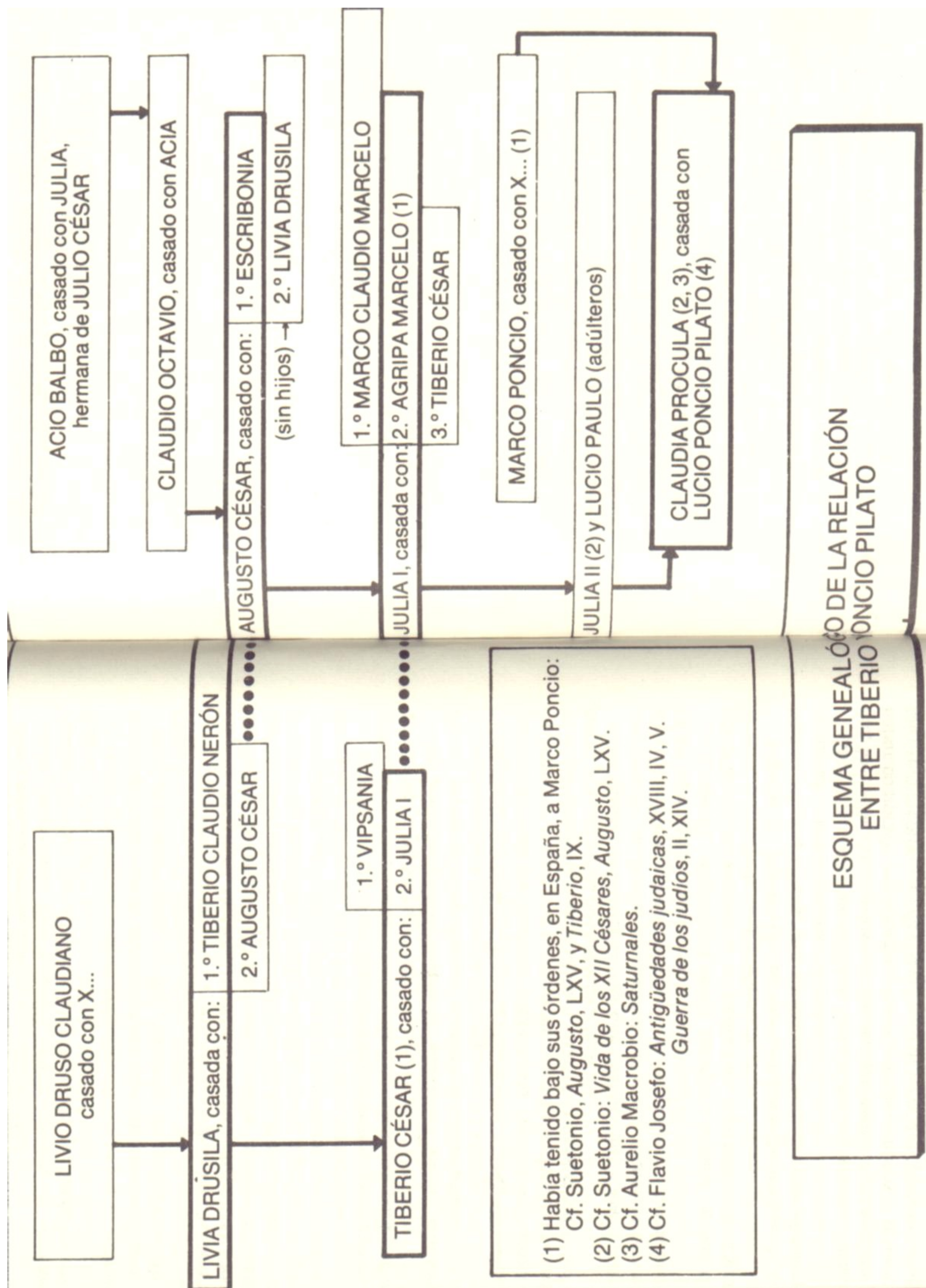
su compañero, manuscrito del siglo V, redactado en copto tebano, y que tiende a asentar la posibilidad de ulteriores contactos entre esos dos hermanos de Jesús.

No queda, pues, nadie más que Mateo, alias Leví, tío de Jesús, *funcionario de Roma,* ya que era peajero y mantenía una relación bastante curiosa con el "medio" de esas regiones, como nos cuentan los propios evangelios canónicos:

"Y sucedió que, estando Jesús sentado a la mesa en casa de aquél (de Mateo), vinieron muchos publicanos y pecadores a sentarse con Jesús y sus discípulos". (Cf. Mateo, 9, 10).

Marcos (2, 15) nos precisa que se trataba de la vivienda de Leví-Mateo, y Lucas (5, 29), que ese festín *(sic)* ofrecido por el mismo causó escándalo entre los judíos ordinarios.

Si uno recuerda que el *Talmud* colocaba a los peajeros al mismo nivel que los malandrines y los proxenetas, que para ser peajero era preciso haber comprado ese "peaje" a los ocupantes romanos, y que ese cargo, muy remunerador, implicaba el hecho de tener que exprimir a sus propios compatriotas, se convendrá en que el personaje de Leví-Mateo no era de lo más recomendable, pues había apostado sobre los dos bandos y había *jugado un doble juego,* como tantos "colaboradores" de todas las épocas.



Y lo que queda entonces es que el tío Mateo, personaje poco limpio a nivel moral, pudo muy bien haber sido el segundo traidor que entregó a Jesús, su sobrino y su rey legítimo. Lo que justificaría entonces el silencio total de los historiadores de la Iglesia a su respecto, y su negativa a afirmar nada sobre su fin. ¡Quizás fue tan trágico como el de su otro sobrino, Judas Iscariote!

28

Dos caídas en desgracia
Harto misteriosas

> En el Paradosis Pilati, el emperador juzga y manda ejecutar a Pilato, a quien ese documento oriental presenta como un mártir, mientras que los textos occidentales hacen de él un criminal ...
>
> ABAD F. AMIOT,
> *Les Évangiles apocryphes, 2ª. Parte, II*

La Iglesia copta y la Iglesia griega santificaron a Poncio Pilato,[62] confirmando de manera definitiva el carácter de *mártir* que la mayoría de Iglesias orientales que no reconocen al papa concedían ya al procurador que hizo crucificar a Jesús. Si uno recuerda que la Iglesia copta es una de las más antiguas entre las Iglesias orientales, que es la heredera de la de los Padres del desierto, que fue, concretamente la Iglesia de san Atanasio, y que no se adhirió definitivamente a la doctrina monofisita hasta mediados del siglo V, con su patriarca de Alejandría Dioscoro, sucesor de san Cirilo en el año 444, se convendrá en que debió de poseer tradiciones salidas de las mismas fuentes del cristianismo primitivo. Entonces, su culto de *dulía* hacia Poncio Pilato debe incitar al historiador imparcial a elucidar ese enigma. Nosotros no dejaremos de consagrarnos a él, naturalmente.

Ya un simple juego de palabras de mal gusto nos demuestra que el texto latino de la *Vulgata* de san Jerónimo, versión oficial de la Iglesia católica, debe movernos a la desconfianza. Veamos, pues, una vez más los evangelios:

"Le dijo entonces Pilato: '¿Luego tú eres rey?. Respondió Jesús: 'Tú dices que soy rey. Yo para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad; todo el que es de la verdad oye mi voz'. Pilato le dijo: '¿Y qué es la verdad? ...". (Cf. Juan, 18, 37-38).

En latín, la pregunta irónica de Pilatos: "¿Qué es la verdad?", se traduce: "*Quid est veritas? ...*" (cf. *Novum Testamentum Latine, secundum editionem Sancti Hieronymi,* Londres, 1911). Y la tradición eclesiástica pretende que la respuesta se dé en los términos mismos de la pregunta: *"Qui est vir ad est ..."*, es decir, "Está delante de tí ...". ¿Cómo imaginar que Jesús y Pilato se divirtieran haciendo anagramas en semejantes circunstancias, porque no se trata de otra cosa?[63]

---

[62] Lo mismo que a su esposa Claudia Prócula. La primera los conmemora el 25 de junio, la segunda el 27 de octubre.

[63] Y más cuando el diálogo debió desarrollarse en griego, lengua muy difundida en Palestina, mientras que Jesús ignoraba, inevitablemente, el latín, del mismo modo que Pilato ignoraba el arameo.

Todo eso nos demuestra que dichos textos, pretendidamente auténticos, fueron triturados, a fin de hacerles decir lo que la verdad inicial no decía. Y por lo tanto, debemos desconfiar. Volvamos a la historia de Pilato.

Citado por Tácito (*Anales,* XV, XLIV, 4), por Flavio Josefo *(Antigüedades judaicas*, XVIII, V, VII; *Guerra de los judíos,* II) y por Filón de Alejandría, fue nombrado procurador de Judea por Tiberio César el duodécimo año de su reinado, es decir, en el 26 de nuestra era. Permaneció en el cargo durante once años, aunque de hecho su procurado terminara ya en el año 36, cuando Vitelio, su superior jerárquico, gobernador de Siria, le obligó a justificarse a Roma, ante el emperador, es decir, un año después de la muerte de Jesús.
Pilato pertenecía a la orden ecuestre, que constituía la clase de los caballeros romanos. Se cree que su nombre era *Lucius Pontius Pilatus,* y era hijo de *Marcos Pontius,* quien, durante la guerra de los Astures, aliados de Roma contra sus compatriotas, habría recibido por dicha elección el clásico *pilum* de honor, con la ciudadanía romana, ya que inicialmente era de origen español.

Su hijo, nuestro *Poncio Pilato,* habría nacido en Sevilla, habría servido bajo las órdenes de *Germánico Julio César,* el vencedor de *Arminio* y el vengador de *Varo* en Germania.[64] Según el *Evangelio de Nicodemo,* se habría casado con una tal *Claudia Procula.* Dado que Daniel-Rops reprodujo, y bastante mal, en su libro *Jésus en son temps,* diversos datos históricos sobre esta última, en especial las opiniones de Rosadi y de Aurelio Macrobio en sus *Saturnales,* vamos a estudiar sus orígenes, a fin de borrar los errores de Daniel-Rops, que la convierte en hija de *Julia,* y de este modo en nieta de Augusto:

Hubo, en realidad, dos *Julias:*

- *Julia I,* hija de César Augusto, nació en el año 27 antes de nuestra era, de la unión de ese emperador con *Scribonia.* Ésta se casó sucesivamente con *Marco Claudio Marcelo,* y luego con *Agripa Marcelo,* de quien tuvo una hija, *Julia II,* y, por último, en terceras nupcias, con *Tiberio Claudio Nero,* alias *Tiberio,* futuro César. Si se observa que *Agripa Marcelo* había tenido bajo sus órdenes en España, a *Marco Poncio*, padre del futuro Pilato (cf. Suetonio, *Vida de los Doce Césares, Augusto,* LXV, y *Tiberio,* IX), se comprenderá mejor la unión de su hijo *Lucio Poncio Pilato* con la futura *Claudia Procula.*

Julia I, de la que se probó que había cometido adulterio con un tal *Julio Antonio*, fue internada por orden de su padre Augusto en la isla de Pandateria, donde permaneció cinco años. Luego fue transferida a Reghium (estrecho de Sicilia), donde murió a la edad de cincuenta y dos años, en el 15 de nuestra era.

- *Julia II,* su hija, y por consiguiente nieta de Augusto, tuvo por padre, como hemos dicho antes, a *Agripa Marcelo.* Se casó con *Lucio Paulo,* y rápidamente fue acusada de adulterio con un tal *D. Silano.* Entonces fue deportada a su vez, siempre por orden de César Augusto, a la isla de Trimera, cerca de las costas de Apulia, en el año 8 de nuestra era, donde murió a la edad de unos cuarenta y cinco años, en el 28 de nuestra era,

[64] No hay que confundir a este *Germánico* con el niño de este nombre, a quién Agripina haría envenenar por Locusta al advenimiento de Nerón.

después de haber permanecido allí durante veinte. Había nacido hacia el año 17 antes de nuestra era. Bien de su relación con *D. Silano,* o bien de otra aventura, había tenido una hija, que Augusto le prohibió reconocer y criar. (Cf. Suetonio, *Vida de los Doce Césares, Augusto,* LXV). Fue:

- *Claudia Procula.* Esta era, por tanto, la bisnieta de Augusto, y no la nieta. Nació hacia el año 3 de nuestra era, y contaba aproximadamente veintitrés cuando Pilato se convirtió en procurador de Judea, en el año 26. Su abuelo, *Agripa Marcelo*, había tenido en España bajo sus órdenes a *Marco Poncio,* padre de Poncio Pilato. No hay nada de extraordinario, por consiguiente, en que la nieta del primero se casara con el hijo del segundo. Entre esos dos hombres existían unos lazos, recuerdos de campañas militares en el seno de las legiones.

Pero *Julia I,* abuela de Claudia Procula, se había casado en terceras nupcias con Tiberio, el futuro emperador. Y por ese hecho, este último se convertía en abuelo por alianza de Claudia Procula. Y, al casarse con Claudia Procula, *Poncio Pilato se convirtió en su nieto por alianza.* No debe sorprendernos, pues, que luego se beneficiara de un cargo como el de procurador de Roma en Judea, y del título envidiado en todo el Imperio de *amicus caesaris,* "amigo del César". Porque no era cualquier cosa eso de ser el nieto, aunque fuera por alianza, del emperador.
El lector deseoso de verificar nuestras afirmaciones podrá remitirse a:

a) Tácito*: Anales,* I, 53; III, 24; IV, 44, 71.
b) Suetonio: *Vida de los Doce Césares,* II *Augusto,* 19, 31, 63, 64, 65, 72; III *Tiberio,* 7, 10, 11, 50.

Aurelio Macrobio, en sus *Saturnales,* insinúa que Julia II, madre de *Claudia Procula,* habría confiado su hija a Tiberio, su padrastro, durante su exilio a la isla de Trimera, y que éste muy bien pudo corromperla. Pero si recordamos que este emperador se retiró a Capri en el año 27 de nuestra era, cuando Poncio Pilato era ya procurador de Judea desde hacía un año, si a Claudia Procula se le permitió seguir a su esposo a Palestina, ignoró todo lo referente a esos "cuadros vivientes" y esas orgías, parece ser que indescriptibles, que constituyeron el interés de esa permanencia en la encantadora isla.[65] Por el contrario, si la *Lex Oppia*, que prohibía a las esposas de los altos funcionarios de Roma acompañar a sus esposos a los territorios de ultramar, le fue aplicada, es evidente que pudo seguir a Tiberio a Capri, y asistir o participar en esas escenas de desenfreno. Creemos, en beneficio de la duda, que la ley no le fue aplicada. Un senador llamado *Severo Cecina* había propuesto volver a aplicar estrictamente la *Lex Oppia,* caída un poco en desuso. Le contradijo *Valerio Mesalino,* y finalmente Tiberio zanjó la cuestión haciendo que el Senado romano rechazara la proposición de *Severo Cecina* (cf. Tácito, *Anales,* III, 34).

Por consiguiente, nada impide creer que Claudia Procula acompañara a Pilato a Judea. Y su matrimonio no hizo sino preceder a esa costumbre que tanto los reyes de Francia observaron para con sus bastardas. Consistía en hacerlas casarse con un oficial de vieja pero pequeña nobleza, sin fortuna, quien, al

---

[65] La historia moderna ha hecho justicia a las calumnias que el Senado romano, despreciado por Tiberio, difundió sobre el emperador después de su muerte, y de las que se hicieron eco Tácito y Suetonio en sus obras. Ese desenfreno no va con él ...

darles un nombre honorable, gozaban a continuación de ascensos y de ventajas sustanciales. No hay nada nuevo bajo el sol.

Este es, pues, nuestro procurador en funciones en Judea. Es un gobernador a la vez firme y astuto, pero también flexible. Sabía castigar severamente, pero también sabía doblegarse por diplomacia. Júzguese:

“A continuación, Tiberio envió a Judea a un procurador que, en secreto y de noche, hizo introducir en Jerusalén la imagen de César llamada *semaia* (era un busto del emperador fijado en lo alto de las *enseñas)*. Mandó levantarla en la ciudad. A la mañana siguiente los judíos, en vista de ello, fueron presa de un gran tumulto; estaban horrorizados ante ese espectáculo, al ver pisoteada su ley. Porque ésta prohibía que hubiera en la ciudad imagen alguna. Las gentes de los alrededores, cuando se hubieron enterado de este suceso, acudieron todos, a toda prisa. Se precipitaron en Cesarea y suplicaron a Pilato que retirara la *semaia* de Jerusalén y que les permitiera mantener las costumbres de sus padres. Como Pilato rechazó sus ruegos, cayeron prosternados y permanecieron así, inmóviles, cinco días y cinco noches. Tras lo cual Pilato se sentó en su trono en el gran hipódromo, y convocó al pueblo para darle su respuesta. Luego ordenó a los soldados que rodearan súbitamente con sus armas a los judíos. Éstos, a la vista de este inesperado espectáculo de las tres cohortes que les rodeaban, temblaron en gran manera. Pilato, amenazador, les dijo: ‘Os degollaré a todos si no recibís la imagen del César’. Y ordenó a los soldados que desenvainaran las espadas. Todos los judíos, de común acuerdo, se echaron al suelo y tendieron el cuello, mientras clamaban: ‘Estamos dispuestos a ser inmolados como ovejas, antes que transgredir la Ley ...’, y Pilato, sorprendido ante su temor de Dios y su pureza, mandó retirar de Jerusalén la *semaia*”.[66]

Veamos ahora otro episodio, aunque de conclusión muy diferente:
“Pilato condujo el agua a Jerusalén con cargo sobre el Tesoro sagrado, captando la fuente de los cursos de agua a doscientos estadios de allá. Los judíos quedaron muy descontentos por las medidas adoptadas respecto a esta agua. Millares de gentes se reunieron y le gritaron que cesara en dicha empresa; algunos llegaron incluso a injuriarlo violentamente, como acostumbran a hacer las multitudes. Pero él, *tras enviar al lugar de la reunión un gran número de soldados, revestidos con las ropas judaicas y llevando porras ocultas bajo sus vestiduras*, les ordenó personalmente que se retiraran. Como los judíos hacían ademán de injuriarle, dio a los soldados la señal convenida antes, y los soldados golpearon aún más violentamente de lo que les había prescrito Pilato, castigando a la vez a los causantes del desorden y a los demás. Pero los judíos no manifestaban ninguna debilidad, hasta el punto que, al ser sorprendidos desarmados por gentes que les atacaban con propósitos deliberados, murieron en gran número en aquel mismo lugar, o se retiraron cubiertos de heridas. Así fue como se reprimió esta sedición”. (Cf. Flavio Josefo, *Antigüedades judaicas,* XVIII, III, 60-62, manuscrito griego).

El manuscrito eslavo de la *Guerra de los judíos (*II, 4), nos dice lo siguiente:

[66] (Lo que no significa que saliera de Jerusalén! Simplemente fue devuelta a la *Antonia.*

“Como el pueblo clamaba contra él (Pilato), envió a *unos hombres* a golpearlos con garrotes. Tres mil fueron aplastados mientras huían, y el resto se calló” (*Op. cit.)*

haremos aquí una primera observación. ¿Cómo pudieron los legionarios obtener en Jerusalén suficientes vestiduras judaicas rituales (nuevas, o en desuso, compradas a ropavejeros) para vestir con ellas a los hombres del servicio de represión, y cómo unas compras de semejante envergadura pudieron pasar desapercibidas a la población judía? ¿Podrá suponerse que se hizo aquí uso del famoso “teléfono árabe” ¿Y cómo esos legionarios, de origen extranjero (germanos, galos, tracios, etc.), disfrazados con trajes típicos judíos, pudieron pasar desapercibidos? ¿Y, puede suponerse que un procurador de Roma recurriera a tal subterfugio, absolutamente ilegal, sin exponerse a que se le reprochara que desacreditaba a las legiones del Imperio?

La verdad nos viene dada en la versión eslava de la *Guerra de los judíos* citada antes. Ésta nos dice “unos hombres”, y no *soldados,* como hace la versión griega. De hecho, Pilato recurrió a sectarios típicamente judíos, pero adversarios de los fariseos y de los saduceos clásicos. Esta alianza sin futuro debió de tratarse con indudables contrapartidas. Pero también aquí Pilato, procurador hábil y astuto, supo maniobrar. Roma no intervino oficialmente, y los muertos de esta represión fueron cargados a la cuenta de un enfrentamiento entre facciones opuestas. Esto liberó al procurador de toda responsabilidad.

Y ahora se plantea el problema de saber con quién se alió momentáneamente Pilato. La respuesta es obvia. Los *esenios* tenían entre sus costumbres cotidianas la obligación de entregarse a numerosas abluciones; todos los autores antiguos que trataron sobre ellos nos relatan su culto a la limpieza corporal. Probablemente la facción salida de esta secta y que se convirtió en la de los *canaítas* o *zelotes* fue la que se encargó de dicha represión,[67] sintiéndose además muy felices de poder por fin habérselas legalmente con sus mortales enemigos los saduceos y sus partidarios. En el peor de los casos, podría pensarse en que se reclutó a voluntarios samaritanos. Estos últimos, lo mismo que los zelotes, tenían sobrados motivos para sentirse felices de poder enfrentarse a los judíos legalistas en alborotos en los que la autoridad ocupante estaba de su parte.[68] No obstante, la continuación de nuestro estudio mostrará que es más plausible que se tratara de los zelotes. Hay alianzas que, por sorprendentes que parezcan, no dejan de tener su razón de ser, *por un tiempo.*
Ahora viene un último argumento en favor de esa alianza episódica que, con toda probabilidad, se “trató” entre Pilato y los propios zelotes. En el *Talmud* leemos lo que sigue:

“Rabbi Jossé y Rabbi Simeón estaban juntos, y con ellos se encontraba Judas, el hijo de un prosélito. Rabbi Judas abrió la boca y dijo: ‘Qué hermosos son los

[67] Cf. *El hombre que creó a Jesucristo,* pp. 42-43.
[68] Antes de la guerra de 1939-1945, un escándalo interno conmocionó a la policía parisina. Uno de sus más altos funcionarios, cubierto por el jefe de la policía de aquella época, había recurrido a los *Camelots du roi* y a las *Jeunesses patriotes* para *asumir un servicio de orden* discreto en la muchedumbre, al paso de músicas militares, y reprimir *manu militari* las contramanifestaciones de elementos izquierdistas. ¡Esto provocó no poco ruido en aquélla época!

trabajos de esa nación (Roma); han abierto calles, lanzado puentes, *edificado termas*!'. Rabbi Jossé guardó silencio, y Rabbi Simeón respondió: 'Todo eso que han construido, lo han hecho sólo para ellos mismos; han abierto calles, pero para establecer allí a prostitutas, termas para su placer, y puentes para percibir peajes ...". (Cf. *Talmud,* Sabbat, 33b).

Es evidente que el mundo de la prostitución y el de las termas tenían una necesidad común: la de abundante suministro de agua. Pues bien, el partido zelote obtenía unos ingresos sustanciosos de los proxenetas y de las prostitutas; para convencernos de ellos, tomemos de nuevo los evangelios canónicos:

"Y Jesús les dijo: 'En verdad os digo que los publicanos y las meretrices os preceden en el reino de Dios' ...". (Cf. Mateo, 21, 31).

"Estando sentado (Jesús) a la mesa en casa de éste (de Leví, el peajero), muchos publicanos y pecadores estaban recostados con Jesús y con sus discípulos ..." (Marcos, 2, 15; Lucas, 5, 29).

Vuélvase a leer todo el capítulo titulado *El diezmo mesianista,* en la primera obra de esta serie,[69] y se constatará que las relaciones entre los zelotes y el "medio" de aquella época no son una simple leyenda. Por consiguiente, si las prostitutas, sus "protectores" y sus clientes necesitan agua corriente, si Pilato toma todas las medidas para realizar las canalizaciones correspondientes, es lógico admitir que los zelotes tomarían partido en favor de esos trabajos, y se opondrían a los sectarios de las otras corrientes religiosas, adversarios suyos.

Releamos ahora el último episodio de Flavio Josefo sobre Poncio Pilato. Que el lector sopese bien los términos, porque luego nos servirá para aclarar todo el *misterio del Gólgota:*

"Los samaritanos no carecieron tampoco de disturbios, pues estaban incitados por un hombre que no consideraba grave el mentir, y que lo combinaba todo con tal de agradar al pueblo. Les ordenó que ascendieran con él al monte Garitzim, al que tienen como la más santa de las montañas, asegurándoles con vehemencia que, una vez llegaran allí, les mostraría unos vasos sagrados enterrados por Moisés, quien los había colocado allí en depósito. Ellos, creyendo que sus palabras eran verídicas, *tomaron las armas*, y, tras instalarse en un pueblo llamado Tirathana, adhirieron a cuantas gentes pudieron recoger, de forma que iniciaron la ascensión de la montaña en masa. Pero Pilato se apresuró a ocupar con antelación el camino por el que debían efectuar la ascensión, y envió allí a caballeros y a soldados de a pie, y éstos, cargando contra las gentes que se habían reunido en el pueblo, mataron a unos en la refriega, pusieron a otros en fuga, y a muchos se los llevaron prisioneros, los principales de los cuales fueron ejecutados por orden de Pilato, así como los más influyentes de entre los fugitivos.

[69] Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios,* pp. 166-168. Como se ve, no es nada nuevo el que se produzcan tales contactos entre bandidos convertidos en "hombres útiles" y tales elementos políticos o religiosos. El papado los utilizó en el siglo XIX, en especial contra los *carbonaris.*

"Una vez calmado este disturbio, el *consejo de los samaritanos* acudió a Vitelio, personaje consular, gobernador de Siria, y acusó a Pilato de haber masacrado a las gentes que habían perecido; porque no era para rebelarse contra los romanos, sino para escapar a la violencia de Pilato, por lo que se habían reunido en Tirathana.
Después de haber enviado a uno de sus amigos, Marcelo, para ocuparse de los judíos, Vitelio ordenó a Pilato que volviera a Roma para dar cuenta al emperador de los actos de los que le acusaban *los judíos*. Pilato, después de diez años de permanencia en Judea, se apresuró a ir a Roma, por obediencia a las órdenes de Vitelio, a las que no podía objetar nada. Pero antes de que hubiera llegado a Roma, sobrevino la muerte de Tiberio. (Cf. Flavio Josefo, *Antigüedades judaicas,* XVIII, IV, 1-2).

Todo este largo pasaje respira manipulación, y una manipulación bastante torpe, porque durante once años Pilato gobernó Judea con mano de hierro.[70] Por las numerosas represiones que asumió en las diversas rebeliones, su superior Vitelio jamás le reprendió. Cuando mandó aporrear y matar a tres mil judíos en Jerusalén, en el caso de las canalizaciones de agua, ninguna sanción enfrió su celo. Y ahora los samaritanos se reunían y *tomaban las armas,* se apoderaban de la ciudad de Tirathana, reclutaban a gente entre la población de esta provincia, bajo la dirección de un agitador que la redacción medieval (la única que ha llegado a nosotros de Flavio Josefo) se guarda bien de describirnos más, pero al que sin embargo presenta bajo el doble aspecto de un agitador y un charlatán. ¿Y qué hace Pilato? Su deber de procurador, lo mismo que antes. Reprime esa *movilización a mano armada, esa ocupación y ese atrincheramiento en la cima de un monte de carácter sagrado, propio para exacerbar el fanatismo religioso de los rebeldes.*

¿Y se pretende que el gobernador de Siria, su jefe, se lo reprochara? Eso es, simplemente, impensable. Y tanto más cuanto que este último no ignora que Pilato es el *nieto por alianza del emperador Tiberio.* Y el escriba medieval que "apaña" así el texto de Flavio Josefo se enreda en sus mentiras, llegando incluso a confundir *¡judíos y samaritanos!* Lo que prueba que no estaba copiando un texto, sino que estaba redactando otro, con una finalidad muy concreta.

Porque es evidente que los ricos y poderosos saduceos fueron los que, después de haber acabado por enterarse de la comedia del *Gólgota* y la evasión de Jesús, alertaron a Vitelio, legado imperial en Siria. Entre la elaboración de su informe y la queja que presentaron, pudo muy bien transcurrir un año, y de ahí que entre la muerte de Jesús y la partida de Pilato hacia Roma haya un margen de tiempo que los separe, o sea de abril del año 35, a diciembre del 36.

Pues bien, con Poncio Pilato sucede lo mismo que con Salomé, hija de Herodías y de Herodes Filipo: numerosos textos patrísticos los silencian prudentemente, habida cuenta del papel que desempeñaron en la vida de Jesús.[71]

---

[70] Parece, no obstante, que fue mucho más humano y más honesto que muchos otros procuradores romanos en Palestina, hay sobrados hechos que lo prueban.
[71] Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios,* pp. 289-303, y *El hombre que creó a Jesucristo, pp.* 183-202.

Por eso G. Ory, en su libro *Le Christ et Jésus (*páginas 186 y 187) cree útil subrayar algunos silencios sobre el procurador romano. Nosotros estamos acostumbrados, en efecto, a un *credo* clásico, que declara sin ambages: " ... fue crucificado por Poncio Pilato ...", ignorando, por lo general, que no hay un solo *credo* en la tradición cristiana.

Conocemos el origen de esa fórmula. En el Concilio de Nicea (año 325 de nuestra era), para no dejar a los herejes *arrianos* ninguna posibilidad escapatoria, los padres conciliares creyeron bueno componer una fórmula de fe que no era, a fin de cuentas, otra cosa que el *Símbolo de los Apóstoles,* precisado y desarrollado en el espíritu del Concilio. En el de Constantinopla (año 381) se añadió los artículos *Dominum et vivificantem,* y la continuación *(*salvo el *Filioque,* que se añadió posteriormente), a fin de contrariar a los macedonios, que negaban la divinidad del Espíritu Santo. Ese es el motivo por el cual a ese segundo concilio se le llama también Concilio Niceo-Constantinopolitano.

En las liturgias orientales, las diversas fórmulas del *credo* utilizadas por ellas no mencionan siempre a Pilato, como por ejemplo la *bizantina,* la *armenia* y la *caldea,* mientras que las liturgias *siria, maronita* y *copta* hacen mención de él. El *credo* de Antíoco (siglo III) lo cita, el de Epifano (siglo IV) también. Por el contrario, el *credo* llamado de Eusebio, lo mismo que el de Nicea, lo ignoran, y todavía más el del Concilio de Jerusalén (siglo IV). Ireneo, en su obra *Contra los herejes* no cita a Pilato (siglo II), pero Tertuliano lo nombra en *El velo de las vírgenes (*siglo II).

Como se ve, algunos se sienten molestos por la presencia de este personaje, mientras que otros no ven ningún mal en incluirlo en sus relatos o comentarios. Así, Eusebio de Cesarea, en su *Crónica,* nos dice por boca de san Jerónimo en su texto latino que: *"Pontius Pilatus in multas incidens calamitates, propia se manu interficit, scribunt romanorum historici ..."* (cf. *Chronic. Ad annum 39*, edit. Helm, p. 178). O sea: Poncio Pilato, por efecto de su condenación, se hundió en la miseria y se mató por su propia mano, tal como dicen las historias romanas.

Mucho antes que Eusebio, Filón de Alejandría nos cuenta también que el procurador pereció de muerte violenta.

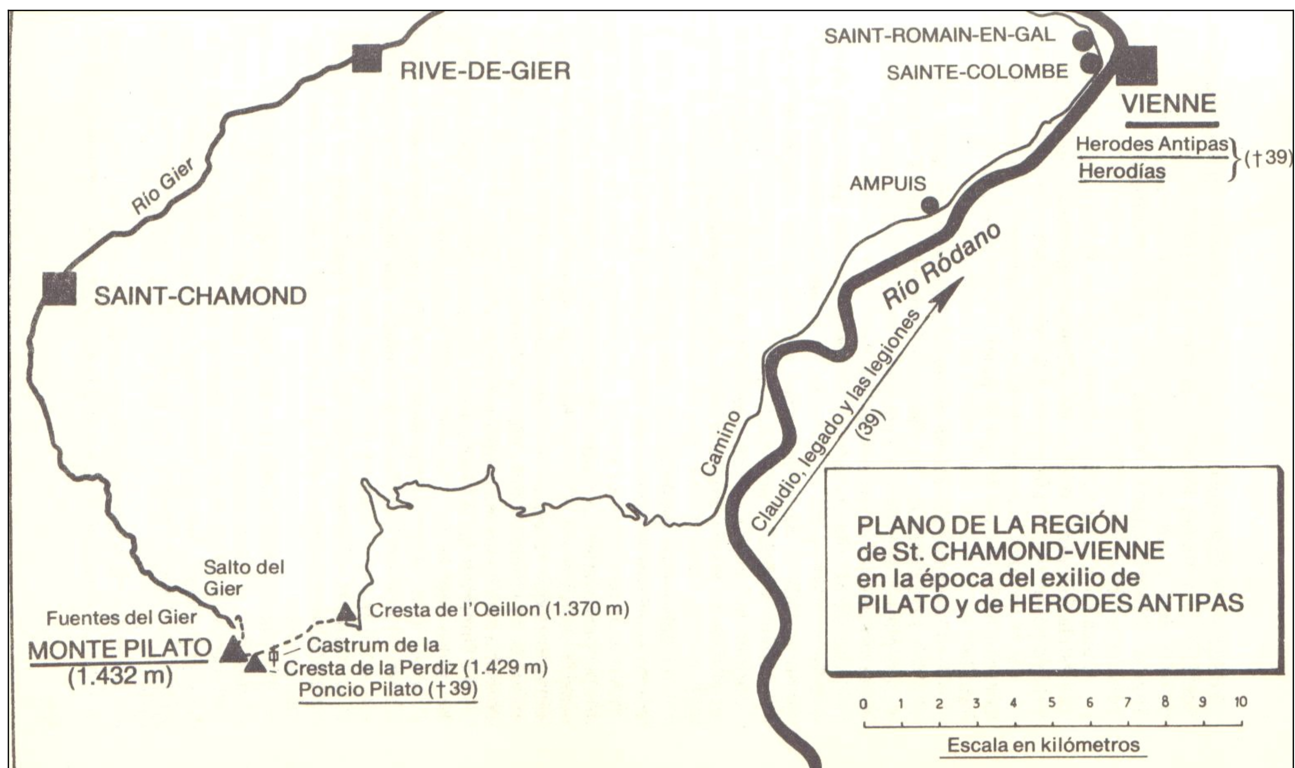
En efecto, cuando Pilato navegaba rumbo a Italia, y mientras se hallaba todavía en alta mar, murió Tiberio César, en marzo del año 37. Su sobrino nieto Calígula fue quien le sucedió. Si Pilato había esperado que su abuelo por alianza Tiberio César lo dejara fácilmente en libertad, no sucedió lo mismo con su sucesor. Calígula condenó al exilio en Vienne, en las Galias, al procurador caído, y éste se fue a pasar los últimos años de su vida entre las brumas del Ródano. La presencia romana en esta ciudad se remontaba a Julio César, y Vienne se convirtió rápidamente en un lugar de exilio riguroso.

Una tradición, parece ser que bastante afianzada, sostiene que Poncio Pilato se abrió las venas, o que se tiró al Gier, en el monte Pilato, a unas tres leguas aproximadamente de Vienne, entre Argental y Condrieu.

El mont Pilat, o monte Pilato, uno de los más altos de las Cévennes, fue durante mucho tiempo, hasta mediados del siglo XIX, un macizo amplio y sombrío, cubierto de bosques en sus pendientes inferiores, y, más arriba, de pastos. Una de sus principales cimas, la cresta de la Perdiz (crêt de la Perdrix), de 1.434 m., ve nacer al Gier. Las aguas de éste brotan de un verdadero pozo artesiano abierto por la naturaleza en la cima de esta montaña. En el curso de los siglos se llenó parcialmente ese pozo con ayuda de fragmentos de rocas y de leña muerta, a fin de que el ganado que acudía a él para abrevarse no corriera ningún peligro. El Gier, durante mucho tiempo, llevó pepitas de oro. Primero atraviesa penosamente algunas praderas, pronto su pendiente se inclina, y su lecho se encuentra obstruido por los restos de rocas que lo oprimen. Entonces se convierte en torrente, gruñe, echa espuma, y llega al fin a la cascada denominada el *salto del Gier,* donde sus aguas se precipitan desde una altura de más de treinta metros, en masas deslumbrantes.

Según la tradición, Pilato se habría precipitado en el Gier, bien en el abismo inicial de donde brotaban entonces las aguas de este río, o bien, más probablemente, en el *salto del Gier.* No es imposible que se hubiera abierto antes las venas. Tampoco es ilógico que el procurador estuviera confinado concretamente en el monte Pilato, ya que en aquella época un acueducto romano conducía hasta las puertas de Lyon, pasando por Vienne, las aguas de este río. Y, además, durante mucho tiempo se consideró que las piedras que se encuentran dispersas en la cima del Pilato, y que reciben allí el nombre local de *chirats,* no eran otra cosa que los restos de una construcción de vigilancia establecida por los romanos. Un pequeño *castrum* les habría permitido a éstos vigilar la región, a la vez que les permitía proteger la fuente del Gier, que alimentaba de agua potable a Vienne y Lyon.

Los historiadores antiguos fijan la muerte de Pilato en el año 39 de nuestra era. Por lo tanto, permaneció dos años en todo el rigor del exilio, al que se añadía quizás un cautiverio localizado en el monte Pilato, bajo la vigilancia de los legionarios acuertelados en el *castrum* de aquel lugar.



Su muerte coincide con el paso de *Tiberio Claudio Nero Druso,* futuro Claudio César, por el valle del Ródano, en el año 41. Este último, sobrino de Tiberio, debía suceder a Calígula tras el asesinado de éste. Por el momento conducía a las legiones romanas contra los bretones. ¿Era portador de una orden de ejecución contra Pilato, pero éste se enteró y prefirió darse muerte él mismo, a fin de evitar el oprobio de ser tirado a la *fossa infamia,* como todo condenado a muerte ejecutado legalmente? Es muy posible. Tácito nos cuenta que, en efecto, aquellos que, condenados a muerte, se tomaban la delantera y se la daban libremente ellos mismos, veían respetado su testamento y tenían los honores funerarios (cf. Tácito, *Anales,* VI, XXXV). Sea lo que fuere, Pilato se suicidó cuando estuvo en aquella región el futuro Claudio César, y no puede descartarse *a priori* una relación entre ambos hechos.

Quizá fue a la memoria del procurador de Roma a quien fue erigida esa estela funeraria anónima de la época galo-romana, descubierta en el siglo pasado en el valle del Ródano, y tan emotiva en su simplicidad:

“Si las cenizas faltan en esta urna, oh caminante, al menos eleva tu corazón hacia el espíritu que la muerte *ha liberado, al fin* para siempre ...”

Porque este epitafio tiene resonancias gnóstico-cristianas, y no fueron los seguidores de los dioses del Imperio quienes lo mandaron erigir, pues es anónimo. Y entonces se plantea una pregunta: *¿Por qué no se atrevieron a nombrar al difunto?*

Ahora nos falta encontrar el verdadero motivo de su caída en desgracia, que no radica en el hecho de haber sofocado una revuelta a mano armada en Samaria, cuando ésta había sido siempre su manera de actuar, y desde hacía once años. Y si las Iglesias de Oriente lo consideran como *un mártir, si las Iglesias copta y*

griega lo santificaron, es porque su muerte estaba relacionada, favorablemente, con la de Jesús ...
Al hacer eso, establecieron necesariamente un nexo de causa y efecto *entre esos dos óbitos por orden judicial.* Si no se hubiera tratado más que de recompensar a título póstumo una cierta benevolencia, que los propios evangelios canónicos nos relatan ya, hubiera bastado con la simple santificación. Pero el hecho de considerarlo como un mártir demuestra que reconocieron implícitamente que la muerte del procurador en el monte Pilato, cerca de Vienne, precedida de su exilio, *era consecuencia de sus intervenciones en favor de Jesús.*

La importancia de estas últimas aparece subrayada más aún por el hecho de que, hasta el siglo V, según testimonio de *La Vie de Pierre l'Ibère,* citada por el *Dictionnaire d'archeologie chrétienne,* de Dom Cabril y Dom Leclerq, hubo en Jerusalén una *"iglesia de Pilato" (op. cit.,* en el artículo *Prétoire).* Esta iglesia fue arrasada cuando tuvo lugar la destrucción de Jerusalén por los persas y los árabes, en el año 614. Se elevaba entonces en el emplazamiento del Pretorio, lo que es muy significativo.

Santificado, inscrito en el martirologio, con una iglesia dedicada a su nombre, el hecho es que Pilato no pudo haber sido exiliado, y luego haberse visto obligado a darse muerte por haber aplastado una rebelión *samaritana.* Fue tan duramente sancionado por Roma porque, quizás inconscientemente, fue manipulado y embaucado en favor de Jesús.
Y esto confirma además lo que decíamos sobre la primera condena de Jesús, su evasión organizada y facilitada, la comedia de su crucifixión prevista en el *Gólgota,* lugar inusual, la liberación por un comando zelote dirigido por un tal Simón, que no era de Cirene, la captura de éste, su ejecución allí mismo en lugar de Jesús, la huida de este último a Samaria, y, en vez de caer en el olvido, la nueva insurrección. De ahí la segunda captura y la verdadera crucifixión final, pero esta vez en los Olivos.[72]

Pero ahora dejaremos momentáneamente al procurador, para estudiar una desgracia similar y paralela, *y probablemente justificada por los mismos motivos: la de Herodes Antipas.*

Cuando fue crucificado Jesús, en el año 35 de nuestra era, nuestro tetrarca gobernaba la Galilea y la Perea desde la muerte de su padre, Herodes el Grande. Contaba aproximadamente cincuenta y cinco años y siempre había llevado una vida muy apacible. Fue nombrado tetrarca por César Augusto, recibió de éste la mejor parte de la herencia de su padre, y fue, como él, un constructor. Edificó, en especial, y tomando como modelo las ciudades helenísticas, una nueva ciudad, a la que llamó Tiberíades, en honor a Tiberio César, el emperador reinante. Fue paternal para con su pueblo, y astuto, pero sin excesiva voluntad, y se dejaba dominar fácilmente por su sobrina y esposa Herodías,[73] a quien había convencido de que fuera a vivir maritalmente con él cuando cayó en desgracia su hermanastro Herodes Filipo, primer esposo de ésta. Así era el hombre, un reyezuelo a quien gustaba vivir bien y, a ser

[72] Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios,* pp. 229-239.
[73] Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios,* pp. 126-138.

posible, sin complicaciones. Sin duda, la muerte de Juan el Bautista le fue impuesta por la necesidad de mantener la paz en sus dominios.[74]

Y ahora nos lo encontramos de camino hacia Roma, en el año 38, inmediatamente después de la comparecencia de Pilato ante Calígula y de su exilio a Vienne. ¿Qué iba a hacer allí? Consultemos a Flavio Josefo. Herodes Agripa I acababa de ser nombrado rey de toda una parte de Palestina. En efecto, había recibido la tetrarquía de su tío Herodes Filipo, muerto en el año 34 de nuestra era. Ésta comprendía la Batanea, la Traconítide, la Gaulanítide y la Auranítide; más adelante Roma añadiría la Galilea y la Perea, y mucho más tarde, al advenimiento de Claudio César, poseería todo el reino de su antepasado Herodes el Grande.

Desde el comienzo del favor romano que sucedió a una larga caída en desgracia, su elevación suscitó los celos de su hermana Herodías. Júzguese:

"Herodías, hermana del nuevo rey Agripa y mujer de Herodes, tetrarca de Galilea y Perea, no pudo mirar sin envidia esta prosperidad de su hermano, que lo elevaba por encima de su marido. Ardía en celos al ver aquel que antaño se vio obligado a refugiarse al lado de ella, porque no tenía siquiera medios para pagar sus deudas, regresar lleno de honor y de gloria. Un cambio de fortuna tan grande le resultaba insoportable, principalmente cuando lo veía caminar vestido de rey, en medio de todo el pueblo. Y no pudiendo disimular el despecho que le roía sin cesar el corazón, apremiaba de continuo a su esposo para que fuera a Roma a fin de obtener un honor semejante, diciendo que ella no podía seguir viviendo así ..." (Cf. Flavio Josefo, *Antigüedades judaicas,* XVIII, IX).

Se adivina la continuación de sus argumentos. Pero la que se torna bastante nebulosa es la de este asunto y sus conclusiones, al menos en lo que respecta a sus justificaciones:

"Como a Herodes le gustaba la tranquilidad y desconfiaba de la corte romana, hizo todo lo que pudo para distraer a su esposa de esos pensamientos, pero cuanto más le veía ella resistir, más le presionaba, sin que hubiera nada que su pasión por reinar no le impidiera hacer para conseguirlo ..." (Cf. Flavio Josefo, *op. cit.,* XVIII, IX).

Herodías consiguió persuadir a Herodes Antipas de que presentara su petición ante el emperador, en ese momento Calígula. Ambos se embarcaron, pues, hacia Roma. Pero Herodes Agripa I tuvo la noticia de las gestiones de su tío. Envió a uno de sus libertos, un hombre de confianza llamado Fortunato, a que presentara al emperador una oposición sólidamente fundamentada. Fortunato, aprovechando mejores vientos que la nave de Herodes Antipas y Herodías, llegó al mismo tiempo que ellos a la capital del Imperio. ¿En qué consistían sus argumentos? En esto: Herodes Antipas era acusado por Herodes Agripa I de haber participado en el complot de Sejano contra Tiberio, de favorecer a

---

[74] Tácito observa en sus *Anales* (12, 6 y 7) que las uniones entre tíos y sobrinas era en todos los otros pueblos una práctica consagrada, que ninguna ley condenaba, lo mismo que las de primos y primas. Por eso Vitelio, censor en el Senado, en el año 49 de nuestra era propuso, con el apoyo del emperador Claudio, la introducción de esta posibilidad legal en Roma, cosa que se hizo.

Artabán, rey de los partos, contra él, Herodes Agripa I, y de haber reunido secretamente, en un arsenal clandestino, material para armar y equipar a setenta mil guerreros. Calígula, impresionado ante tales acusaciones, preguntó entonces a Herodes Antipas si todo eso era verdad, y éste último confesó lastimosamente que, por desgracia, era la pura verdad. Entonces el emperador le destituyó de su tetrarquía, que dio a Herodes Agripa I, confiscó toda su fortuna, y le condenó a exilio perpetuo en Lyon, en las Galias. No obstante, como supo que Herodías era la hermana de Herodes Agripa I, Calígula decidió dejarle la fortuna de su esposo, y la libertad. Noblemente, Herodías respondió que su amor hacia su marido la obligaba a rehusar y a seguirle en el exilio. Cosa que le fue inmediatamente concedida por Calígula.

Ahora bien, nada de esto resiste a un examen.
En primer lugar, hacía ocho años que había quedado liquidado el complot de Sejano. ¿Y cómo imaginar que este último hubiera tenido necesidad de incluir entre sus cómplices a un oscuro príncipe palestino, que además residía a varios miles de kilómetros de Roma, único centro vital del Imperio romano a donde valía la pena dirigir el golpe esencial de la conspiración?

En segundo lugar, imaginar que Herodes Agripa favorecería la entrada de las tropas de Artabán en la tetrarquía de Herodes Agripa I era prestarle el deseo de ser a su vez despojado por ellos de la suya. Porque esto no hubiera dejado de suceder. Por lo tanto, el segundo argumento no se tiene más en pie.

Por último, suponer que Herodes Antipas disponía de los medios para reclutar, equipar, armar, alimentar, alojar y pagar a *setenta mil mercenarios,* era olvidar que su feudo, por su exigüidad, difícilmente podía proporcionárselos. Ni la población, ni los ingresos de esta tetrarquía se lo permitían. No olvidemos que más tarde, en el año 135, bajo el emperador Adriano, cuando Roma deberá contar con un ejército considerable para liquidar la rebelión de Simeón-bar-Koseba, reuniría diez legiones, es decir, ¡exactamente setenta mil hombres! ¿De dónde hubiera podido sacar Antipas semejante ejército?[75]

Por otra parte, se subraya el hecho de que Herodes Antipas es un hombre apacible, que no tiene ni quiere complicaciones, y que resiste lo mejor que puede a las instigaciones de su esposa. Así que, ¿cómo imaginarlo en la piel de semejante conspirador? Eso no va con él.

Además de todo esto, no omitiremos señalarle al lector que, en la *Guerra de los judíos* del mismo Flavio Josefo, los motivos de esa caída en desgracia son totalmente diferentes. Calígula exilia a Antipas *"por su avaricia" (op. cit.*, II, XVI).

Esas variantes son obra de los monjes copistas católicos que, en la Edad Media, "apañaron" las obras de Flavio Josefo en sus versiones griegas. Pero si tomamos la versión eslava de la *Guerra de los judíos,* que fue acomodada por monjes copistas que pertenecían a la Iglesia ortodoxa, nos enteraremos de que

---

[75] El ejército de Alejandro de Macedonia no comprendía más que treinta mil soldados de infantería y cinco mil jinetes. Y bajo Augusto las legiones romanas ordinarias (a excepción de las legiones urbanas, que no salían de Italia) constituían una fuerza de unos ciento veinticinco mil hombres *para todo el Imperio,* repartida en veinticuatro legiones. ¡De manera que Herodes habría poseído un ejército nada menos que la mitad de grande que el de Roma! Es impensable.

el emperador despojó a Antipas de sus bienes y lo exilió con Herodías por el simple motivo de *"su insaciabilidad".* Y, además, todo esto no se desarrolla ya durante el reinado de Calígula, sino durante el de Tiberio, y Herodes Antipas y Herodías no fueron exiliados a Lyon, en las Galias, sino a España. (Cf. Flavio Josefo, *Guerra de los judíos*, II, IV, manuscrito eslavo).

Así pues, las incoherencias, contradicciones, diferencias considerables que se ven no hacen sino subrayar que los monjes copistas que censuraron, interpolaron y maquillaron la obra de Flavio Josefo en la Edad Media, lo hicieron de cualquier manera, *intentando ocultar a todo precio algún hecho importante: el verdadero motivo de la caída en desgracia de Herodes Antipas.*

Aquí hemos llegado al mismo punto del problema ya expuesto en el caso de Poncio Pilato. Ahora nos corresponde, por lo tanto, indagar la verdad, aunque ésta tenga que traumatizar y desolar a las almas místicas y sensibles. En estas circunstancias debemos recordar el consejo de Anatole France: "Aprendamos de Montaigne la verdadera duda, la duda indulgente, que nos dispone a comprender todas las creencias, *sin ser presa de ninguna de ellas,* y a no despreciar a los hombres cuando se equivocan ..."

Para concluir con el destino de Herodes Antipas y de Herodías, recordaremos simplemente que fueron en efecto exiliados ambos por Calígula en el año 38 de nuestra era, que llegaron a Lyon, o, lo que es más probable, a Vienne, *ciudad de deportación,* situada a 31 km. al sur de aquélla, y que murieron en el año 39, lo mismo que Pilato, y casi con toda seguridad la misma vez que Claudio pasó por allí, cuando iba a guerrear contra los bretones.[76] Eusebio de Cesarea (cf. *Historia eclesiástica,* I, XI, 3) nos confirma que se trataba, efectivamente, de la "Vienne de las Galias"; Flavio Josefo dice *Lugdunum,* o sea, Lyon en latín. Algunos, ante su afirmación en la *Guerra de los judíos (*II, XVI), que situaba dicho exilio en España, supusieron que se trataba de Saint-Bertrand-de-Comminges, al norte de los Pirineos, que en latín se llamaba *Lugdunum Convenarum.* Pero aquél lugar jamás estuvo situado en España, y todos los historiadores serios se adhirieron a la teoría de que se trataba del Lyon del valle del Ródano, o más exactamente de su ciudad vecina, Vienne, donde Eusebio de Cesarea sitúa la deportación del tetrarca y de Herodías.

No obstante, antes de cerrar este capítulo, recordaremos al lector que los libros VII, VIII, IX, X y XI de los *Anales* de Tácito, que cubrían todo el período de Calígula emperador y de Claudio cónsul, desaparecieron providencialmente. Es para creer que el historiador latino justificaba, con sus datos históricos, la tesis que hemos sostenido aquí.

---

[76] Se trata de los bretones de la *isla de Bretaña*, y no de la Armórica.

29
¿Cuándo murió Jesús?

> ¡Buscando pruebas es cuando encontré dificultades! ...
> DIDEROT, *Pensées*, LXI

Para Lemaistre de Sacy, eminente traductor de una Biblia católica a más no poder, Jesús murió en el año 33 de nuestra era, decimonono año del reinado de Tiberio César. Para la mayoría de los exégetas protestantes, eso sucedió en el año 31, decimoséptimo año de ese mismo reinado. Para Daniel-Rops, historiador oficial de la Iglesia católica, fue en el año 30, decimosexto del citado reinado. Nosotros sostuvimos en la obra precedente de esta serie que Jesús había muerto en el año 35, al año veintiuno del reinado de dicho emperador. Algunos retrocedieron mucho más y hablaron del año 27. Pero nadie llegó más lejos que san Ireneo, discípulo de los "Padres apostólicos", quien hizo morir a Jesús a los cincuenta años de edad, "próximo a la vejez", bajo Claudio César.

Ya no se sabía cuándo había nacido Jesús,[77] y resulta que tampoco se sabe mucho mejor cuándo murió. De modo que vamos a intentar, a nuestra vez, aportar un poco de claridad a este problema.

Daniel-Rops, en *Jésus en son temps,* nos dice lo siguiente sobre el año de la crucifixión:

"Si se sigue la indicación del cuarto evangelio, cuyas anotaciones cronológicas son las más precisas, debe admitirse que la muerte tuvo lugar el día mismo que debía comerse la Pascua (Juan, 18, 28), es decir, según el calendario litúrgico judío, el 14 de *Nisán.* Pues bien, la coincidencia entre un viernes y la Pascua sólo se realizó, en la época de Cristo, el 11 de abril del año 27, el 7 de abril del año 30 y el 4 de abril del 33. Si se compara esta información con las indicaciones que tenemos ya sobre su nacimiento, y la duración del ministerio público de Jesús, nos vemos inducidos a elegir la segunda de estas tres fechas. La "semana santa" comenzó, por lo tanto, el domingo 2 de abril del año 30, y fue el viernes 7 cuando Jesús fue elevado sobre la cruz, en una colina desnuda, a las puertas de Jerusalén" (Cf. Daniel-Rops, *Jésus en son temps*, cap. IX, p. 439).

Y una vez más sorprendemos a este autor cometiendo toda una serie de errores, por no decir que sosteniendo una tesis sin preocuparse de las contradicciones que salen a su encuentro.

Cualquiera que, como el autor de las presentes líneas, esté familiarizado con los cálculos cosmográficos, posee un juego de efemérides planetarias que abarcan generalmente dos siglos, del 1800 al año 2000, lo que es más que suficiente para toda investigación de este género. Porque es obvio que, para semejantes cálculos, no podemos utilizar el cómputo eclesiástico habitual,

---
[77] Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios,* pp- 41-53.

demasiado primario, sino que debemos calcular de nuevo, *muy matemáticamente,* las neomenias y sus épocas exactas.

Pues bien, en astronomía hay una ley, a la que se ha denominado el *Ciclo de oro* de Meton, por el nombre del astrónomo ateniense que la descubrió hacia el año 433 antes de nuestra era. Esta ley asegura que, cada diecinueve años, la Luna vuelve a encontrarse, en el mismo grado y aproximadamente a la misma hora, en conjunción con el Sol (*luna nueva)*, y en la misma posición zodiacal. Ese es el ciclo lunar de los astrónomos. Cuando, dos semanas más tarde, llega al punto opuesto, es decir, ciento ochenta grados más lejos en su curso, y al signo zodiacal *opuesto,* es *luna llena.*

Observemos de paso (porque es bueno reírse un poco) que los exégetas de los primeros siglos estaban todos, y por una vez, de acuerdo en un punto, a saber, que cuando el Señor creó, repentinamente y a la vez, a todas las constelaciones, la Luna fue creada y apareció en oposición al Sol, toda redonda, y contando ya quince días de edad.[78]

Volviendo al *Ciclo de Meton,* constataremos que por lo tanto puede establecerse por un momento dado la longitud lunar, y así se obtiene fácilmente la fecha del calendario, es decir, la fecha de la *luna nueva* y de la *luna llena.* El día de la semana lo precisará cualquier *calendario perpetuo* bien conocido, que se remonte hasta el siglo I.

Y si nos entregamos a las verificaciones descritas arriba, nos vemos forzados a constatar que todo lo que Daniel-Rops nos afirma sobre la fecha de la Pascua judía de los años 27, 30 y 33 de nuestra era *es falso:*

1. *Año 27* – Según él, la Pascua judía de *Nisán* (mes lunar que comienza en la luna nueva que sigue al equinoccio de primavera), cayó en el 11 de abril, viernes. Y es un error; la neomenia de *Nisán* recayó, en realidad, en el 2 de abril, y como la Pascua judía tenía lugar 14 días más tarde (Cf. Números, 28, 16), eso la hace caer el 16 de abril, y ese día era un miércoles.

2. *Año 27* – Según él, la Pascua judía de *Nisán* cayó en un 7 de abril y viernes. Y también eso es falso, porque fue un 12 y miércoles, ya que la neomenia tuvo lugar el 29 de marzo.

3. *Año* 33 – Según él, la Pascua judía cayó en 4 de abril y viernes. Y sigue siendo erróneo, porque la neomenia tuvo lugar el 27 de marzo, la Pascua fue el 10 de abril, y viernes. Pero como el día no empezaba en realidad, según costumbre en Israel, *hasta la puesta del sol,* y Jesús murió mucho antes de que cayera la noche, según se nos dice a las quince horas, eso hace que se encontraran todavía en la jornada del jueves.

Si, por el contrario, nos quedamos con la fecha del año 35, como desarrollamos en nuestra primera obra, constatamos que la luna nueva de *Nisán* tiene lugar el 2 de abril, y que la luna llena se sitúa el 16 de abril, es decir, un sábado; pero en virtud de la regla judía recordada antes, como Jesús murió antes de la

---

[78] El examen de las rocas traídas por los cosmonautas ha demostrado que la Luna era más antigua que la Tierra *en varios miles de millones de años.* Ya se ve el coeficiente de seriedad que puede dársele al Génesis.

puesta del sol, estamos todavía en la jornada del viernes. Como, por cierto, anotaron con toda exactitud los discípulos y sus sucesores, inicialmente todos judíos.

Jesús, por lo tanto, murió en el año 35 de nuestra era, el 15 de abril, y no en el año 30, 31 o 33, según los historiadores oficiales de la Iglesia.

Pero, ¿por qué toda esa serie de errores por parte de los exégetas? ¿Y por qué esa elección preferencial, sin bases matemáticas exactas, de Daniel-Rops?

Todo eso no es fortuito. Si algunos pueden alegar, a modo de excusa, que quisieron respetar una tradición secular, no es menos cierto que los que la establecieron lo hicieron intencionadamente. En los orígenes, en la Iglesia de los primeros siglos, hubo historiadores y exégetas que sabían perfectamente a qué atenerse sobre los verdaderos orígenes del cristianismo. No ignoraban que el viejo sueño mesianista de los judíos integristas que aspiraba a la dominación de las naciones paganas, sueño aniquilado por la destrucción de Israel en el año 135 de nuestra era, y por la dispersión de todo ese infortunado pueblo, ese viejo sueño había sido transpuesto por unos astutos compadres venidos de la gentilidad en su mayor parte.

El sueño desmesurado de Saulo-Pablo,[79] su ambición de realizar una religión nueva que coronaría un verdadero imperio oculto, ese sueño sorprendente empezaba a realizarse. Y había que alimentar el mito, hacer desaparecer la realidad histórica. Para eso, el *Jesús de la historia* debía ceder su lugar al *Cristo de la leyenda* cristiana.

Se pusieron manos a la obra. Y con este fin, entre otras “modificaciones piadosas, cuidaron bien de establecer el máximo tiempo de separación posible entre la muerte de Jesús y la caída en desgracia de Pilato, a fin de hacer desaparecer todo rastro de esa asombrosa relación entre la muerte del primero y la caída en desgracia del segundo. Porque la evasión a Samaria que sucedió al “retiro” en Fenicia, que había seguido a la “huída” a Egipto, el paso prudente de una tetrarquía a otra cuando se detuvo al Bautista, los seis meses oculto en Jerusalén, sin poder salir de allí, el perpetuo ir errante del norte al sur y del sur al norte, todos esos episodios son demasiado reveladores como para no ver el verdadero rostro de aquel que no había sido jamás otra cosa que el jefe de la resistencia judía contra Roma, papel, por cierto, perfectamente honorable, pero que no podía asumir un dios encarnado, venido a propósito para ofrecerse en sacrificio.

Todo eso confirma la existencia en el seno de la Iglesia de ese misterioso “secreto” evocado por el juramento del obispo en el curso de la ceremonia de la consagración, como ya demostramos en el primer volumen de esta serie.[80] Y ese “secreto” encubre simplemente el viejo sueño de dominación universal.

---

[79] Cf. *El hombre que creó a Jesucristo,* pp. 201-216.
[80] Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios,* pp. 16-17.

30
El misterio de la tumba

Estamos en nuestro derecho de conjeturar que, la tarde de la Pasión, el cuerpo de Jesús fue descolgado de la cruz por los soldados y lanzado a alguna fosa común ...

ABBÉ LOISY, *Quelques letres*

Por desgracia para los redactores de los evangelios, la leyenda del entierro de Jesús en una tumba honorable está en contradicción absoluta con el derecho penal romano. Y nadie ignora el carácter imprescriptible de éste. Tácito nos recuerda ese aspecto severo de las leyes romanas en sus *Anales:*

“Como los condenados a muerte, además de la confiscación de sus bienes, *eran privados de sepultura,* mientras que aquellos que se ejecutaban a sí mismos recibían los honores fúnebres y sabían que sus testamentos serían respetados, valía la pena acelerar su muerte”. (Cf. Tácito, *Anales,* VI, XXXV).

Por otra parte, la destrucción de Séforis, patria de su madre María, y la deportación de toda la población de esa región, en el año 6 antes de nuestra era, por las legiones de Varo, habían hecho de todos sus habitantes “esclavos de César”, y esta despiadada medida se aplicaba tanto a sus hijos como a aquellos que, más afortunados, habían podido emprender la huida y escapar.

Por eso el emperador Juliano podía responder al obispo Cirilo de Alejandría, su antiguo condiscípulo en las escuelas de Atenas: “El hombre era esclavo de César, y vamos a demostrarlo ...” (Cf. Cirilo de Alejandría, *Contra Julianum).*

Es decir que Jesús, que así pues a los ojos de Roma era un simple *esclavo de César* y un *rebelde contumaz*, sobre quien había podido ejercerse una misteriosa benevolencia salida de diversos medios (el propio Daniel-Rops lo reconoce en su *Jesús en son temps)* por razones igual de misteriosas, Jesús crucificado no podía esperar en esa oculta protección. Inexorablemente barrido por la potencia ocupante, definitivamente condenado a muerte, y al más infamante de los suplicios legales implicados por ésta, las imbricaciones legales debían escalonarse en su orden inmutable, sin que ningún motivo útil ni válido a los ojos de Roma pudiera suavizarlas. Por todo ello, es impensable que Jesús se hubiera beneficiado de una tumba honorable y ritual, pues sólo la *fossa infamia* de los condenados a muerte podía recibir su cadáver. Y así fue.

Y, en efecto, quedan algunos testimonios más conocidos de ese importante detalle. El emperador Juliano, que tenía a su disposición los Archivos imperiales, en su *Epístola a Pothius* nos confirma que Jesús tuvo como sepultura la fosa común legal para los condenados a muerte. El propio Jesús no ignoraba que iría a parar allí, como todo ajusticiado, y lo predijo con toda claridad, en su parábola de Mateo (21, 39) y Marcos (12, 8), cuando los viñadores asesinan al hijo del dueño de la viña, “y asiéndole, le mataron *y le arrojaron fuera de la viña”.*

Esta tradición se perpetuó durante largo tiempo después de los inicios del período apostólico. Existe, en efecto, un viejo evangelio ya citado, que conocemos como *El Evangelio de los Doce Apóstoles,* donde leemos lo siguiente:

"Condujeron a Pilato y al centurión hasta el pozo de agua del huerto, pozo muy profundo ... Miraron hacia abajo, en el pozo, y los judíos gritaron: 'Oh, Pilato! El cuerpo de Jesús, que murió, ¿no es ése de ahí ...'." (*Op. cit.,* 15º fragmento).
Sin duda la continuación del texto arregla el asunto, pues Pilato les dice: "Creéis que es el Nazareno?". Ellos respondieron: "Lo creemos ...". Entonces él dijo: "Conviene colocar su cuerpo en una tumba, como se hace con todos los muertos" (*Op. cit.,* 15º fragmento).

Por consiguiente, al principio, los legionarios romanos que desclavaron el cadáver de Jesús (y no José de Arimatea, según Mateo (27, 59), Marcos (15, 46), Lucas (23, 53) y Juan (19, 38), pues es impensable que la policía romana abdicara sus obligaciones legales y penales sobre unos civiles muy sospechosos), esos legionarios echaron el cadáver de Jesús a la *fossa infamia.*

Con el abad Loisy, antiguo profesor de hebreo del *Institut catholique* de París, el académico católico Edouard Le Roy ha negado que se hubiera concedido una tumba regular a Jesús (cf. *Dogme et Critique).* Y es evidente.

Ese hecho que se le precipitara en una fosa, que en realidad no era otra cosa que un osario legal (también existía uno en Roma, en el cementerio Esquilino), facilitó a los discípulos deseosos de asentar la fábula de la resurrección el robo del cadáver. Es evidente que no todos estuvieron en el secreto, sino que hubo unos cuantos encargados de la operación. Y el mismo evangelio copto nos aporta algunos ecos del hecho:

"Él (Pilato) llamó al segundo. Le dijo: 'Sé que tú eres un hombre veraz, más que todos éstos. Dime cuántos apóstoles han tomado de la tumba el cuerpo de Jesús'. Éste respondió: "Vinieron todos los once, así como sus discípulos, lo sacaron furtivamente, y se separaron sólo de este otro (de Judas)'. Él (Pilato) llamó entonces al tercero y le dijo: 'Valoro tu testimonio mucho más que el de esos otros. ¿Quién tomó el cuerpo de Jesús de la tumba?'. Él le respondió: 'José con Nicodemo y sus parientes'. Llamó al cuarto y le dijo: 'Tú eres el más considerado entre ellos, y los he despedido a todos. Dime ahora qué fue lo que sucedió cuando tomaron de vuestras manos el cuerpo de Jesús en la tumba'. Él le dijo: 'Nuestro señor prefecto, esto fue: Nosotros dormíamos, nos descuidamos y no pudimos saber quién lo había sacado. Enseguida nos levantamos, lo buscamos y no lo encontramos ... Y entonces es cuando avisamos ...'." (Cf. *Evangelio de los Doce Apóstoles,* 15º fragmento*).*

Pilato se personó entonces en la tumba, no convencido por todas esas contradicciones. Se observará que ni por un instante niegan los apóstoles que el cadáver fuera robado. Por lo tanto tampoco ellos creen en la resurrección.

En la tumba, el procurador no ve sino las mortajas tiradas en el suelo, y objeta: "Si hubieran cogido el cuerpo, se habrían llevado las mortajas con él ...".

Pero los judíos presentes le hacen observar: "¿Pero no ves que no son las suyas, sino otras, extrañas? ...".

No se trataba, por lo tanto, de mortajas con las que se ligaban las manos y se sostenían el mentón, sino de otras, cuya presencia no se explica, *a menos que se tratara de vendas.* Porque en ese viejo evangelio, tan imprudentemente redactado, no se habla para nada de sudarios ...

Y aquí es donde vamos a evocar otras hipótesis sobre la pseudorresurrección.

En la primera obra de esta serie,[81] dimos nuestra explicación personal de ésta. Una vez muerto Jesús, lo sustituyeron por su hermano gemelo, probablemente el que vivía en Sidón, y conocido por el nombre de Sidonios.[82] Conocemos su existencia a través de Josefo el Eclesiástico y de Hipólito de Tebas (cf. Migne, *Patrologie*, CVI, p. 187).
Pero existen otras explicaciones para esas manifestaciones tan discretas de Jesús después de su muerte. Porque es muy sorprendente que el "hijo de Dios" resucitado no pudiera manifestarse en toda su gloria, tanto delante de Anás y Caifás como delante de todo el pueblo de Israel ... Y es extraño también que esas pocas manifestaciones no fueran sino encuentros nocturnos, en un camino, en una casa amiga, y que ese glorioso resucitado sólo circulara bajo una apariencia que no permitiera reconocerlo a simple vista. Y, lo que es más, algunos de sus discípulos "dudaron" de esa resurrección (cf. Mateo, 28, 18), pues sabían de antemano a qué atenerse a ese respecto.

Y, antes que nada, abordando otros trabajos exegéticos, citaremos a Schalom-Ben-Chorin, quien en su libro *Jesus Bruder Jesus (Der Nazarener in Jüdischer Sicht)* nos habla, entre otros autores, de H.S. Reimarus (1694-1768), el cual en sus *Wolffenbütteler Fragmenten (*Lessing 1777), bajo el título *Von der Zwecke Jesu und seiner Jünger,* seguía la tradición de los *Toledoth Jeschuah*, fuente judía anónima según la cual el cuerpo había sido robado por los discípulos.

Para Schalom-Ben-Chorin, la tesis de la resurrección dataría de la "visión" de Saulo-Pablo (cf. I Epístola a los Corintios, 15, 14), quien nos apremia a elegir: "Y si Cristo no resucitó, vana es nuestra predicación ...". ¡Qué los manes de Saulo-Pablo, si no se han disuelto en los limbos, se queden tranquilos! Nuestra elección está hecha.

Sobre este mismo tema poseemos todavía otras tradiciones.
Para el doctor Hugh J. Schoenfield, en su obra *The Passover Flot* (Ed. Hutchison, 1965), que fue el resultado de cuarenta años de investigaciones y confrontaciones de hechos, Jesús había programado deliberadamente su vida de manera que se adaptara perfectamente, en todos los puntos, a las profecías del Antiguo Testamento. Por otra parte, se las habrían arreglado para que fuera ejecutado un viernes, ya que el *sabbat* se iniciaba aquel mismo día a la puesta del sol, cosa que obligaría a los ejecutores a retirarlo de la cruz antes del anochecer. De este modo, sólo habría permanecido en la situación de un crucificado durante algunas horas. Pero éstos, por regla general, morían mucho después de tan corto espacio de tiempo, y de ahí el asombro de Pilato al enterarse de que Jesús ya había muerto. (Marcos, 15, 44). La razón había que

[81] Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios,* pp. 60-69.
[82] *Id.,* pp. 59 y 185-186.

buscarla en la esponja mojada en vinagre, que en realidad había sido embebida de un narcótico, con lo que se provocó la inconsciencia de Jesús y una cierta catalepsia. Inmediatamente después de la inhumación, José de Arimatea y Nicodemo habrían procedido a llevarse el cuerpo de la tumba. Siempre según el doctor Hugh J. Schoenfield, Jesús habría recobrado ulteriormente el conocimiento, pero, muy debilitado por la flagelación y la crucifixión, habría fallecido algún tiempo después. Así se explicarían los contactos verbales y visuales con los discípulos, la exhibición de sus llagas, etc., y luego su desaparición, que en seguida habrían transformado en ascensión corporal al cielo.

Citaremos todavía a otro autor alemán: a Kurt Berna, presidente de la *International Foundation for the Holy Shroud,* de Zurich, quien en su libro, muy ilustrado, que se titula *Jesus nicht am Kreuz gestorben* (Jesús no murió en la cruz, de Ed. Hans Naber, Stuttgart, 1962), nos dice, con fotografías en su apoyo, que el sudario de Turín no sería un sudario ficticio (se conocen 39 ...). La hoja del *pilum* del legionario romano no habría tocado el corazón, y como el hecho de que brotara sangre y agua no constituía jamás una prueba de fallecimiento, podía admitirse que Jesús estaba vivo cuando se le depositó en la tumba. a continuación le habrían hecho volver en sí y se habría vestido con ropas del jardinero.

Todas esas explicaciones serían aceptables, a condición de que Jesús hubiera podido ser depositado en una tumba con cámaras, como era costumbre en el Israel antiguo. Desde el momento en que el cuerpo fue echado a la *fossa infamia*, todas esas medidas de reanimación y de disfraz son difícilmente aceptables. La *fossa infamia* del cementerio de los Olivos era visible desde todas partes, y quizás incluso colocaban allí a un centinela después de cada ejecución. Pues bien, todo tiende a demostrarnos que Jesús, lo mismo que los dos ladrones crucificados a su lado, fue echado a esa misma fosa, y el emperador Juliano, que disponía de archivos y de leyes para ayudarle, no lo afirmó sin pruebas a Cirilo de Alejandría.

Ahora, para explicar las “apariciones” póstumas, no nos queda ya más explicación que la de un compinche que hubiera hecho este papel, en este caso su hermano gemelo,[83] cuya existencia, si no su papel, no puede ponerse en duda.

Recapitulemos.
Legalmente, el cadáver de Jesús fue depositado (o más bien tirado) en la fosa de los condenados a muerte, y los de los dos ladrones también. Se les había quebrado las piernas, antes de desclavarlos, para que la asfixia acabara rápidamente con ellos, al no poder sostenerse más sobre sus pies, según la versión oficial. Pero las cruces poseían una especie de clavija, sobra la que reposaba el perineo de los condenados, lo que añadía a todos los otros sufrimientos el del “caballete”. Por consiguiente, la rotura de las piernas no

[83] M Jacques Sadoul, “historiador de la alquimia”, considera que hemos naufragado en nuestra carrera de historiador por culpa de haberle atribuido este papel al hermano gemelo de Jesús. ¡Jamás debe utilizarse el tema de un gemelo en una novela, está pasado de moda! Transmitimos esta observación al rabinato francés. No hay duda de que, a pesar de los reproches de nuestro joven colega, no se suprimirán en la Biblia todos los casos de hermanos gemelos: Esaú y Jacob, Caín y Aclinia, etc. ¡En una novela así, eso es lo de menos! Porque para M. Sadoul, el evangelio es una novela. Que conste en acta ...

tenía por objetivo acabar con ellos, sino sólo impedir que, una vez arrojados a la *fossa infamia*, pudieran salirse o rebelarse. Para los cómplices eventuales del exterior había, sin lugar a dudas, uno o dos centinelas de guardia.

Los dos ladrones seguro que debieron agonizar allí, y el tétanos o la gangrena acabarían lo que la crucifixión no había terminado. En el caso de Jesús esto fue aún más sencillo: estaba aparentemente muerto, pero, por prudencia, un decurión de la patrulla de control le hundió el triángulo de su lanza en el flanco. Porque había anunciado su *resurrección,* y también por miedo a los fenómenos de vampirismo, terror del mundo antiguo, es por lo que se le perforó el flanco.

A continuación el cadáver fue a reunirse con los dos ladrones todavía vivos, en la misma fosa de infamia. Porque éstos probablemente aún no habían muerto, sus estertores, sus gemidos, aún eran audibles. Cuando los centinelas no oyeron ningún otro ruido, avisaron de ello, y abandonaron definitivamente su puesto de guardia. Entonces fue cuando llegaron los zelotes, con toda seguridad de noche, se apoderaron del cuerpo de Jesús, y se lo llevaron, al amanecer, a Samaria.[84] Próximamente aportaremos la prueba formal de ello, con ayuda de un texto conocido desde el siglo II.

En el caso más extremo puede admitirse todavía que Pilato aceptó, *cuando hubo constatado debidamente el óbito,* que los discípulos o la familia retiraran el cadáver de la *fossa infamia* y lo depositaran en una tumba ritual. Porque, a pesar de todo, era un "hijo de David", y había gozado de numerosos y poderosos apoyos. Esto Pilato no lo ignoraba, y en el punto en que se encontraban, este último favor no acarreaba ninguna consecuencia. Además, si como afirman los *Acta Pilati*, en su segunda detención fue crucificado en los Olivos, el cementerio ritual se encontraba allí, y no faltaban tumbas vacías.

Esta última suposición viene confirmada en el texto del *Evangelio de los Doce Apóstoles,* en su 15º fragmento, donde se ve al procurador haciendo retirar por los judíos (¿o los discípulos?) el cuerpo de Jesús fuera de la fosa común, y aconsejando que se le deposite en una tumba.

Nuestros contradictores habituales, por toda respuesta, nos arguyen a su vez "que no están de acuerdo".

Esto es poco, en ausencia de cualquier *argumento*, apoyado por un *documento.* Para ellos, el que un hombre fuera flagelado con látigos de plomo, que fuera crucificado, que recibiera una lanzada en el costado, muriera, estuviera enterrado durante tres días, y luego resucitara, fresco y dispuesto, todo eso es de los más plausible. Pero que se les diga que simplemente robaron clandestinamente su cadáver, y que unos cuantos listillos montaron con destreza una pequeña comedia que tuvo un perfecto éxito, habida cuenta de la época y de la ignorancia general del pueblo, y se volverán indignados, alegando que es impensable, ilógico e inverosímil.

"Creo en los testigos que se dejan degollar ...", afirmaba Pascal. ¡Lástima! La historia ha demostrado que también se puede morir por una causa estúpida, incluso inepta. Y la frase de Jean Rostand conserva aquí toda su sabiduría:

[84] Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios,* pp. 241-258.

“A menudo es más fácil morir por lo que uno cree, que renunciar a ello ...”

31

Sobre la incineración del cádaver de Jesús

Decidle al rey: el hermoso templo adornado está en ruinas, el laurel mántico se ha muerto, la fuente gorgoteante ha enmudecido, Apolo no tiene ya morada ...

SPIROS ALIBERTIS,

Bizance et Thessalonique, le dernier oracle de Delphes

No queremos terminar esta parte sobre el misterio de la tumba sin volver, a petición de diversos lectores de la obra precedente, al problema de *la incineración de los restos de Jesús,* en el año 362, en Sebasta, Samaria, y por orden del emperador Juliano. Primero que nada releeremos las páginas que tienen relación con esta sensacional destrucción (que barre definitivamente la leyenda de la pseudorresurrección), que aparece ya relatada en el primer volumen.[85]

No hay que confundir este episodio de lo que con justicia se llama la *reacción pagana,* con la transferencia de los restos del obispo Babylas, de los que se habían servido los cristianos para mancillar el templo de Apolo en Dafne, en las afueras de Antioquia de Siria. Esa exhumación tuvo lugar en el mismo año 362, el 21 de octubre, cuando el César, Juliano, se hallaba en Antioquia. Pero entre Sebasta de Samaria y Dafne de Siria hay aproximadamente *450 km a vuelo de pájaro*. Por lo tanto se trata de dos hechos bien diferentes. Resumamos.

Juliano, deseoso de abrir de nuevo el templo de Apolo en Dafne, y de restaurar el culto y su oráculo, dio la orden de retirar de él el cuerpo del obispo de Antioquia Babylas, que estaba inhumado allí. Consultado el oráculo vecino, éste respondió, en efecto, que antes había que purificarlo: "Quitad los cadáveres ...". En esas regiones, y desde hacía miles de años, se mancillaba y profanaba el lugar del culto odiado desparramando en él huesos y restos de cadáveres (Números, 19, 16; I Reyes, 13, 2; II Reyes, 21, 14-16; Ezequiel, 6, 5).

Los cristianos se llevaron entonces los restos de Babylas entonando cánticos, y, como vemos, sin sufrir ninguna persecución ni molestia.

Por la noche, y como por azar, el fuego del cielo cayó sobre el santuario y lo redujo a cenizas, con la estatua y todos los accesorios del culto de Apolo. Y Juan Crisóstomo declaró haber sido *testigo ocular* de este suceso, en su *Cuarta Homilía sobre el elogio de San Pablo,* y en su *Discurso contra los Gentiles.*

Concluyamos que *esperó a la noche para ordenar prenderle fuego,* porque ¿qué cosa vaga e imprecisa podía estar esperando allí, nada menos que durante horas? Y lo mismo sucedería en el año 404, la noche en que sería exiliado de

[85] Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios,* pp. 254-258.

Bizancio por orden de la emperatriz Eudoxia. Los cristianos incendiarían los monumentos más hermosos de la ciudad, y en especial su maravillosa biblioteca.[86]

Poco antes, y en ese mismo año 362, pero *en agosto,* Juliano había ordenado abrir la tumba de aquel a quien él llamaba *"el muerto",* "a quien los *judíos adoran como un dios ...", "a quien pretenden resucitado ..."*. Harían quemar sus restos y dispersar sus cenizas en Samaria, y mucho más tarde los cristianos, para salir del apuro, afirmarían que se trataba simplemente de los restos de Juan el Bautista.[87]

Pero nadie pretendió jamás que el Bautista había resucitado, y nadie lo adoró jamás como a un dios, ni siquiera sus propios discípulos, los *mandeanos,* para quien no fue más que un profeta. El único personaje que corresponde a esas definiciones *es Jesús.*

Porque, o bien la cabeza del Bautista, que fue decapitado en la fortaleza de Maqueronte, en Transjordania, fue expuesta a las rapaces clavada en la punta de una lanza, en lo alto de la torre más elevada, o bien fue llevada por un pequeño destacamento de jinetes a Jerusalén, ante Herodes Antipas. Ambas costumbres se seguían en aquella época. En el primer caso, los discípulos de Juan el Bautista no obtuvieron ningún vestigio de su maestro. En el segundo caso, pudieron atacar el pequeño destacamento por el camino a Jerusalén, y robarles la cabeza del Bautista. *Pero ésta jamás fue conducida a Samaria,* por varias razones:

a) no hay necesidad de una *tumba* para guardar una cabeza, bastan un relicario, una urna o un pequeño sarcófago. Pero en Sabasta lo que se abrió fue una *tumba.* Además, no se habla de restos en el caso de una cabeza, se dice *"el cráneo"* o *"la cabeza".* Y lo que los paganos incineraron en Sebasta, en el año 362, fue un *esqueleto, los restos de un esqueleto.* Nada de una cabeza;
b) Eusebio de Cesarea, en su *Historia eclesiástica* (I, XI), hablando de la ejecución del Bautista, ignora la leyenda de la cabeza entregada a sus discípulos, y no habla de ninguna inhumación;
c) Sozomenes, en su *Historia eclesiástica* (VII, 21), nos dice que la cabeza del Bautista fue *lo único que se salvó, fue trasladada de Jerusalén a Cilicia, y de allí a Constantinopla.* No se habla para nada de Sebasta ...
d) lo que barre definitivamente la leyenda de la conservación de la cabeza de Juan el Bautista es que una *segunda cabeza* fue inhumada, en el siglo IV, en la iglesia de Teodosio, en Damasco. Y todavía hoy, en la mezquita de los Omeyas, un edículo de mármol pretende contener otra. Tres cabezas para un solo decapitado es mucho ...
e) según la ley judía, el cuerpo de los condenados a muerte no era devuelto a sus familiares.[88]

[86] Cf. *El hombre que creó a Jesucristo,* pp. 250-258.
[87] En especial Teodoredo (*Historia de la Iglesia,* III, VII) y Gregorio Nacianceno (*Oratio,* V, 29). Teodoredo es tajante en lo que respecta al Bautista.
[88] Cf. *Talmud (Sanedrín,* VI, 5). Y Herodes Antipas observaba necesariamente la ley judía en materia penal.

Fueron, por lo tanto, los restos de Jesús los que Juliano mandó incinerar en agosto del año 362 en Makron de Samaria, y no los del Bautista. En el capítulo del primer volumen consagrado a este problema figuran otros argumentos. En especial la confesión del pseudo Orígenes en su *Contra Celsum.*[89] A él remitimos al lector.

[89] Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios,* pp. 254-255.

32

Los resucitados del viernes santo

> Cuando oyeron hablar de la resurrección de los muertos, unos se echaron a reír, otros dijeron: “Te oiremos sobre esto otra vez ...”
> Hechos de los Apóstoles, 17, 32

Cometeríamos un gran error si supusiéramos por un instante que el público culto, los filósofos en particular, y todos los miembros de la clase aristocrática del Imperio romano, constituyeron una masa considerable de ingenuos y papanatas. Todo lo más hay que dejar esto a las poblaciones semíticas del Oriente Medio de aquella época. La duda cartesiana, el respeto por la razón no nacieron en el siglo XVII, sino que era ya propios del mundo helénico y latino. Si dudáramos de ello, nos bastaría con releer lo que declaraba un sabio emperador del siglo IV respecto a los pseudo-resucitados del viernes santo. Nos estamos refiriendo a Juliano César:

“¿Cómo? ¿Una masa de difuntos que resucitan y que se pasean por Jerusalén a la muerte de ese dios (Jesús), sin que ningún senador romano haya sido informado jamás de ninguna de sus aventuras, en los tiempos en que el Senado romano era el amo de Judea, y hacía que su procurador y todos los comisionados le rindieran cuentas exactas de todo lo que sucedía? ... ¿Cómo? ¿Unos prodigios que habrían ocupado la atención del mundo entero habrían sido ignorados en toda la tierra? ... ¿Cómo? ¿El propio nombre del evangelio habría sido desconocido por los romanos durante más de dos siglos? ...” (Cf. Juliano César, *Contra los galileos, suplemento).*

El evangelio al que el emperador Juliano hace alusión en este texto es el de Mateo, en su capítulo 27, versículos 51 a 54. añadamos que ni Flavio Josefo, que sin embargo había sido sometido a tantas revisiones y había sido tan completado por los monjes copistas, ni los dos *Talmuds,* tanto el de Jerusalén como el de Babilonia, ni ningún autor antiguo que hubiera tratado la historia de esas regiones, oyeron hablar jamás de esa inesperada salida por la ciudad de los muertos del cementerio de Jerusalén. Y, lo que es más, los otros evangelios canónicos, tanto el de Marcos como el de Lucas y el de Juan, ignoran ese pasmoso prodigio. Tomemos, pues, el texto de Mateo en el instante preciso en que nos describe la muerte de Jesús:

“ ... la tierra tembló y se hendieron las rocas; se abrieron los monumentos, y muchos cuerpos de santos muertos, resucitaron, y saliendo de los sepulcros, después de la resurrección de Él, vinieron a la ciudad santa y se aparecieron a muchos ...” (Cf. Mateo, 27, 51-54).

Los atenienses, miembros del Areópago, célebre tribunal con sede en la colina consagrada a Ares (el Marte griego), se burlaron de Saulo-Pablo cuando éste les habló de la resurrección de Jesús. ¿Qué habrían dicho si se les hubiera anunciado, por añadidura, la de los muertos del cementerio ritual de Jerusalén?

Ante esta demencial afirmación del anónimo redactor del evangelio *según Mateo,* los Padres de la Iglesia intentaron justificar los hechos supuestos. Vamos, pues, a tomar el conocido *Dictionnaire de la Bible,* de F. Vigouroux, sacerdote de Saint-Sulpice (París, 1922, Letouzey & Ané, Edith.), y ver qué hay de todo eso a los ojos del dócil creyente:

"Aunque el evangelista relaciona esas resurrecciones con la muerte misma del Salvador, estamos de acuerdo en admitir que éstas no se produjeron antes de la de Jesucristo, 'el primer renacido entre los muertos' (cf. I Corintios, 15, 20). Los sepulcros pudieron abrirse en el momento del temblor de tierra, pero los muertos resucitados no tuvieron que permanecer vivos durante unas cuarenta horas. Aparecieron a continuación para testimoniar la resurrección, y por consiguiente la divinidad de Jesús. No aparecieron con formas ficticias, como aquellas de las que se sirven los ángeles, sino con sus verdaderos cuerpos, de otro modo la apertura de sus sepulcros no habría tenido razón de ser. Sus cuerpos estaban, por lo tanto, en el estado que describe san Pablo (cf. I Corintios, 15, 35, 44) para los cuerpos resucitados".

"Se trata aquí de personajes santos, probablemente fallecidos lo bastante recientemente como para ser reconocidos por aquellos a los que se mostraron. San Mateo no dice lo que fue de ellos después de esas apariciones. San Agustín (*Epist.* –CLIV, 9; *Ad Evod.* XXXIII, col. 712) piensa que regresaron a sus tumbas. Pero muchos otros creen que, asociados a la resurrección corporal de Cristo, le acompañaron al cielo en cuerpo y alma el día de su Ascensión (Cf. San Ambrosio, *In Ps.* I, 54, tomo XIV, col. 951; *Serm.* LXI, 2, tomo XVII, col. 729; San Jerónimo, *Epis.* CXX, 8, 2, tomo XXII, col. 993; San Epifanio, *Haeres.* LXXV, 8, tomo XLII, col. 513)".

¡Se diría que estamos soñando! Así que unos muertos recientes resucitan en el instante en que Jesús exhala el último suspiro en la cruz. Sus tumbas se abren por efecto del seísmo, pero ellos permanecen acostados dentro, aunque transmutados en su "cuerpo de resurrección", hasta que el propio Jesús haya resucitado. Lo que exige que esos muertos permanezcan acostados, a cielo abierto, desde el viernes santo hasta el alba del domingo, es decir, durante unas cuarenta horas. Sin moverse, naturalmente, y sin padecer el frío de las noches de Nisán en Palestina. Luego, el domingo por la mañana, al alba, entran en bloque en Jerusalén, van a visitar a sus parientes más allegados, y luego vuelven a sus sepulcros, a esperar o bien el Juicio final, o bien la Ascensión de Jesús, que no se producirá hasta cuarenta días más tarde. Como no se nos dice que el encargado del cementerio comunal cerró de nuevo sus tumbas, debieron sufrir mucho frío nocturno durante esas seis semanas. Por último, el día solemne de la Ascensión, se elevan por los aires y sirven de cortejo de honor a Jesús mientras asciende. Lo molesto es que ni Mateo ni Juan, en sus evangelios, nos hablan de una ascensión de Jesús, y sólo la citan Marcos y Lucas, el primero la sitúa en Galilea (Marcos, 16, 7), mientras que el segundo la sitúa en Judea. Sólo que no está de acuerdo consigo mismo, porque en su evangelio tiene lugar en Betania, pueblecito situado a pocos kilómetros de Jerusalén (*op. cit.*, 24, 50), y en los Hechos de los Apóstoles la sitúa en Jerusalén, en el monte de los Olivos (*op. cit.*, 1, 9 y 12). Que lo entienda quien pueda.

Esta leyenda con el tiempo fue desarrollándose. Daniel-Rops, en *Jesús en son temps,* nos cuenta ((*op. cit.*, XI) que entre esos muertos había dos hijos del santo anciano Simeón, presente cuando María y José subieron al Templo, en la natividad de Jesús (cf. Lucas, 2, 25 a 35). Esos dos hijos de Simeón, cosa curiosa, llevan nombres latinos. Se llaman Carinus y Leucius, y después de su inesperada resurrección se instalarán en Arimatea. Como esa palabra no hace sino velar el cementerio de los Olivos, en Jerusalén (*har-ha-mettim,* en hebreo, significa fosa de los muertos; el pueblo de Arimatea no tenía existencia histórica en aquella época),[90] nuestros dos resucitados regresaron, pues, a sus tumbas. Es lo mejor que podían hacer. Pero un autor apostólico antiguo, citado por Eusebio de Cesarea, asegura que encontró a otros resucitados del viernes santo mucho más tarde en Alejandría.[91] Como nuestros fenómenos, según se nos dice, habían revestido su "cuerpo de resurrección", no pudieron morir de nuevo, y tuvieron que pasearse por el vasto mundo en espera del Juicio final.

Lo que nuestros narradores apostólicos olvidan decirnos es el espanto que debió de apoderarse de la población de Jerusalén ante esa procesión alucinante de cadáveres brotados de sus sepulcros.
No olvidemos que el mundo antiguo conocía perfectamente la leyenda, a la vez fascinante y terrible, del vampiro que subsistía en una vida larvaria en su tumba, y cuyo "doble" fluídico se desprendía por la noche para ir literalmente a bombardear el fluido vital de los humanos dormidos, lo mismo que una esponja absorbiendo un poco de agua. El R.P. Dom Augustin Calmet, de la Orden de san Benito, y abad de Senores, en Lorena, les consagró un curioso tratado, titulado *Dissertations sur les apparitions des anges, démons, esprits, et sur les revenants et vampires de Hongrie, Bohème, Moravie et Silèsie (*Cf. París, 1746).

Pues bien, de ese espanto tan natural, Mateo no nos dice nada. Ni de los problemas a los que debieron enfrentarse los herederos y sucesores de esos muertos, que habían "regresado" de esta guisa, y de los que podía esperarse que quisieran recuperar su antiguo puesto en la casa, ni del lado cómico de la procesión, ya que esos muertos, según la costumbre judía, tenían las muñecas y los tobillos atados con mortajas, y además estaban estrechamente envueltos en su sudario. Y esta dificultosa procesión debía de parecerse rabiosamente a una pueblerina carrera de sacos. De hecho, y según las costumbres antiguas de toda la cuenca mediterránea, todo muerto salido de su tumba debía tener el corazón atravesado y la cabeza cortada. Luego se quemaba definitivamente el cadáver sobre una hoguera.

Y ahora vamos a intentar encontrar la verdad detrás de la leyenda. En primer lugar observaremos que, prudentemente, Marcos, Lucas y Juan se guardaron bien de incluir este relato en sus evangelios.

Volvamos, pues a la imprudente narración de Mateo. Se nos dice que: "se abrieron los monumentos, y muchos cuerpos de *santos* muertos, resucitaron, y saliendo de los sepulcros ... vinieron a la ciudad santa ..." (Cf. Mateo, 27, 51-54).

---

[90] Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios,* pp. 209-212. atribuir la misma localidad a la Arimatea moderna y a la Ramathaim antigua, en nuestros días Rentis, es demostrar que se desconoce el hebreo y la geografía del Antiguo Testamento.
[91] Se trata de Quadratus, obispo de Atenas, en su *Apología,* dedicada al emperador Adriano.

Antes que nada, ¿cómo sabían, *en aquella época,* que se trataba de *santos*, si el Israel antiguo no conocía la glorificación póstuma, análoga a la *apoteosis* practicada en Roma para sus emperadores y por Atenas para sus héroes? De hecho, la palabra *santo* se traduce en hebreo por *kadosh*, y significa simplemente *separado, puesto aparte.* En los *Salmos de Salomón,* composición realizada a principios de nuestra era (un siglo a caballo del año 1, aproximadamente), ese término designa a los *justos,* a los poseedores de la *santidad legal*, es decir, a los *fariseos*.

Los manuscritos del mar Muerto nos presentan a las sectas de Qumran calificándose a sí mismas así. Por otra parte, los *canaítas*, o *zelotes*, sacaban su nombre de celador, el primer término del hebreo, y el segundo del griego.

Lemaistre de Sacy, además, en su notable traducción francesa del Nuevo Testamento, nos dice simplemente que esos santos *"estaban dormidos".*

Empezamos ya a ver un poco más claro. Resumamos.
El cementerio ritual situado en los Olivos era *ipso facto* un lugar totalmente impuro para los judíos.[92] Allí no se iba más que para las inhumaciones, y a continuación había que purificarse durante varios días. Es evidente que para los zelotes, que no observaban el sabbat, que no se lavaban ritualmente las manos antes de las comidas, una violación más o menos de los tabúes religiosos importaba poco. Y el cementerio ritual, con sus numerosos vacíos, compuestos cada uno por dos cámaras funerarias separadas por una losa móvil, constituía un conjunto de reductos secretos donde no corrían el riesgo de que nadie les molestara. Esas son las "sepulturas de los santos", que bajo la pluma del psudo-Mateo se convirtieron en milagrosas tumbas. ¿Fue la resurrección, en realidad, una salida en masa de los combatientes zelotes refugiados en el cementerio, y que penetrarían en Jerusalén con el fin de vengar a Jesús, su jefe y su rey?

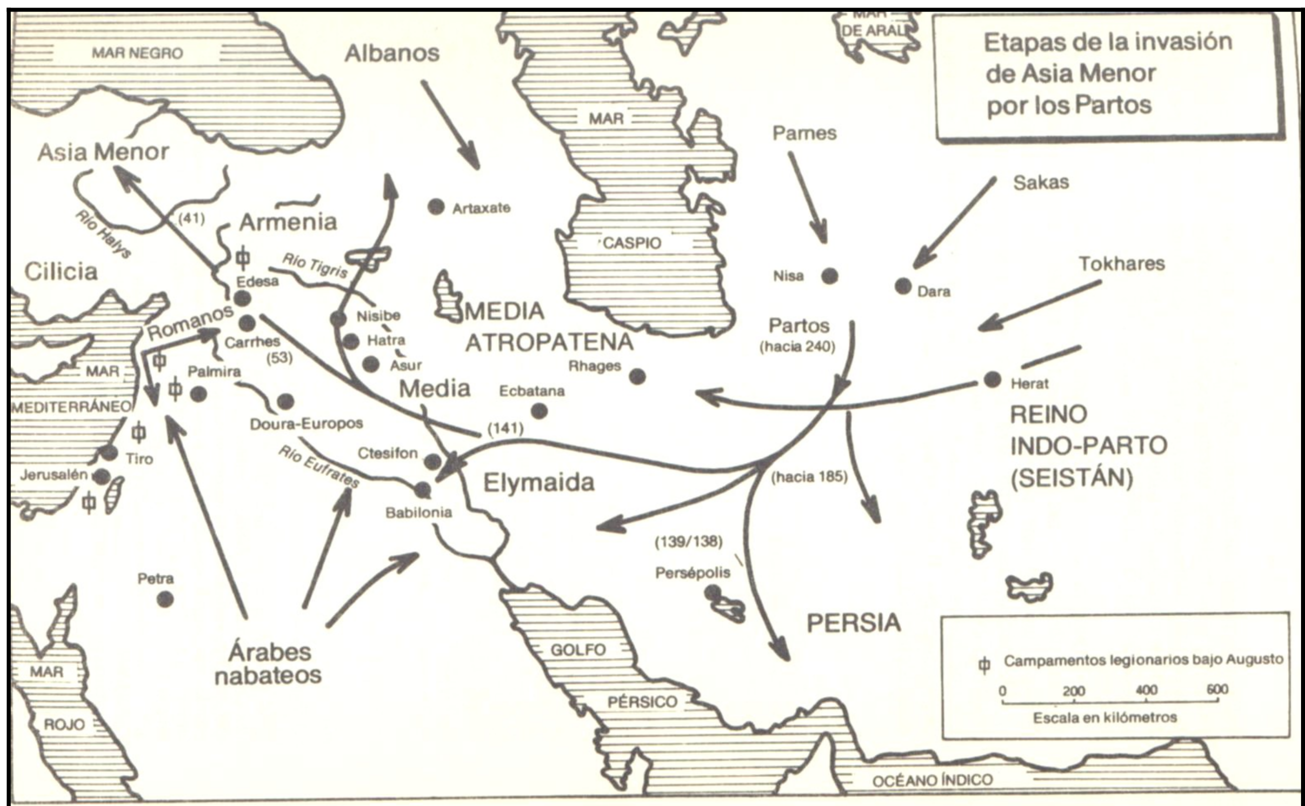
[92] Números, 19, 16.

¿Fue simplemente una especie de carga operada por los legionarios de Roma, alertados por un adversario de los zelotes, y éstos huyeron del cementerio para refugiarse en la ciudad? ¿Se trató, por el contrario, de la aparición del comando zelote que liberó a Jesús, bajo las órdenes de Simón, presunto Cireneo? Es demasiado tarde para precisarlo. Nosotros, personalmente, nos inclinamos por la segunda hipótesis, la de la vieja guardia zelote oculta en el seno de las tumbas y a la que los romanos habrían hecho salir. En cuanto a los "resucitados" del viernes santo, se los dejamos con mucho gusto a los amantes de lo fabuloso.

En el evangelio de Marcos permanece un último eco de esta explicación, aunque sabiamente deformado por los colaboradores de Eusebio de Cesarea en su escuela de copistas:

"Llegaron al otro lado del mar, a la región de los gerasenos, y en cuanto salió Jesús de la barca vino a su encuentro, saliendo de entre los sepulcros, un hombre poseído de un espíritu impuro, *que tenía su morada en los sepulcros* y ni aún con cadenas nadie podía tenerle atado, pues muchas veces le habían puesto grillos y *cadenas*, pero él había roto las cadenas y quebrado los grillos, sin que nadie pudiera sujetarle. Continuamente noche y día iba entre los monumentos y por los monjes gritando e hiriéndose con piedras. Viendo desde lejos a Jesús, corrió y se postró ante él ..." (Cr. Marcos, 5, 1-6).

En primer lugar, precisaremos que el R.P. de Tonquédec, de la *Compañía de Jesús,* que hasta su muerte, durante cerca de medio siglo, fue el exorcista oficial de la diócesis de París, declaró a nuestro llorado amigo Paul-Clément Jagot, que en toda su carrera no había encontrado jamás un solo caso de posesión, sino simplemente enfermos mentales. Pues bien, él era doctor en medicina, especialista en neuropsiquiatría. Observemos que la Iglesia católica, en su reforma de las Órdenes menores, acaba de suprimir la de los *exorcistas.* O sea, que ya no hay más demonios ni posesos.



Una vez expuesto esto, nos extrañamos de que un pseudo-poseso, necesariamente subalimentado a causa de esa vida errante, tuviera a pesar de todo bastante fuerza muscular para romper unas cadenas que lo sujetaban estrechamente, y luego, con sus manos, quebrar los grilletes que le trababan los tobillos. Es algo digno de ver, sobre todo habida cuenta de que las cadenas antiguas no eran precisamente pulseras de adorno.
Además, en aquella época, ante semejante fenómeno humano de fuerza, siempre podían bajar a ese loco furioso a cualquier mazmorra bien profunda, donde, con o sin cadenas, estaba seguro que no saldría.

De hecho, ese cuento evangélico vino a superponerse al hecho histórico evidente, a saber, que unos esclavos rebeldes, unos gladiadores que habían roto con sus terribles *ludi,*[93] y unos insurrectos zelotes perseguidos por Roma, habían quebrado simbólicamente sus cadenas y establecido sus refugios en tumbas.

[93] Los *ludi* eran las escuelas donde se formaba a los gladiadores. Estas, que eran a la vez casas cerradas, prisiones, centros de entrenamiento severo, no carecían de nada: alojamiento, vestiduras, alimentación, mujeres (esclavas al servicio de la escuela), todo esto les era proporcionado allí. Sólo les faltaba la libertad, y la esperanza de llegar a viejos ... La mayoría de ellos eran esclavos, y se les sometía a diversos castigos reservados a los esclavos. Las excavaciones de Pompeya han revelado que a veces se daba el caso de que mujeres ricas fueran a pasar la noche en un *ludi*, con uno o varios gladiadores, como Mesalina en el lupanar. El amo se embolsaba entonces las ganancias reportadas por esa prostitución masculina.

33

La sombra de Tiberio

> Algunos estiman que, leyendo en el porvenir, supo todo esto por adelantado, y que desde hacía tiempo había previsto qué reprobación y qué espantosa reputación le reservaba el Destino.
>
> SUETONIO,
> *Vida de los Doce Césares, Tiberio,* LXVII

Ya hemos visto anteriormente que Tiberio había proyectado dar la tetrarquía de Herodes Filipo I a Jesús. Nosotros nos quedamos con la hipótesis según la cual había oído hablar de él en Siria, con ocasión de su campaña en Mesopotamia, donde había vencido a los partos en el Éufrates. Sabemos también que Pilato, su nieto por alianza, había protegido a Jesús hasta el punto de facilitar su evasión. Y sobre este proyecto de Jesús como tetrarca permanece un testimonio en el evangelio de Juan:

"Y Jesús, conociendo que iban para arrebatarle y hacerle rey, se retiró otra vez al monte él solo". (*Op. cit.,* 6, 15).

Sin duda Pilato había estado sometido a las presiones de ciertos elementos de las dinastías davídica y herodiana, a lo que se habían añadido influencias fariseas igual de poderosas. Pero no era un hombre que se comprometiera sin tener detrás de él la aprobación imperial. Por lo tanto ahora conviene buscar en Tiberio la sombra protectora que durante un tiempo veló por Jesús, rey legítimo, si no legal, de Israel.

Conocemos al emperador a través de Tácito en sus *Anales* (I, 53; III, 24; IV, 44 y 71), a través de Suetonio en su *Vida de los Doce Césares* (Cf. *Augusto*, 19, 31, 63, 64, 65, 72; *Tiberio*, principalmente, 7, 10, 11, 50), y por Aurelio Macrobio en sus *Saturnales*.

De todo esto resulta que el hombre era mejor que su leyenda. Ha llegado hasta nosotros una frase que demuestra su liberalismo: "En un Estado libre, la palabra y el pensamiento deben ser libres ..." (cf. Suetonio, *Vida de los Doce Césares, Tiberio,* 28). Por otra parte, manifiesta una cierta actitud laxa para con los demás, las desviaciones de conducta de sus semejantes le dejan indiferente, y en este aspecto se opone a la severidad moral tradicional de Roma, y que el Senado romano perpetúa. Así, por ejemplo, ante los adulterios de su esposa Julia no interviene, no la acusa ni declara contra ella, y será Augusto, padre de Julia, quien adoptará las medidas necesarias para la sanción legal inevitable, ya que la hija de un César no podía seguir escandalizando al Imperio. Tiberio, además, huía de las multitudes, y sus aislamientos sucesivos en Rodas y luego en Capri lo demuestran de forma indiscutible: buscó inconscientemente las *islas.*

Pero lo que lo diferencia indiscutiblemente de los otros emperadores es la indiferencia religiosa que nos cuenta Tácito: en efecto, no creía ni en la existencia de los dioses ni en el valor de la religión del Imperio. Era fatalista, y no creía más que en el Destino, y se había aferrado a esa opinión a través de una práctica continuada de la astrología, que había estudiado en Rodas, con el astrólogo Trasilo como maestro, y a quien siempre conservó a su lado, entre sus íntimos.

Puede, por lo tanto, sostenerse la hipótesis de un Tiberio supersticioso, que descubriría en los astros el futuro de aquel modesto jefe zelote llamado Jesús, y, a partir de entonces, se negaría a ir en contra de aquel Destino fatal que constituía su única creencia. Por otra parte, despreciaba a los cobardes y a los serviles: "Se cuenta que Tiberio, cada vez que abandonaba el Senado, exclamaba en griego: 'Oh, hombres! ¡Siempre dispuestos a la esclavitud! ...'. Aparentemente, ese hombre que no aceptaba la libertad pública, sentía asco ante semejante resignación de esclavos". (Cf. Tácito, *Anales* III, 65). Podemos sacar la conclusión de que Tiberio deseaba la libertad para aquellos que eran dignos de ella, así es como puede conciliarse a Suetonio y a Tácito. Y, desde ese supuesto, la indomable resistencia judía no podía sino suscitar la admiración del emperador.

Por otra parte, lo que reforzaba la opinión de Tiberio sobre el futuro de Jesús, era que unas extrañas corrientes ideológicas estaban recorriendo el viejo mundo en aquella época. Los judíos esperaban a un mesías que dominaría al mundo entero, y que gobernaría las naciones con una vara de hierro (cf. Salmos, 2, 9). Y el patriarca Jacob les había predicho: "No será quitado el cetro de Judá ni el bastón de mando de entre sus pies, hasta que venga el *Schilo* al cual darán obediencia los pueblos ..." (cf. Génesis, 49, 10). Conclusión: el misterioso *Schilo*, palabra hebrea que significa *enviado, mesías,* estaba próximo, ya que el cetro acababa de salir de Judá, en el año 6 antes de nuestra era, y la Judea se había convertido en provincia romana. En Israel nadie ignoraba esas cosas; fue Juan el Bautista quien preguntó a Jesús: "¿Eres tú el que ha de venir, o hemos de esperar a otro? ..." (Lucas, 7, 19); y la samaritana responde a Jesús: "Yo sé que el Mesías está por venir ..." (Juan, 4,25). Flavio Josefo nos confirma esta idea general: "Lo que incitó a los judíos a la guerra, fue un oráculo equívoco de las Escrituras, que anunciaba que un hombre salido del país se convertiría en dueño del universo" (Cf. Flavio Josefo, *Guerra de los judíos,* VI, V, 4).

¡Reconozcamos que eso fue lo que sucedió después, y que, desde el siglo IV, la vara de hierro de las profecías ha mantenido el reino de un personaje en cuyo nombre se hizo correr mucha sangre y muchas lágrimas! Y cuando el papa Pablo VI, arrodillado, pidió perdón al mundo por el triste pasado de la Iglesia, esto no reparó aquello.

Tiberio se había reforzado también en la idea de un dominador universal salido de Palestina por el ambiguo arte de las sibilas. Pero no debía ignorar las profecías judías, ya que su ex ministro Sejano, que era muy antisemita, había hecho expulsar a los judíos de Italia en el año 19 de nuestra era, y, evidentemente, en aquella ocasión se habrían apoderado de algunos libros de profecías. De ese conocimiento general nos aportan el testimonio Tácito (cf. *Historias*, V, XIII) y Suetonio (cf. *Vida de los Doce Césares, Vespasiano,* IV).

Por otra parte, se esperaba una especie de revolución general en el mundo conocido. Ya en el año 43 antes de nuestra era, mientras Octavio estaba en Roma, se había acuñado monedas que anunciaban el regreso de la Edad de oro, se estimaba que el gran círculo de Pitágoras se había cerrado, y Virgilio saludaba ese "gran regreso" de manera tan ambigua en su *IV Égloga*, que los cristianos transformaron su alusión en profecía mesiánica, en provecho suyo.

Esas eran las oscuras razones que hicieron del supersticioso Tiberio un protector inconsciente de Jesús. Pero tuvo otras protecciones más serias, y más claras también, porque eran puramente políticas. Y vamos ahora a examinarlas, porque en el caso del emperador correspondían a un sentido político muy experto, a lo que se aliaba una indiscutible ciencia de la estrategia.

Suetonio, en su *Vida de los Doce Césares (cf. Tiberio,* IX), nos dice: "Recuperó asimismo las enseñas que los partos habían arrebatado a M. Craso". Este autor no nos cuenta nada más sobre la citada campaña. Si Tácito, en sus *Anales,* no hubiera sido cuidadosamente expurgado, ahora dispondríamos de unos relatos que se iniciarían antes de la ascensión de Tiberio a la púrpura imperial, y poseeríamos todavía los libros VII a XII, que han desaparecido, providencialmente, añadiríamos nosotros.

De todos modos, y también de manera muy providencial, Suetonio conservó la huella del paso de Tiberio por Siria antes de su elevación a la púrpura imperial, y cuando iba a combatir a los partos:

"Cuando emprendió su primera expedición y atravesó la Macedonia para conducir su ejército a Siria ..." (Cf. *Vida de los Doce Césares, Tiberio,* XIV).

Tiberio, por lo tanto, desembarcó necesariamente en Selucia, puerto de Antioquia de Siria; desde allí no había más que 500 kilómetros hasta Jerusalén. ¿Cómo suponer ni por un instante que Tiberio no intentara contemplar la prestigiosa ciudad, y aquel templo extraordinario que se contaba entre las maravillas de la época? Y más cuando hay que tener en cuenta que no poseemos, digámoslo una vez más, los libros VII a XII de los *Anales* de Tácito, y que sólo ha llegado hasta nosotros un fragmento del libro V. Quizá tuvo una campaña contra los árabes nabateos, porque desde hace tiempo se nos ha atestiguado la existencia de una guerra entre Roma y éstos. Ya estaba latente desde tiempos de Augusto, suegro de Tiberio. Y para ir a combatir a esos nabateos, había que pasar por Galilea, Samaria y ... *Judea.*

A partir del año 16 de nuestra era (769 de Roma), los partos se agitan de nuevo, dirigidos por Artabán. Este último, príncipe de la dinastía de los Arsácidas, con sus maniobras alimenta la agitación de Armenia y en Cilicia. Pero será en los años 34 y 35 (año de la muerte de Jesús) cuando la guerra entre Roma y los partos alcanzará su punto culminante. Artabán, expulsado de su reino, será sustituido por Fraates, y éste por Tirídates. Tiberio nombra a Vitelio legado imperial de Siria. Roma consigue entonces el apoyo de los armenios, de los albanos y de los íberos, estos dos últimos asentados en el sur del Cáucaso, al oeste del mar Caspio. Hartaban, vencido, se ve obligado a refugiarse en la Escitia, y Tirídates, aliado de Roma, penetra en Mesopotamia a

instigación de Vitelio, entra por último en Seleucia y es coronado en Ctesifon. Pero la nobleza parta toma la decisión de restaurar a Artabán en el poder, pone en pie de guerra a las tropas y obliga a Tirídates a retirarse.

Si uno consulta el mapa de esas luchas entre Roma y los partos, observará que para el Imperio romano esa incesante guerra no podía tomarse a la ligera. Y más cuanto que todavía había que contar con las hostilidades de los árabes nabateos. Y el territorio controlado por las legiones se limitaba, de hecho, a Siria, Galilea, Samaria, la Decápolis y Judea. Todo el norte de Asia Menor estaba fluctuante, y su resistencia a los partos estaba en función de la lealtad de sus naciones a Roma.

Ahora bien, Tiberio, por experiencia histórica, no desconocía el arrojo y el valor militar de los combatientes judíos. Hacía mucho tiempo que los reinos de Egipto empleaban para la vigilancia de sus fronteras a unidades mercenarias judías, de las que no tenían sino alabanzas. Y si el emperador despreciaba a los perros lamedores ("¡Oh hombres! ¡Siempre dispuestos a la esclavitud!", en cambio apreciaba en mucho el valor. Y detrás de esa actitud racional estaba la inconsciente creencia en ese hombre que debía venir de Judea para gobernar el mundo con puño de hierro. Añadamos a eso su fe en la astrología, que practicaba sin cesar, y su perfecto conocimiento de la estrategia militar de aquel tiempo, y todo se vuelve claro.

Por eso, cuando Sejano, su primer ministro, decidiría en el año 19 de nuestra era, y por odio a las religiones egipcia y judía, expulsar de Italia a todos los judíos libres, Tiberio César crearía, con cuatro mil jóvenes judíos libertos, una legión destinada a reprimir el bandidismo y la anarquía en Cerdeña, azotes que causaban estragos allí en estado latente. Este hecho nos lo confirma Tácito (*Anales,* II, LXXXV) y Suetonio (cf. *Vida de los Doce Césares, Tiberio,* XXXVI).

De manera que, si se podía unificar totalmente la Palestina, reuniendo bajo un solo cetro, legítimo e indiscutible, la Judea, la Idumea, la Samaria, la Decápolis y la Galilea, se poseería un sólido bastión, que sería a la vez montañoso y árido, de cara a los árabes nabateos, y fértil y fecundo de cara a la Siria romana.

Toda la orilla oriental del Mediterráneo quedaba asegurada, de este modo, en manos de los romanos, sin necesidad de grandes efectivos militares. Entonces bastaba con armar solamente el norte de Asia: Cilicia, Lycaonia, Galacia, Capadocia, Armenia, provincias que, desde hacía tiempo, o al menos algunas de ellas, abastecían de excelentes unidades auxiliares, quedando así definitivamente yugulada la amenaza parta, así como la procedente de Arabia Pétrea. Pero una alianza antirromana alcanzará su apogeo en el año 614, cuando Cosroes II el Sasánida, rey de Persia, y sus aliados árabes destruirán totalmente la nueva Jerusalén de Adriano.

¿Quién puede decir si el proyecto de Tiberio César de hacer de los judíos una nación según la fórmula *"amiga y aliada del pueblo romano"* no hubiera cambiado la faz del viejo mundo durante largo tiempo? Su éxito hubiera ahorrado la guerra desastrosa de los años 66-70, la nivelación de Jerusalén, luego la última revolución del año 135, con la dispersión total del pueblo judío, y millones de cadáveres ...

Si la frase del evangelio de Juan ya citada: "Y Jesús, conociendo que iban a venir para arrebatarle y hacerle rey, se retiró otra vez al monte él solo ..." (Juan, 6, 15) es verídica, habrá que deplorar entonces la tozudez ciega del jefe zelote al refugiarse en la ciudad familiar de Gamala, en vez de aceptar el ofrecimiento romano. Porque se retiró allí *solo,* según nos dice el texto evangélico. Lo que prueba que sus lugartenientes no eran de su opinión. Y ese desacuerdo explica quizá las traiciones sucesivas de éstos.

Es cierto que uno sólo es traicionado por los suyos, según reza la sabiduría de las naciones, pero ese doble abandono demuestra perfectamente que los lugartenientes de Jesús jamás habían oído hablar de un reino que no fuera de este mundo, y que él siempre les había hecho ver la restauración de Israel únicamente desde el plano temporal. Y así fue incluso después de la pseudorresurrección, ya que en los Hechos de los Apóstoles leemos esto: Jesús se aparece a los discípulos y les recomienda que no se alejen de Jerusalén, lo que contradice aquella de "*Id,* y bautizad *a todas las naciones ..."* de Mateo (28, 19). Y ellos le replicaron: "Señor, ¿es ahora cuando vas a restablecer *el reino de Israel? ..."* (Hechos, I, 6). Como Tiberio César, con su conocimiento del "arte de los caldeos", era mejor profeta, propuso al Senado romano que se concediera la *apoteosis* a los manes de Jesús ...

Otro problema, el último, se plantea en lo referente a las circunstancias de la muerte de Tiberio César. Consultemos de nuevo a Suetonio:

"No atreviéndose a arriesgar nada sin hallarse en lugar seguro, resolvió volver a su isla (Capri) a toda costa. Pero, retenido por las tempestades y por la agravación de su mal, murió poco tiempo después en la ciudad de Lucullus, a los setenta y ocho años de edad, veintitrés de su principado, el decimoséptimo día antes de las calendas de abril, bajo el consulado de C. Acerronio Próculo y de C. Poncio Nigrinio. Algunos piensan que Gayo[94] le había administrado veneno que lo minó lentamente". (Cf. Suetonio, *Vida de los Doce Césares, Tiberio,* LXXIII).

Tácito, en sus *Anales,* nos precisa otros detalles:

[94] Gayo César, alias Calígula.

“El decimoséptimo día antes de las calendas de abril, su respiración se detuvo, y se creyó que había cumplido su destino mortal. En medio ya de una afluencia de felicitaciones, Gayo César salía para tomar posesión del Imperio, cuando de pronto le llevaron la noticia de que Tiberio había recuperado la palabra y la vista, y que había mandado llamar a aquellos que debían llevarle alimentos para reanimar su desfallecimiento. El espanto fue general. Se dispersaron a toda prisa, y cada uno adoptó un aire de aflicción o de ignorancia. Gayo César, inmóvil y silencioso, cayó desde lo alto de sus esperanzas y esperó los últimos rigores. Macron, sin perder la cabeza, dio entonces orden de asfixiar al anciano bajo su montón de cobertores, y de abandonar el lugar. Así fue el final de Tiberio, a los setenta y ocho años de edad”. (Cf. Tácito, *Anales,* VI, LVI).
Resumamos.
Según Suetonio, Gayo, por sobrenombre Calígula, diminutivo de *caliga*, término que designaba una corta bota militar, habría mandado envenenar a Tiberio, y lo confirma un poco más adelante (Cf. Suetonio, *Calígula,* XII). Como el anciano (que lo había designado como sucesor) parecía volver en sí, Macron, prefecto de las cohortes pretorianas, ordenó asfixiar al emperador. Ahora bien, Calígula era el amante de la esposa de Macron, Ennia Naevia (y fue por ella por quien tuvo a su lado al esposo), y ésta le prometió por escrito y bajo juramento que se casaría con él si se convertía en emperador. Es probable que fuera Macron quien animara a Tiberio a elegir a Gayo, alias Calígula, como sucesor. Porque el emperador había leído en los astros todo lo que haría Calígula, y había declarado abiertamente: “Que Gayo vivía para su propia perdición (para él, Tiberio), y para la de todos; que estaba criando así una hidra para el pueblo romano, y un nuevo Faetón para el universo ...” (Cf. Suetonio, *Vida de los Doce Césares, Calígula,* XI y XII). Pero Tiberio, arreligioso pero fatalista, aceptó el destino e hizo de su futuro asesino su sucesor, porque “estaba escrito en los astros”.

No obstante, nosotros no nos contentamos con esas conclusiones de los historiadores antiguos. Hay otra cosa, en función de lo que hemos revelado en las páginas precedentes; está el problema de las luchas incesantes entre Roma y los partos, y el de las facciones romanas. Como Tiberio murió en Misena, en la ciudad de Lucullus, Calígula presidió el duelo imperial. Al regresar a Roma, el Senado, que siempre estuvo en sorda rivalidad con el emperador difunto, anuló la cláusula de testamento por la cual Tiberio dejaba como coheredero del Imperio romano a su otro nieto, Tiberio, hijo de Druso, todavía adolescente, e hizo de Calígula el nuevo César. (Cf. Suetonio, *Calígula,* XIII, XIV).

Y aquí es donde aparece la mano invisible de la política, y donde volvemos a lo que habíamos evocado precedentemente. Porque Gayo César siguió exactamente la línea contraria de su tío abuelo Tiberio. Siempre en Suetonio, leemos lo siguiente:

“Así Artabán, rey de los partos, que proclamaba su odio y su desprecio hacia Tiberio, solicitó por sí mismo la amistad de Calígula, tuvo una entrevista con él, y, atravesando el Éufrates, rindió homenaje a las águilas, a las enseñas romanas y a las efigies de los Césares”. (Cf., Suetonio, *Calígula,* XIV).

El vasto plan de Tiberio había quedado destruido definitivamente;[95] a pesar del pasajero éxito de Trajano en Mesopotamia, mucho más tarde, de nuevo las legiones romanas se batirían en retirada bajo Adriano. A partir de entonces, la *pax romana* no rebasaría jamás el Éufrates.

30 de junio de 1971 – 15 de septiembre de 1972.

---

[95] Damasco fue entregada asimismo por Calígula a Aretas III, rey de los árabes nabateos (cf. *El hombre que creó a Jesuscristo*, pp. 103-107).